

EL SIGNIFICADO SOCIAL DEL ESPACIO

Estudio de la identidad social y los aspectos simbólicos del espacio urbano desde la Psicología Ambiental.

Dr. Sergi Valera



1ª PARTE
CAPÍTULO 1. PSICOLOGÍA AMBIENTAL

1. Introducción
2. Definición de Psicología Ambiental
3. Perspectivas teóricas en el estudio de la relación entre las personas y sus entornos.
4. Evolución histórica de la Psicología Ambiental.
5. La Psicología Ambiental hoy.

1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene por objeto el estudio del significado simbólico del espacio y su incidencia sobre los procesos que se hallan en la base de la identidad social en relación con el entorno. El tema se enmarca dentro del ámbito de la Psicología Ambiental, definida inicialmente como aquella disciplina que se ocupa de analizar las relaciones que, a nivel psicológico, se establecen entre las personas y sus entornos. Pero antes de entrar propiamente en el tema conviene situar al lector, aunque sea someramente, sobre los principales rasgos que definen esta disciplina. Su definición, ámbitos de investigación y aplicación, perspectivas teóricas que engloba y un breve repaso de los antecedentes y evolución histórica hasta llegar a nuestros días serán los temas que se desarrollaran en este primer capítulo de carácter introductorio.

En primer lugar, es necesario contextualizar a la Psicología Ambiental dentro de dos referentes disciplinares de carácter más general. En primera instancia, hay que situarla dentro de las diversas áreas que configuran las Ciencias Sociales y, en especial, la Psicología Social Aplicada, ya que una parte importante de sus referentes teóricos, epistemológicos y metodológicos provienen de la Psicología Social. En segundo lugar, hay que ubicar a la Psicología Ambiental dentro del conjunto de disciplinas que se ocupan del estudio del entorno, bien sea natural o construido, siendo éste un ámbito considerablemente extenso y complejo en cuanto a las materias que lo integran. Baste como ejemplo la relación de disciplinas que cita Moore (1991) a partir del trabajo de Moore, Tuttle y Howell (1985) para referirse al campo de estudio denominado comúnmente en Estados Unidos como "Entorno y Conducta" (Environment & Behavior): ergonomía, diseño de interiores, arquitectura, paisajismo, planificación urbana, gestión ambiental, ingeniería y ecología ambiental, antropología urbana, geografía humana y social, sociología ambiental y psicología ambiental. Estos dos referentes estarán presentes en el resto de capítulos que configuran este libro, ofreciendo al tema del significado espacial un enfoque interdisciplinar con especial énfasis en la conexión entre Psicología Ambiental y Psicología Social.

2. DEFINICIÓN DE PSICOLOGÍA AMBIENTAL

Aunque el abordaje de una definición de Psicología Ambiental es tema ineludible en un capítulo de esta naturaleza, no es menos cierto que esta empresa encuentra, en la práctica, ciertas dificultades avaladas por varias constataciones que afectan al propio contenido de la definición.

En primer lugar, su ubicación fronteriza con otras disciplinas la sitúa en un área de difícil delimitación por lo que se refiere a un campo de investigación coherente (Stokols, 1995). Resultado de ello es que la

participación interdisciplinaria es considerada generalmente como uno de los rasgos definidores de la propia Psicología Ambiental (Holahan, 1982; Proshansky, 1990).

En segundo lugar se halla el hecho de que la Psicología Ambiental, como ámbito disciplinar, tiene una historia no excesivamente dilatada. Su consolidación se produce alrededor de la década de los años 60 y por lo tanto, la denominación que apunta Wohlwill (1970) como "área de embrión" puede, en buena medida, mantener su vigencia actualmente, al menos por lo que se refiere a un campo de investigación diferenciado a nivel teórico (Ittelson, 1995).

En tercer lugar, desde sus inicios y por su carácter eminentemente aplicado, se ha definido por un marcado pragmatismo, por el estudio y la resolución de aspectos concretos y por una predisposición abierta al abordaje de nuevas cuestiones ambientales que se han ido suscitando al generarse nuevas demandas sociales respecto al tema.

Por último, la disciplina ha caracterizado por una multiplicidad de enfoques, tanto teóricos como metodológicos y de ámbitos de aplicación que a menudo dificultan una visión integrada y unitaria de la materia aunque, una vez más, la multiplicidad metodológica sea asumida como una característica propia (Holahan, 1982; Altman, 1990).

Todo ello conlleva que, actualmente, tengamos a nuestra disposición un considerable número de definiciones de Psicología Ambiental. Entre las definiciones al uso, varios autores se refieren a su objeto en términos de búsqueda y análisis de las relaciones o interrelaciones entre las personas y los entornos físicos (Russell y Ward, 1982; Holahan, 1982, 1986; Heimstra y McFarling, 1979; Stokols y Altman, 1987; Proshansky, 1990) o específicamente respecto a los entornos construidos (Proshansky, 1976). Otras definiciones (Canter y Craik, 1981) focalizan su atención en el estudio de las transacciones entre acciones y experiencias humanas y los aspectos pertinentes del espacio sociofísico, adoptando un enfoque más social de la disciplina. Esta perspectiva transaccional es también adoptada por Gifford en su manual de Psicología Ambiental (Gifford, 1987). Por último citaremos la definición que ofrecen Stokols y Altman en la introducción al *Handbook of Environmental Psychology* según la cual Psicología Ambiental se refiere al "estudio de la conducta y bienestar humanos en relación con el entorno sociofísico" (Stokols y Altman, 1987, p. 1).

Sin ánimos de añadir más definiciones si parece pertinente proponer un enunciado de síntesis en el que destacan varios aspectos: a) el énfasis en los procesos psicosociales como objeto de estudio, lo que lleva a recuperar la conexión entre la Psicología Ambiental y la Psicología Social (Canter, 1988; Bonnes y Secchiaroli, 1995); b) la multiplicidad de formas de entender las relaciones entre las personas y los entornos físicos (como unidad indisoluble, unidireccionalmente, bidireccionalmente); c) la necesidad de

atender, como señala Proshansky (1990) a varios niveles de análisis: un nivel individual, un segundo grupal y un tercero referido a grandes grupos de personas o comunidades; d) finalmente, la necesaria ubicación de la Psicología Ambiental en un ámbito interdisciplinar, sin menoscabo de su propia identidad, ocupando un lugar específico y diferenciado dentro de las ciencias socioambientales.

De esta manera puede entenderse la Psicología Ambiental como la disciplina que tiene por objeto el estudio y la comprensión de los procesos psicosociales derivados de las relaciones, interacciones y transacciones entre las personas, grupos sociales o comunidades y sus entornos sociofísicos. Como disciplina científica comparte con otras disciplinas un campo de estudio común configurado por el conjunto de fenómenos que implican directamente a las personas con sus entornos.

Sin embargo, las cuestiones planteadas hasta el momento afectan más a la dificultad de ofrecer una definición comprehensiva que a la concreción de temas de estudio propios de la materia ya que, en este aspecto y a la luz de los principales manuales, el consenso parece ofrecer un corpus suficientemente consolidado pudiendose estructurar en los siguientes bloques:

I. Temas concernientes a la relación entre los aspectos del espacio físico y la conducta espacial. Aquí se incluyen estudios sobre las dimensiones físico-espaciales de la conducta, los conceptos de espacio personal, territorialidad, privacidad, hacinamiento (crowding) y el análisis de los procesos relacionados con el tema de la apropiación del espacio.

II. Aspectos relacionados con la adaptación de las personas a las variables ambientales, incluyendo teorías sobre estrés ambiental, sobrecarga y privación ambientales, efectos psicofisiológicos y conductuales producidos por el ruido, la iluminación, las vibraciones, la temperatura u otros factores climáticos y ambientales, las relaciones entre variables ambientales y rendimiento así como su incidencia en determinados entornos (hospitales, lugares de trabajo, etc.).

III. Aspectos relacionados con la forma en que las personas accedemos al conocimiento ambiental. Caben destacar los estudios y teorías sobre la percepción ambiental, la cognición ambiental y el estudio de mapas cognitivos, la representación de entornos socio-físicos así como el análisis del significado ambiental y de los aspectos emocionales y afectivos del entorno.

IV. Temas relacionados con la evaluación del ambiente. Incluyen estudios sobre personalidad y entorno, el tema de las actitudes ambientales y la conducta ecológica responsable, la evaluación de la calidad ambiental como ámbito de la calidad de vida y los estudios sobre preferencias de paisajes.

V. Estudios centrados en grupos específicos de población considerando sus relaciones con el entorno sociofísico inmediato, fenómenos de reubicación o la adaptación funcional al espacio, destacando especialmente los ámbitos de infancia, vejez y discapacidad.

VI. La Psicología Ambiental también ha aplicado sus conocimientos al estudio de entornos específicos. Destacan en primer lugar los estudios y propuestas metodológicas en torno al concepto de “escenarios conductuales” (behavior settings) desde la perspectiva de la psicología ecológica. Además se incluyen otros estudios centrados en entornos urbanos, residenciales, escolares, laborales así como entornos naturales.

VII. Otros tópicos de investigación en Psicología Ambiental. Aquí se incluyen otros ámbitos, algunos de ellos de reciente consolidación como estudios sobre la percepción del riesgo ambiental, Psicología Ambiental y problemas sociales, Psicología Ambiental y problemas medioambientales o la denominada Evaluación Post-Ocupacional (POE).

3. PERSPECTIVAS TEÓRICAS EN EL ESTUDIO DE LA RELACIÓN ENTRE LAS PERSONAS Y SUS ENTORNOS

Como se ha comentado con anterioridad, una de las características que definen a la Psicología Ambiental es la multiplicidad de orientaciones teóricas utilizadas (Altman, 1973; Craik, 1977; Moore, 1987; Saegert y Winkel, 1990; Stokols, 1995; Bonnes y Secchiaroli, 1995). Una aproximación ya clásica a la situación multiparadigmática de la disciplina es la ofrecida por Altman y Rogoff (1987), con la distinción de cuatro metaparadigmas que, sin ser exclusivos de la Psicología Ambiental, constituyen cuatro formas diferentes de interpretar y analizar la relación entre las personas y sus entornos o, como reza el título de su trabajo, cuatro visiones del mundo en psicología. Estas cuatro perspectivas son la individualista, interaccionista, orgánica o sistémica y transaccionalista. En resumen, sus características principales pueden observarse en el siguiente cuadro:

	DEFINICIÓN DE PSICOLOGÍA	UNIDAD DE ANÁLISIS	TIEMPO Y CAMBIO	MODELO DE FILOSOFÍA DE LA CIENCIA	MODELO DE CAUSALIDAD
PERSPECTIVA DEL RASGO (TRAIT)	Psicología es el estudio del individuo, la mente o los procesos mentales y psicológicos.	La persona, sus cualidades y procesos psicológicos. El entorno y el contexto juegan un papel secundario.	Se asume la estabilidad. El cambio puede deberse a mecanismos teleológicos pre-establecidos o a las etapas de desarrollo.	POSITIVISMO El observador puede distanciarse y ser objetivo respecto al fenómeno a estudiar.	CAUSALIDAD MATERIAL La causa es intrínseca al fenómeno.
PERSPECTIVA INTERACCIONISTA	Psicología es el campo que estudia la predicción y el control de la conducta y los procesos psicológicos.	La persona y el entorno físico y social tratados como entidades separadas con interacción entre las partes.	El cambio resulta de la interacción de la persona y el entorno como unidades separadas. Tiempo y cambio no son intrínsecos al fenómeno.	POSITIVISMO El observador puede distanciarse y ser objetivo respecto al fenómeno a estudiar.	CAUSALIDAD EFICIENTE Sistema asociativo de antecedentes y consecuentes.

PERSPECTIVA ORGANÍSMICA

<p>Psicología es el estudio de los sistemas dinámicos y holísticos en los que la persona y el entorno muestran complejas y recíprocas relaciones e influencias.</p>	<p>Entidades holísticas compuestas de elementos, componentes o partes de la persona y el entorno cuyas interacciones son consideradas como un todo que es más que la suma de las partes.</p>	<p>El cambio resulta de la interacción de la persona y el entorno. Se asume que el objetivo es la estabilidad del sistema.</p>	<p>POSITIVISMO El observador puede distanciarse y ser objetivo respecto al fenómeno a estudiar.</p>	<p>CAUSALIDAD FINAL El fenómeno "se mueve" en una determinada dirección en función de algún principio teleológico que gobierna.</p>
---	--	---	---	---

PERSPECTIVA TRANSACCIONALISTA

<p>Psicología es el estudio de las cambiantes relaciones entre los aspectos psicológicos y ambientales de unidades holísticas.</p>	<p>Entidades holísticas compuestas de "aspectos", no partes o elementos separados, que se definen mutuamente.</p>	<p>Estabilidad/cambio son características intrínsecas y definidoras de los fenómenos. El cambio ocurre constantemente y su dirección es emergente y no preestablecida.</p>	<p>Un fenómeno es parcialmente definido por ciertas cualidades del observador, convirtiendo a éste en un aspecto del evento y requiriendo múltiples observadores en distintas "localizaciones".</p>	<p>CAUSALIDAD FORMAL En relación con el patrón de coherencia, configuración y "flujo" del fenómeno.</p>
--	---	--	---	---

Basado en Altman y Rogoff (1987).

Perspectiva individualista o del rasgo (trait perspective)

Es la perspectiva que menos atención dirige hacia las variables ambientales ya que la unidad de análisis se centra en la persona: sus procesos psicológicos, características cognitivas y rasgos de personalidad. Así, las características personales constituyen la base para la explicación del funcionamiento psicológico con relativa independencia de las variables provenientes de los contextos físicos o sociales. Las ya clásicas teorías instintivistas se enmarcan claramente en esta perspectiva aunque las modernas teorías de la personalidad otorgan ya un mayor papel a los factores situacionales.

Perspectiva interaccionista

La perspectiva interaccionista parte de la consideración de la persona y el entorno como unidades separadas con interacciones entre ellas. La unidad de análisis en este caso sería "la persona y el entorno" y su objetivo la búsqueda de relaciones causa-efecto entre variables para estudiar un fenómeno a través de un sistema asociativo de antecedentes y consecuentes orientado a la predicción y control de la conducta y los procesos psicológicos.

La aproximación interaccionista se halla a medio camino entre los dos determinismos a ultranza ya clásicos en psicología: el personologismo (la conducta se da en función de la persona o variables internas) y el situacionismo (la conducta se da en función de variables ambientales o externas) (Holahan, 1982). De esta manera, se asume la idea de que $C = f(P, E)$, es decir, la conducta se explica en función de las variables ambientales y personales, de tal manera que, en general, se considera a las variables de entorno como independientes, la conducta como variable dependiente y las variables personales como mediadoras.

Gran parte de la investigación en Psicología Ambiental puede encuadrarse en esta perspectiva. En este sentido, no podemos olvidar que la filosofía de la ciencia subyacente a esta concepción, el positivismo, es la predominante en la psicología actual, a saber, énfasis en lo analítico, la objetividad, replicabilidad, generalización, predicción y, en definitiva, en la búsqueda de principios y leyes universales de comportamiento.

Así, buena parte de los estudios sobre el hacinamiento (crowding), percepción y cognición ambiental, comportamiento ambiental desde la perspectiva del condicionamiento operante o estudios sobre evaluación postocupacional (POE) se orientan desde esta perspectiva al buscar la comprensión del fenómeno a través de las interacciones entre las variables ambientales y las personales (edad, sexo, habilidades personales, etc.) o sociales (atracción grupal, cohesión, sistemas de soporte social, características socioculturales, etc.).

Perspectiva organísmica o sistémica

La característica principal de esta perspectiva es la consideración holística tanto de la persona como del entorno, que pasan a definirse como elementos dentro de un sistema integrado con interacciones entre las partes. Este énfasis de lo molar sobre lo molecular es la principal diferencia respecto a la perspectiva interaccionista -característica ésta que es totalmente asumida por la Psicología Ambiental actual. Asimismo se asume la clásica premisa gestáltica de que "el todo es más que la suma de las partes", es decir, la comprensión de un fenómeno psicoambiental pasa por descubrir las leyes que rigen y dirigen el funcionamiento del sistema como unidad global y no a través de un proceso aditivo de análisis de interacciones aisladas.

La denominación de esta perspectiva como "organísmica" no se basa tanto en la idea de una concepción biologista sino que se utiliza al organismo como metáfora para explicar la idea de sistema: no podemos entender el funcionamiento de un cuerpo humano estudiando por separado sus elementos o las relaciones puntuales entre ellos; su comprensión pasa por analizar el funcionamiento del conjunto y es el conjunto el que da sentido a las partes (Reese y Overton, 1973). Wapner (1981) define así las principales características de esta aproximación:

1. La unidad de análisis es la "persona-en-entorno" entendido como sistema integrado por distintos niveles (biológico, psicológico, socio-cultural) considerados de forma holística.
2. El organismo se relaciona activamente con el entorno en términos de objetivos y finalidades que son llevados a cabo a través de una variedad de significados e instrumentalidades.
3. Estas relaciones incluyen tanto aspectos cognitivos, afectivos como valorativos.
4. Este sistema opera en dinámico equilibrio orientado hacia objetivos a corto o largo plazo, de tal forma que una distorsión en una parte de este sistema afecta a las otras partes y a todo el sistema como conjunto.
5. El grado de desarrollo de un sistema (principio ortogenético) depende del grado en que las partes del sistema, su significado y finalidades se encuentran jerárquicamente ordenadas e integradas en él.

Perspectiva transaccionalista

En palabras de Altman y Rogoff (1987), la perspectiva transaccionalista "enfatisa el estudio de unidades de análisis holísticas, con fenómenos definidos en términos de aspectos psicológicos, contextuales y temporales que resultan inseparables" (op.cit., p.34). Esta aproximación parte de cinco premisas básicas (Saegert & Winkel, 1990):

1. La unidad de análisis es la persona "en" el entorno.
2. Tanto persona como entorno se definen dinámicamente y se transforman mutuamente a lo largo del tiempo, como dos aspectos de una unidad global.
3. La estabilidad y el cambio coexisten continuamente.
4. La dirección del cambio es emergente, no establecida a priori.
5. En consecuencia, es importante buscar tanto las fuentes del cambio como la forma en que el cambio a un determinado nivel afecta a los otros niveles, creando nuevas configuraciones de persona-entorno.

Mientras tradicionalmente la investigación se ha centrado en las perspectivas individualista e interaccionista, recientemente se observa un creciente interés por aproximarse hacia las perspectivas orgánica o sistémica (Proshansky, 1990) y, especialmente, la transaccionalista (Altman, 1990; Wapner, 1981; Stokols, 1995; Stokols y Shumaker, 1981) o bien una integración entre estas dos perspectivas (Wapner, 1990).

Sin embargo, los mismos Saegert y Winkel (1990) plantean las dificultades epistemológicas y metodológicas del transaccionalismo y que, para Stokols (1987) es uno de los principales retos de la psicología ambiental actual, a saber: "la traducción de una visión del mundo transaccional en estrategias operacionales para el desarrollo teórico y de investigación" (op.cit., p. 41). Las principales dificultades a las que se alude son:

- a) la incorporación de las variables tiempo y cambio como intrínsecas a los fenómenos a estudiar.
- b) la implicación del propio investigador en la situación a investigar. El transaccionalismo contempla al investigador como una persona particular en una "localización" también particular con respecto a un particular fenómeno.
- c) la dificultad o imposibilidad de utilizar las estrategias metodológicas tradicionales al uso, desde esta perspectiva de talante claramente antipositivista.
- d) cuestiones relacionadas con la representatividad de situaciones o poblaciones estudiadas, fiabilidad y validez de las medidas y generalización de los resultados obtenidos.

Por su parte, Stokols (1995) contempla tres grandes paradigmas que han marcado la evolución de la Psicología Ambiental. Estos son el situacionismo, el interaccionismo y el transaccionalismo.

El *situacionismo* analiza la conducta y el cambio de ésta en términos de sucesos y estímulos específicos que ocurren en el entorno físico o social de un individuo. Por su parte, el *interaccionismo* enfatiza la influencia conjunta de factores ambientales y personales sobre la conducta. Ambas perspectivas tienen un carácter lineal o unidireccional de manera que es posible predecir la conducta a partir de las condiciones

ambientales (en el primer caso) o de la combinación de factores situacionales e intrapersonales (en el segundo).

Por su parte, el *transaccionalismo* enfatiza la naturaleza recíproca o bidireccional de las relaciones entre la gente y el entorno. Así, las personas no solo responden a condiciones ambientales sino que toma medidas para influir y reestructurar sus entornos.

En el trabajo ya aludido de Saegert y Winkel (1990), se ofrece una revisión en la que se propone la delimitación de cuatro paradigmas de investigación en Psicología Ambiental: paradigma de la adaptación, del entorno como estructura-oportunidad, sociocultural y de síntesis histórica. Para Bonnes y Secchiaroli (1995), estos paradigmas pueden enmarcarse dentro de dos grandes tradiciones de investigación en psicología. Por una parte la concepción del entorno físico proveniente de la psicología de la percepción, paradigma caracterizado por una visión fisicalista-molecular e individualista. Por otra, la concepción del entorno desde la psicología social con una visión molar y social, correspondiendo este último paradigma a lo que los autores denominan aproximación psicosocial.

Paradigma de la adaptación

Este paradigma se enmarca inicialmente dentro de la tradición individualista y molecular del análisis del entorno. Para los autores, las áreas más maduras teórica y metodológicamente en Psicología Ambiental se enmarcan principalmente dentro de esta orientación: estrés ambiental, percepción y cognición ambientales y valoración ambiental. Todas ellas se basan en el hecho de que el objetivo biológico y psicológico de supervivencia motiva la conducta de las personas en su entorno: el sujeto biológico-psicológico procura enfrentarse a amenazas, cubrir necesidades básicas así como restaurar y expandir sus capacidades de afrontamiento en el entorno. En esta línea, por ejemplo, los estudios de Kaplan y Kaplan (1989) acerca de la percepción de entornos naturales hacen notar cómo las experiencias ambientales en relación con la naturaleza tienen la capacidad de contrarrestar el agotamiento de recursos psicológicos en la persona, coincidiendo estas ideas con las provenientes de estudios ambientes hospitalarios sobre la recuperación y satisfacción de los pacientes (Ulrich, 1984).

Por otra parte, desde este paradigma, la percepción y la cognición son vistos como mecanismos de ajuste a las necesidades de adaptación de la persona, aunque trabajos como los de Golledge se extiendan más hacia la línea del paradigma del entorno como estructura-oportunidad al basarse en la idea de que las personas ordenan jerárquicamente lugares, recorridos y áreas en el entorno integrando la nueva información a partir de la adición de nodos y reorganización de redes cognitivas (Garling y Golledge, 1989). Otros trabajos en líneas de investigación básicamente adaptativas ofrecen también conexiones con

otros paradigmas, como la consideración de variables socioculturales en estudios sobre el estrés ambiental (Evans, Colume y Shearer, 1988; Evans y Cohen, 1987).

Paradigma del ambiente como estructura-oportunidad (opportunity-structure)

El paradigma estructura-oportunidad se basa explícitamente en la relación entre las necesidades conductuales de una persona activa y orientada hacia un objetivo y las cualidades del entorno capaces de satisfacer tales requerimientos. A diferencia del paradigma adaptativo, los trabajos dentro de esta orientación presentan las experiencias ambientales, ante todo como un proceso de selección de las mejores opciones dentro de un sistema de restricciones y oportunidades de carácter sociofísico, enfatizándose especialmente el aspecto de planificación racional del ser humano.

Aunque la consideración de este paradigma en la investigación psicoambiental es más o menos discutible (Bonnes y Secchiaroli, 1995), la principal aportación en la conceptualización de este paradigma proviene de la geografía, concretamente del sueco Hagerstrand. Este autor ha intentado entender los procesos que caracterizan la conducta humana en el entorno a partir de la creación de los que denomina “geografía temporal” (time-geography). Desde su posicionamiento, las acciones humanas están condicionadas por diversos tipos de restricciones: en relación a sus capacidades (por ejemplo, no puede estar en dos lugares a la vez), a la coordinación o acoplamiento (empujando a la persona a dirigir sus acciones para que coincidan con las de otras personas con las que desea interactuar) así como en relación con aspectos normativos (resultado de la canalización y regulación normativa e institucional). Sería, sin embargo, un error considerar únicamente este aspecto restrictivo. En este sentido resulta clave el concepto de “proyecto”, entendido como “series completas de tareas necesarias para la consecución de alguna conducta orientada hacia un objetivo” (Pred, 1981, p. 236). Los proyectos canalizan las acciones humanas en cierta dirección y, por lo tanto, requieren ciertas decisiones de carácter espacial y temporal. A su vez, éstos son posibles o no en función de los recursos ambientales disponibles entendiendo el entorno como un tejido de estructuras de oportunidad. La deseabilidad de un nexo racional entre proyecto y entorno hace comprensible el uso de este paradigma en la planificación ambiental (Hagerstrand, 1983).

Dentro de este paradigma destacan, por ejemplo, los estudios de Michelson (1985) sobre la incidencia de la comunidad y sus servicios en la vida de las madres trabajadoras o, desde una perspectiva ecológica, los trabajos de Bronfenbrenner sobre la incidencia del nivel comunitario en la salud, desarrollo y bienestar de los niños (Bronfenbrenner, et.al., 1984) así como la relación entre la idea de “proyecto” y los estudios basados en la noción de “escenarios de conducta” (Wicker, 1987).

Paradigma sociocultural

Este paradigma contempla a la persona como un agente social más que como un individuo autónomo que tiene necesidades para satisfacer o lleva a término objetivos personales. La persona como agente social busca y crea significados en el entorno al relacionarse con él.

Estos significados no son construidos al momento sino que vienen modulados por la cultura y la estructura social dentro de la cual la persona opera. Es necesario, pues, considerar el entorno como un producto sociocultural situando el énfasis en la interacción social y en la consideración de la persona como inmersa en un contexto socio-cultural determinado, resultando así el paradigma más claramente relacionado con una perspectiva psicosocial.

La incidencia del significado ambiental en relación con la identidad social (Rapoport, 1982), con la formación y cohesión grupales (Brown y Werner, 1985), con la percepción y conducta ante el riesgo ambiental (Pitt y Zube, 1987) o en relación al miedo al crimen (Taylor, 1987) són ámbitos de investigación estrechamente relacionados con esta aproximación.

Paradigma de la síntesis histórica

Por último, Saegert y Winkel definen un "interparadigma" que denominan de la síntesis histórica en un intento por reflejar la tendencia actual hacia la integración de los paradigmas anteriores, aunque el énfasis principal de éste se sitúe en su orientación hacia el cambio social. De hecho, se observa que buena parte de las áreas de investigación en Psicología Ambiental, aunque están inicialmente ubicadas dentro del paradigma de la adaptación, ofrecen estudios que se orientan claramente dentro de los otros dos paradigmas. Para los autores, las perspectivas presentadas no son mutuamente excluyentes sino que ofrecen puntos de relación, tanto más cuando pueden considerarse como varios niveles de análisis, pasando del más interno (paradigma de la adaptación) al más externo y comprensivo (paradigma de la síntesis histórica). Sin embargo, lo que no parece tan fácil es definir cómo puede llevarse a cabo tal integración interparadigmática a nivel de la investigación empírica, es decir, los autores evidencian la dificultad para operar de modo integrado entre los diversos paradigmas. Para Bonnes y Secchiaroli, esta dificultad viene avalada por la oposición demostrada entre las dos principales tradiciones de investigación en psicología: la individualista-molecular y la social-molar.

4. EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LA PSICOLOGÍA AMBIENTAL

Tradicionalmente se ha considerado a la Psicología Ambiental como una disciplina nueva, joven o reciente. Sin embargo, lo que no es nuevo ni reciente es el interés por estudiar las relaciones que existen entre las personas y sus entornos, hecho derivado de una constatación sumamente simple: siempre

estamos ubicados, es decir, siempre estamos situados en algún entorno, y este hecho es intrínseco a nuestra existencia como seres vivos. Por lo tanto, a lo largo de la evolución de la humanidad y del pensamiento, la influencia del entorno o del ambiente sobre las personas ha sido un tema de referencia obligado. Como el resto de ciencias humanas y sociales, la propia evolución de la psicología está marcada por diversas concepciones de la relación e influencia entre persona (aspectos o variables internas) y ambiente (aspectos o variables externas) generando en su caso polémicas ya clásicas como la controversia entre herencia y ambiente o entre personologismo y situacionismo.

Así, mientras la primera psicología experimental de Wundt y Titchener relega los aspectos ambientales al centrarse en la experiencia inmediata y en el organismo, el conductismo adopta una postura radicalmente opuesta, pasando a centrar el interés en la predicción y control de la conducta determinada por las variables externas a la persona. El mediacionismo y, posteriormente, el cognitivismo (recuperando la tradición gestáltica) incorporan el papel del organismo y de los procesos mentales en el esquema E-R, aunque el énfasis en la experimentación en laboratorio como propuesta metodológica dominante tiende a considerar las variables ambientales bien como variables independientes asignadas (por tanto, sujetas a un estricto control experimental) bien como variables contaminantes de los fenómenos a analizar (generando la necesidad de neutralizar o anular sus posibles efectos).

No será hasta los años 60 que, con el "boom" de las disciplinas aplicadas en psicología social, surgirá lo que primero se denominó Psicología de la Arquitectura ampliándose posteriormente a Psicología Ambiental. Pero ello nunca, como siempre, sucede porque sí y de manera inmediata. Siguiendo a Pol (1988) podemos distinguir dos nacimientos de la Psicología Ambiental.

El primer nacimiento

Las semillas de la moderna Psicología Ambiental deben buscarse en la Europa de principios de siglo, y no precisamente dentro del ámbito de la psicología. Son especialmente destacables la influencia de la ecología de Haeckel (1866) o la noción de «Umwelt» de Von Uexküll (1909, 1957), como reconocen, por ejemplo, Kruse y Graumann (1987) o Wapner (1990). Recogiendo esta tradición, además de la influencia en la época de la metereobiología, Hellpach publica en 1911 *Geopsyche*, donde analiza por primera vez de forma rigurosa la influencia de fenómenos físico-ambientales sobre la conducta. En 1924 se publica un *Manual de Métodos Biológicos* cuyo tercer volumen, compilado por el propio Hellpach, lleva el título de *Psychologie der Umwelt*, primera referencia clara a la Psicología Ambiental.

Pero forzosamente hemos de detenernos en dos autores cuya influencia sobre la moderna psicología ambiental es incuestionable. Nos referimos a **Egon Brunswik** y a **Kurt Lewin**. Estos personajes comparten características comunes de orden biográfico. En primer lugar, ambos se forman en el área de

influencia germánica: Brunswik nace en Budapest y se forma en el denominado "Círculo de Viena" mientras que Lewin nace en Prusia y se forma en Alemania dentro de la tradición gestáltica. En segundo lugar, ambos emigran a los Estados Unidos durante los años 30, como muchos intelectuales que huyen de los acontecimientos preliminares a la II Guerra Mundial. En tercer lugar, en América son acogidos por Tolman que trabajará sobre los esquemas mentales en ratas (estudios precursores de los mapas cognitivos). Por último, estos autores ejercerán una influencia destacada en el desarrollo de la psicología, la psicología social y, por supuesto, la psicología ambiental.

Brunswik (1903-1955) concentra su ámbito de investigación en el tema de la percepción, aunque sus ideas tengan una incidencia más amplia. Al reclamar una mayor atención en el análisis de la influencia del entorno sobre la conducta, probablemente fue uno de los primeros autores en utilizar de forma consistente el término psicología ambiental en 1934 (Gifford, 1987). Asimismo, su énfasis en la representatividad del diseño de investigación obligaba a una mayor formación de los psicólogos respecto a los estímulos ambientales. Finalmente, su teoría probabilística sobre la percepción ambiental y, más concretamente, su modelo de lente han influido de manera notable por lo que respecta al tema de la percepción ambiental.

Lewin (1890-1947), por su parte, a través de su teoría de campo, influyó de manera determinante en la consideración actual del entorno desde una perspectiva molar, mientras que su idea de investigación-acción abría nuevos caminos en el estudio de ambientes naturales y su relevancia teórica. Por otra parte, la idea de "cáscara" o dimensión exterior (foreing hull) así como el concepto de espacio vital serán recogidas por Marta Muschow en un estudio sobre niños urbanos (Muschow, 1935) y orientará el estudio sobre la idea del espacio personal (Hall, 1966). Por último, su idea de una disciplina denominada Ecología Psicológica, será recogida por Barker y Wright bajo el término de Psicología Ecológica, cuyo foco de investigación serán los "behavior-settings". Así, estos autores fundan, el mismo año de la muerte del maestro (1947), la Estación Psicológica en Midwest, Kansas, para estudiar en qué forma las situaciones ambientales del mundo real afectan a la conducta de las personas y que, para Holahan (1982), constituye el germen de la Psicología Ambiental en los Estados Unidos.

Para completar esta panorámica histórica, cabe destacar otros hitos importantes de este primer nacimiento. Así, hay que considerar también la importancia de la sociología del alemán Simmel, de la Gestalt o de movimientos culturales y artísticos como la Bauhaus con Mies Van der Roe. La antropología y la etnología francesa, los estudios de Marie Jahoda sobre factores ambientales del paro o, desde el urbanismo o los planteamientos de Le Corbusier completan este panorama de precursores de la Psicología Ambiental, sin olvidar la influencia ejercida desde el otro lado del Atlántico por la sociología urbana de la Escuela de Chicago con Burgess, Park y Wirth como máximos exponentes.

El segundo nacimiento

Sin embargo, no será hasta la década de los años 60 que esta tradición ambiental germinará en una disciplina con carácter propio. A ello contribuirán diversos factores contextuales tanto de orden social como académico.

En el primer orden, aparece una demanda social cada vez más explícita proveniente principalmente de la arquitectura y el urbanismo. La reconstrucción urbanística producida en la posguerra conlleva el planteamiento de nuevas cuestiones derivadas de la problemática urbana y habitacional que hará que arquitectos y planificadores giren su vista hacia la sociología y, posteriormente, la psicología en la búsqueda de soluciones. No en vano, la primera denominación de la nueva disciplina sería "Psicología de la Arquitectura" y el promotor de la primera conferencia fundacional de Dalanhuí fue Canter desde la Escuela de Arquitectura de Stratchclyde, en Glasgow (Pol, 1988).

Esta demanda de optimización del diseño de viviendas, barrios o lugares de trabajo ha de enmarcarse en un período caracterizado por un contexto económico favorable, por la expansión de ideologías humanistas, por la atención orientada hacia los conceptos de bienestar y calidad de vida y por un replanteamiento de las formas de producción, de estilos de vida y de modelos de concentraciones humanas derivados de la denominada Revolución Tecnológica. De esta manera, la Psicología Ambiental amplía sus áreas de interés hacia aspectos más sociales relacionados con la satisfacción residencial y la calidad de vida.

Sin embargo, la evolución de estas formas de producción junto a la crisis económica y social originada en 1973 generará un nuevo reto en el que actualmente está sumida la sociedad: la problemática ambiental, de tal forma que, como comenta Enric Pol, desde una perspectiva de globalidad, se puede hablar del paso de una Psicología de la Arquitectura a una Psicología Ambiental "Verde" (Pol, 1993).

En el orden académico, el surgimiento de la Psicología Ambiental debe contextualizarse en la denominada crisis de la Psicología Social. El cuestionamiento de la relevancia de los resultados obtenidos en situación experimental tendrá, entre otras consecuencias, el surgimiento de un conjunto de disciplinas orientadas hacia ámbitos específicos de aplicación que, a ritmos distintos, irán buscando su propia especificidad tanto en el plano teórico-conceptual como en líneas de investigación y metodologías específicas. Además, la crisis paradigmática del conductismo abrirá nuevas puertas para el desarrollo de la Psicología Ambiental: recuperación del tema de la percepción, irrupción del cognitivismo y de la tradición gestáltica, revisión de las corrientes fenomenológicas (Seamon, 1982) o la influencia de la psicología genética de Piaget, por destacar algunas de las más importantes.

Así encontramos en 1954 los primeros estudios de Terence Lee, desde la psicología social y con un talante neopositivista, sobre educación y suburbios, trabajos sobre la percepción de la arquitectura de Hesselgreen con clara influencia fenomenológica y, en 1956, trabajos socio-antropológicos del francés P.H. Chombart de Lauwe o la sociología urbana de corte marxista de Henri Lefebvre.

Entrada la década de los años 60, la investigación, especialmente en Estados Unidos, se centra en los llamados "case studies". Como destaca Gifford (1987) ya a finales de los 50 Sommer y Osmond empiezan a estudiar sistemáticamente como la alteración de elementos físicos en los edificios producen efectos sobre la conducta de sus ocupantes: redistribuyendo el mobiliario y rediseñando las salas de hospitales geriátricos y psiquiátricos observaron como se incrementaba la comunicación entre los pacientes (Osmond, 1957; Sommer y Ross, 1958). Al mismo tiempo, Sommer (1959) empieza sus estudios sobre el espacio personal. Posteriormente, Ittelson, Proshansky y Rivlin (1976) realizan estudios similares en un hospital para pacientes mentales.

Pero es en la década de los 70 que la Psicología Ambiental experimenta su expansión más espectacular. Siguiendo a Stokols (1995), este período se caracteriza por un esfuerzo de formular nuevas aproximaciones tanto en el plano teórico como metodológico para explicar la complejidad de las relaciones entre la gente y sus entornos.

A nivel teórico caben destacar la conceptualización de las disposiciones ambientales a partir de los rasgos de personalidad (Craig, 1976), el concepto espacio defendible (Newman, 1973) o del clima social (Moos, 1976), la teoría de los escenarios de conducta ("behavior settings") de Barker (1968) y elaboraciones posteriores (Wicker, McGrath y Armstrong, 1972), la teoría ecológica de Bronfenbrenner (1979), el concepto de place-identity (Proshansky, 1978; Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983) o el modelo de conducta espacial de Altman (1975) integrando los conceptos de privacidad, territorialidad, espacio personal y hacinamiento (crowding).

A nivel metodológico cabe considerar las aportaciones sobre cognición ambiental, dibujo de mapas, búsqueda de itinerarios o reconocimiento de fotografías usados para medir la "imaginabilidad" ambiental (Lynch, 1960; Milgram y Jodelet, 1976); la investigación sobre índices de calidad ambiental (Craig y Zube, 1976) y técnicas de simulación ambiental (Appleyard y Craig, 1978; McKechnie, 1977) aplicadas a las reacciones ante entornos reales o imaginarios; mapas conductuales y análisis de escenarios de conducta encaminados a la orientación de patrones conductuales en distintos entornos; así como investigación sobre estrés ambiental a través de métodos observacionales, reportes individuales y pruebas fisiológicas.

Durante los años 80 se produce un cierto cambio de orientación: por un lado, los modelos situacionales y interaccionistas que habían prevalecido en las dos décadas anteriores dejan paso a perspectivas de corte

transaccional con conceptos como el de "place-identity" (Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983) o "place-dependence" (Stokols y Shumaker, 1981). A su vez, la investigación pasa de centrarse más sobre las experiencias individuales a un interés marcado por los fenómenos sociales-grupales en relación con el medio sociofísico.

Por lo que se refiere al desarrollo académico e institucional, la Psicología Ambiental ha seguido un proceso sostenido de consolidación aunque, como señala Stokols (1995), en la actualidad, este desarrollo no está tan centrado en los Estados Unidos como en el resto del mundo. La disciplina cuenta con diversas asociaciones profesionales y científicas como la EDRA (Environmental Design Research Association) en América, la IAPS (Association for the Study of People and Their Physical Surroundings) en Europa, la MERA (Man-Environment Relations Association) en Japón o la PAPER (People and Physical Environment Research Organization) en Australia y Nueva Zelanda. Divisiones o grupos de Psicología Ambiental dentro de la American Psychological Association (APA), la International Association of Applied Psychology o, en el Estado Español, en la delegación de Madrid del Colegio Oficial de Psicólogos como pionera, y posteriormente en el Colegio Oficial de Psicólogos de Catalunya y en algunas delegaciones del Colegio estatal.

Por lo que se refiere a programas de formación, los pioneros fueron, en Estados Unidos, el programa de la CUNY en Nueva York (1968) y, en Europa, el de Surrey -Gran Bretaña- (1973) promovidos respectivamente por Harold Proshansky y David Canter. Posteriormente han aparecido nuevos programas en otras localizaciones: Estrasburgo, París, Lund (Suecia) o México. En Barcelona se inicia en 1988 el "Máster en Intervención Ambiental: Contextos Psicológicos, Sociales y de Gestión" y, actualmente, la asignatura de Psicología Ambiental se imparte en la Universidad de Barcelona, Complutense y Autónoma de Madrid, La Laguna (Tenerife), la UNED, la Universidad de Oviedo y en la Universidad de Girona, siendo contemplada también en los planes de estudios de otras universidades del Estado Español.

Por su parte, la psicología ambiental cuenta con varias revistas de difusión científica entre las que merecen ser destacadas: *Environment and Behavior* (1969), *Population and Environment* (1978), *Journal of Environmental Psychology* (1981) o *Journal of Architectural Planning and Research* (1984). Además, existe una consolidada tradición de congresos, reuniones científicas o seminarios entre los que se encuentran los congresos bianuales organizados por la IAPS y la EDRA así como la inclusión de actividades relacionadas con la materia en los principales congresos de Psicología Social y Psicología Aplicada. En el Estado Español merecen ser destacados la VII Conferencia de la IAPS celebrada en Barcelona en 1982, reuniones científicas de carácter monográfico (Entorno Escolar, Barcelona 1978, 1980, 1982, 1984; Conservación del Entorno, Sevilla, 1988; Psicología Ambiental y Etología, Oviedo, 1989; Psicología Ambiental, Girona, 1990, Tarragona, 1991; Comportamiento en el Medio Natural y Construido, Orellana, 1992; La Ciutat Viscuda, Barcelona, 1993) y las cinco Jornadas de Psicología

Ambiental, de carácter estatal: Madrid (1987), Palma de Mallorca (1989), Sevilla (1991), Tenerife (1994) y Barcelona (1996), estas dos últimas formalizadas ya como Congresos de Psicología Ambiental.

5. LA PSICOLOGÍA AMBIENTAL HOY

En este último apartado, y tras dar una breve introducción acerca de qué es la Psicología Ambiental, acabaremos por dar algunas notas sobre la situación actual de la disciplina así como las tendencias que orientan el futuro de la misma.

A pesar de la multiplicidad de definiciones, orientaciones metateóricas, metodológicas y de investigación, la Psicología Ambiental actual comparte una serie de características o puntos de encuentro:

1. Enfoque holístico, molar, tanto de la persona como del entorno.
2. Consideración del rol activo de la persona en su relación con el entorno.
3. Multiplicidad de métodos de investigación así como de técnicas de recogida y análisis de datos, consecuencia de la complejidad de los fenómenos objeto de estudio.
4. Carácter necesariamente interdisciplinar.
5. Ampliación de los ámbitos de investigación. Además de los ya clásicos referidos a la ciudad y entornos concretos (hospitales, lugares de trabajo, escuelas, etc), la psicología ambiental actual toma como ámbito los entornos naturales así como temas referidos a comportamientos proambientales, marketing y gestión ambiental, etc.
6. Tendencia creciente a centrarse en los aspectos sociales por encima de los meramente individuales.
7. Mayor énfasis en las perspectivas organísmica y, especialmente, transaccional, intentando superar las dificultades teóricas, epistemológicas y metodológicas que esta última plantea.

Autores como Proshansky (1990) o Stokols (1995) coinciden en observar una situación paradójica por lo que se refiere a la Psicología Ambiental actual: mientras la disciplina se desarrolla y la presencia de psicólogos ambientales en el ámbito profesional es cada vez más destacada, este mismo desarrollo no se observa por lo que se refiere al ámbito académico, no al menos por las expectativas generadas a lo largo de los años 70 y 80. Esta visión parcial del desarrollo de la Psicología Ambiental (centrada en lo que acontece en los Estados Unidos) no es exacta por lo que se refiere al resto de países. En el Estado Español, por ejemplo, la asignatura Psicología Ambiental se encuentra contemplada en numerosos currículas de los planes de estudio de diversas universidades, mientras que en Barcelona funciona un programa de formación de tercer ciclo plenamente consolidado. Por otra parte, aunque el grupo de psicólogos ambientales ubicados en la academia no es excesivamente numeroso, su labor en cuanto a desarrollo de líneas de investigación y creación grupos de trabajo ha generado una imagen de

consolidación de la disciplina y un fenómeno generacional que la consolida y garantiza (Pol, 1994b; Aragonés, 1994). En este sentido cabe mencionar desarrollos destacados en temas como mapas cognitivos (Aragonés y Arredondo, 1985; Hernandez y Carreiras, 1986), experiencia afectiva del entorno (Corraliza, 1987), satisfacción residencial y calidad de vida (Amérigo, 1995; Pol y Guárdia, 1990), apropiación del espacio (Pol, 1994a), preferencias de paisajes (Corraliza y Gilmartín, 1991; Galindo, 1994), riesgo y catástrofes ambientales (Aragonés, 1991; Javaloy, Valera y Rodriguez, 1995), gestión de espacios naturales (De Castro, 1995, Hernandez, Martínez y Suárez, 1994), evaluación de impacto ambiental (Valera, 1995; Pol y Moreno, 1994) y actitudes medioambientales (Íñiguez, 1994).

Quizás este fenómeno descrito por Proshansky y Stokols pueda deberse a un efecto en el que también coinciden ambos, a saber, lo que se podría denominar una «psicologicoambientalización» de otras disciplinas así como de otras áreas de la propia psicología. Así, Proshansky (1990) hace notar cómo actualmente profesionales provenientes de la arquitectura, la geografía, el diseño o la planificación social, así como de la psicología, se definen ellos mismos como psicólogos ambientales. Por su parte, Stokols (1995) remarca cómo los principios conceptuales y metodológicos de la Psicología Ambiental resultan fundamentales para otras áreas la psicología cognitiva, evolutiva, social, de la personalidad, de la salud o comunitaria, mientras que Wapner (1995) destaca que una contextualización adecuada de la Psicología Ambiental implica considerar la capacidad "centrípeta" de ésta con respecto al resto de áreas psicológicas corrigiendo la tendencia "centrífuga" descrita por Altman (1987) que conlleva a la fragmentación de la psicología. De hecho, uno de los últimos números de la revista *Environment and Behavior* recoge una serie de artículos que, presentados en el Congreso Internacional de Psicología Aplicada (Madrid, 1994), relacionan a la Psicología Ambiental con ámbitos como la psicología evolutiva y la educación (Yamamoto y Ishii, 1995), psicología social y de los grupos (Minami y Tanaka, 1995), psicología clínica (Demick y Andreoletti, 1995), psicología de las organizaciones (Mayo, Pastor y Wapner, 1995), psicología de la salud (Quirk y Wapner, 1995) y otros subámbitos (Pacheco y Lucca-Irizarry, 1995).

Una idea bastante común en las fuentes que se están tomando en consideración es que el desarrollo de la Psicología Ambiental, a nivel de ámbitos de aplicación, vendrá determinado por cinco temas de carácter socio-ambiental presentes en nuestros días: a) la contaminación del entorno y los cambios en el ecosistema global, b) la proliferación de la violencia tanto a nivel regional como internacional, c) el impacto generalizado de las tecnologías de la información sobre el trabajo y la vida familiar, d) la intensificación de los costos en la distribución de los cuidados sanitarios y la creciente importancia de la prevención de enfermedades y de la promoción de la salud, y e) los procesos de envejecimiento de las sociedades de numerosos países en el mundo.

Por su parte, y completando la idea de los dos nacimientos comentada anteriormente, Pol (1993) define una tercera etapa para la Psicología Ambiental que se inicia a mediados de los años 80 y que tiene como

parámetros de desarrollo las nuevas coordenadas mundiales: problemática ecológica y generalización de los procesos migratorios sur-norte provocada por los desequilibrios ecológicos, económicos, tecnológicos y demográficos. El mismo autor (Pol, 1996), reflexiona acerca de los nuevos ámbitos de aplicación de la Psicología Ambiental por lo que se refiere al ejercicio profesional, distinguiendo seis ámbitos principales: a) planificación urbana, gestión y calidad de vida, b) vía pública y transporte, c) marketing, promoción y educación ambiental, d) ecología del lugar de trabajo, e) auditorías ambientales y f) evaluación del impacto ambiental.

Para concluir este capítulo, es necesario un último apunte introductorio al tema del que se ocuparán el resto de capítulos del libro. Es precisamente la convergencia de las tendencias aludidas al principio de este apartado la que favorece el resurgimiento de una de los temas explorados pero no suficientemente resueltos de la Psicología Ambiental: el análisis del significado espacial y su relación con los procesos de identidad. Así, la consideración holística del entorno conlleva incorporar el significado ambiental como uno de los elementos constituyentes de éste. Por otra parte, la consideración del rol activo de la persona en su relación con el entorno y la aproximación a planteamientos de carácter psicosocial favorece la incorporación de teorías provenientes de la Psicología Social como el Interaccionismo Simbólico (Mead, 1934; Blumer, 1969) o el Construccinismo Social (Berger y Luckman, 1966; Gergen, 1985) las cuales enfatizan especialmente la consideración de la persona como creador de significados en un contexto socio-cultural determinado. Por último, la adopción de una perspectiva transaccional en el plano teórico-epistemológico así como la incorporación de metodologías de investigación de carácter cualitativo sientan las bases para el desarrollo de investigaciones como la que aparece referida en la segunda parte de este libro. Antes, sin embargo, es necesario profundizar más en estos planteamientos, tarea a la que pasamos a continuación.

CAPÍTULO 2. EL SIGNIFICADO DEL ESPACIO URBANO. PERSPECTIVAS TEÓRICAS Y DISCIPLINARES

1. Algunas consideraciones previas.
2. Aportaciones desde el urbanismo.
3. La simbólica urbana a través de la sociología urbana.
4. El simbolismo espacial desde la antropología urbana.
5. Aportaciones desde la geografía.
6. El significado del espacio desde la perspectiva de la ecología.
7. El simbolismo espacial desde la Psicología Ambiental:
 - Simbolismo del espacio y mapas cognitivos.*
 - "Place-identity": el encuentro entre las teorías del self y la psicología ambiental.*
 - Simbolismo espacial e identidad urbana.*
 - El significado del espacio desde la perspectiva transaccional.*

1. ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

Al empezar este nuevo capítulo, resulta pertinente recoger la idea ya expresada acerca de la estrecha relación que inicialmente une a la Psicología Ambiental con la Psicología Social, ya que buena parte de los "fundadores" de la disciplina son psicólogos sociales. Este hecho tiene relevancia al plantear algunas reflexiones que inciden en el tema que nos ocupa.

La primera de ellas se refiere a la relación entre ambas disciplinas. La Psicología Ambiental ha estado comúnmente vista como una rama aplicada de la Psicología Social. Como ejercicio sencillo y ejemplificador, basta con analizar la situación en la que se coloca el tema "Psicología Ambiental" en alguno de los manuales de psicología social que lo incluyen (Lindzey y Aronson, 1985; Penrod, 1983; Tedeschi, Lindskold y Rosenfeld, 1985; Forsyth, 1987; Shaver, 1987; Alcock, Carment y Sadava, 1991; Weber, 1992). Esta visión hace que, aunque los psicólogos ambientales hayan desarrollado a lo largo del tiempo toda una serie de tópicos, objetos de estudio y modelos teóricos que han contribuido a la consolidación disciplinar, su repercusión dentro de la psicología social básica haya estado escasamente reflejada hasta el momento.

Una segunda reflexión, derivada de la primera, es que la Psicología Ambiental ha sufrido de los mismos reduccionismos y determinismos que el resto de disciplinas psicológicas. En este sentido, Jerome Bruner reivindica actualmente la recuperación del estudio de los estados intencionales, de la agentividad y de los significados simbólicos por parte de la psicología a partir de dos puntales básicos: la psicología cultural y la psicología popular o "folk psychology" (Bruner, 1990). Sus reflexiones afectan también a la Psicología Social y a la Psicología Ambiental y, en estos momentos, pueden observarse elementos que apuntan hacia esta tendencia. La incorporación de un capítulo de Altman en el *Handbook of Cross-Cultural Psychology* (Triandis y Brislin, 1980), la aparición de un capítulo de Psicología Ambiental en el libro *Applied Cross-Cultural Psychology* (Brislin, 1990) o la propuesta de una "perspectiva espiritual" para analizar la relación individuo-entorno (Stokols, 1990) son algunos ejemplos en esta línea.

A pesar de estos intentos cabe destacar que, desde el ámbito disciplinar de la Psicología Ambiental, los aspectos simbólicos del espacio -y más concretamente del espacio urbano- han sido puntos de referencia y alusión casi obligados en la literatura del entorno aunque, en la mayoría de las ocasiones, su tratamiento no haya ido más allá de la simple enumeración como elementos constituyentes del espacio construido, cuya existencia no es discutida pero tampoco es tratada desde el punto de vista teórico, y mucho menos desde el punto de vista empírico. El simbolismo del espacio urbano ha sido un tema siempre presente pero casi siempre esquivado por los psicólogos sociales y ambientales. Posiblemente, las razones por las cuales se ha producido esta situación son múltiples y diversas, aunque tres pueden ser consideradas de manera especial.

Por un lado, el tema del simbolismo en el espacio urbano ha sido tradicionalmente considerado de difícil accesibilidad para abordarlo dentro de la Psicología Ambiental. Para ilustrar este punto tómese en consideración un pequeño y ya clásico ejemplo. En el libro "The Image of the City" (1960) Kevin Lynch define tres características básicas de la imagen ambiental referida al espacio urbano: identidad, estructura y significado. De ellas, el autor tan solo analiza las dos primeras y considera al significado ambiental como un tema extremadamente complejo hasta el punto de considerarlo, a nivel de análisis, independiente de la forma física del objeto urbano.

"(...) el problema del significado en la ciudad es complejo. Es menos probable que las imágenes colectivas de significado sean coherentes en este nivel que las percepciones de identidad y relación. Por otra parte, el significado no está influido tan fácilmente por la manipulación física como estos dos componentes" (1985, p.18).

Asimismo comenta, "si nuestro objetivo es construir ciudades para el disfrute de gran número de personas con antecedentes sumamente diversos, mostraremos sensatez si concentramos la atención en la claridad física de la imagen y permitimos que el significado se desarrolle sin nuestra guía directa." (op.cit, p.18).

Estas propuestas, como se verá posteriormente, han resultado una constante a lo largo de los estudios sobre mapas cognitivos. Por otro lado, aunque podamos estar de acuerdo con el autor en esta "no direccionalidad" en la planificación del significado del espacio urbano (aspecto en el que parecen no estar de acuerdo muchos de los urbanistas y planificadores actuales de nuestras ciudades), creemos que el planteamiento es otro: si podemos llegar a entender como se produce el proceso de elaboración simbólica del espacio urbano tendremos un elemento esencial para diseñar ciudades donde cada uno de los ciudadanos y de los grupos que la habitan puedan desarrollar su propio universo simbólico, generar sus propios mecanismos de apropiación espacial coherentes con su imagen personal y social y, en definitiva convertir la ciudad en algo más asequible y humano.

Otro factor que ha contribuido al hecho comentado ha sido la abrumadora preponderancia del enfoque que pone el énfasis de la investigación en los aspectos referidos a la percepción y la cognición espacial. No se trata en este punto de plantear en una dicotomía entre lo cognitivo y lo simbólico pero, como acertadamente comenta Moscovici (1982), "los psicólogos sociales tienden a confundir lo cognitivo y lo simbólico. Si bien es cierto, como se ha proclamado, que la revolución cognitiva queda detrás de ellos, la revolución simbólica que aún por hacer" (citado en Ibañez, 1988). Podemos también completar este punto con un ejemplo: en la completa revisión sobre el campo disciplinar de la psicología ambiental que realiza Stokols (1978), el término «simbólico» aparece entre paréntesis al lado del término «cognitivo» (op.cit., p.259), pero en el momento de tratar como tópico de investigación la representación cognitiva del entorno no aparece ni una sola referencia a los aspectos simbólicos del espacio¹. El simbolismo espacial queda aquí diluido en una poco especificada componente afectiva de la cognición espacial. Esta ha sido la tónica casi dominante por lo que respecta a este planteamiento. En este sentido, podemos comenzar a ver una salida a la cuestión desde la Psicología Social con las aportaciones efectuadas desde la perspectiva del Interaccionismo Simbólico, o del Construccinismo Social (Ibañez, 1990).

Un tercer factor determinante ha sido el excesivo encasillamiento en el que, dentro de la tipología urbana, ha estado circunscrito el espacio considerado simbólico. Efectivamente, demasiado frecuente ha sido la consideración de espacio simbólico como sinónimo de monumento en un planteamiento que, desde nuestro posicionamiento, resulta excesivamente restrictivo: si bien es cierto que el monumento o espacio conmemorativo tiene una carga simbólica innegable (Lefebvre, 1971), cualquier otro espacio de la ciudad puede asumir también esta función. Esta idea es recogida por el arquitecto y urbanista Oriol Bohigas cuando habla sobre el concepto de monumento (Bohigas, 1985):

"Precisamente porque es un recuerdo del pasado, se constituye en factor fundamental de la permanencia de la ciudad a través de las azarosas vías de su transformación física y social. Esta cualidad de permanencia lo hace aglutinador y representante de ciertos aspectos de la identidad colectiva, del grupo social que lo envuelve (...). Por ello, es necesario ampliar el concepto de monumento y entender a éste como todo aquello que da significado permanente a una unidad urbana, desde la escultura que preside y aglutina, hasta la arquitectura que adopta un carácter representativo y, sobre todo, aquel espacio público que se carga de significaciones." (1985, p. 148).

Para Bohigas, la cualidad esencial del espacio monumental desde el punto de vista urbanístico es, precisamente, su permanencia, y no tan solo permanencia física sino, sobre todo, permanencia a nivel de significado, de contenido simbólico. Esta característica del espacio monumental puede ser extrapolable a cualquier otro espacio que, lejos de recordar a un personaje o a un hecho histórico, tenga la capacidad de elicitar y aglutinar elementos de identificación para determinados grupos sociales.

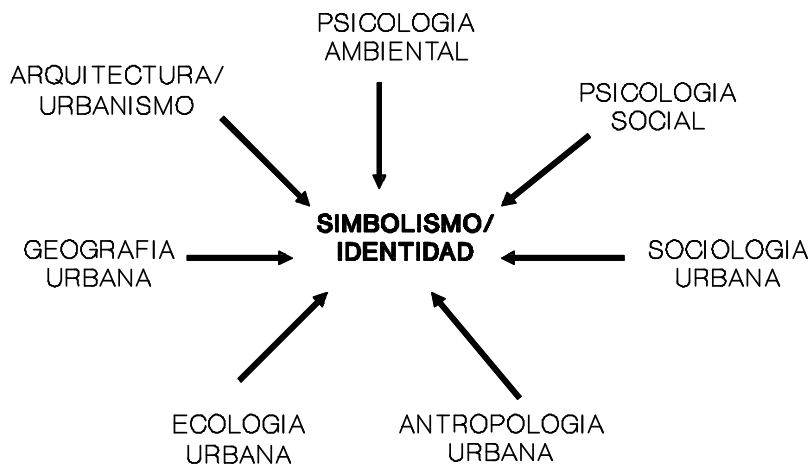
En este sentido, puede considerarse como simbólico un espacio determinado sobre el cual un individuo o grupo ha depositado una determinada carga de significaciones, emociones o afectos, como consecuencia de su bagaje cultural-ideológico, de su pasado ambiental y de las interacciones que en ese espacio mantiene con los otros individuos o grupos sociales. Ya que consideramos que

¹ Precisamente será el propio Stokols uno de los principales autores que retomará el tema del simbolismo del espacio a partir de los años 80 (Stokols, 1981, 1990; Stokols y Shumaker, 1981; Stokols y Jacobi, 1984).

todo espacio construido es, por encima de cualquier otra consideración, un producto social, un espacio será simbólicamente más potente, no necesariamente cuantos más individuos compartan unos mismos significados, emociones o afectos referidos a ese espacio, sino cuanto más claramente estén definidos estos significados, emociones o afectos por el grupo social en relación con ese espacio.

Este conjunto de factores que se acaban de exponer pueden dar razón de la ausencia casi absoluta no ya de libros o artículos, sino de capítulos o apartados dedicados específicamente al tema del significado simbólico del espacio en las principales obras de referencia de Psicología Ambiental. Es necesario buscar minuciosamente y, a veces, leer entre líneas para descubrir referencias puntuales. La búsqueda bibliográfica por las principales revistas de Psicología Ambiental (Journal of Environmental Psychology y Environment & Behavior) tampoco es muy fructífera en este sentido. A pesar de ello, no se puede olvidar el hecho de que en el duodécimo congreso de la I.A.P.S. (Tesalónica, 1992) hubiese una mesa de comunicaciones con el título "Self-place identity, attachment and meaning", con claras referencias a los aspectos simbólicos del espacio y a su relación con la identidad social, diferenciada a su vez de la mesa dedicada a "Environmental perception and cognition" (Mazis y Karaletsou, 1992). Posteriormente volveremos sobre las aportaciones sobre el tema provenientes de la Psicología Ambiental.

Sirvan estas líneas iniciales para enmarcar la cuestión. Pero la revisión del tema del simbolismo espacial y de sus repercusiones en los procesos de génesis de identidad conlleva dar un paso más. Como acertadamente comenta Bruner (1990), el hecho de que la psicología diese la espalda a los estados intencionales y a los sistemas simbólicos no implica que otras disciplinas hayan recogido estas cuestiones -la antropología en el caso de Gertz o la filosofía en el caso de Rorty, por ejemplo. Algo similar se plantea al analizar el significado simbólico del espacio urbano desde la psicología ambiental. A menudo es necesario orientarse hacia otras disciplinas que, teniendo como objeto de estudio el fenómeno urbano, han tratado este tema con más profusión que desde la propia psicología ambiental. El esquema siguiente muestra el conjunto de disciplinas relacionadas con el tema del simbolismo espacial y la identidad:



A continuación, pues, dispongamonos a efectuar un recorrido por estas disciplinas, recuperando sus ideas al respecto para incorporarlas y analizarlas, en el tercer capítulo, en el seno de la Psicología Ambiental. Es necesario destacar que no se pretende hacer una revisión exhaustiva de cada uno de estos ámbitos disciplinares sino tratar aquellos aspectos y aquellos autores más directamente relacionados con el tema del simbolismo espacial y la identidad social.

2. APORTACIONES DESDE EL URBANISMO

De una forma u otra, tanto la arquitectura como el urbanismo han desarrollado un lenguaje característico que incorpora de manera relevante los aspectos simbólicos y significativos del espacio. Por una parte la creación de elementos significativos dentro del espacio urbano remite al concepto de edificio singular o monumento aunque, como se ha visto anteriormente, Bohigas (1985) propone ampliar el concepto tradicional de espacio monumental. Por otra parte, la distribución de estos elementos en el espacio determina de manera fundamental el desarrollo urbanístico de la ciudad a pesar de que, con el advenimiento de la ciudad industrial, los parámetros de desarrollo urbano se modifican considerablemente. Así, por ejemplo, la ciudad romana contempla un cardus y un decumanus como ejes urbanos, en cuya confluencia se sitúan los principales elementos del poder político o religioso; por su parte, la ciudad barroca se distribuye en el espacio buscando las perspectivas visuales óptimas para goce, admiración y respeto de los elementos urbanísticos que simbolizan el poder absoluto (jardines, palacios, etc.). En este sentido, resulta especialmente interesante el análisis que realiza Chueca Goitia (1994) acerca de distintos modelos de ciudad, destacando, por ejemplo, el valor simbólico del palacio-templo en la ciudad antigua, de "la puerta" para la ciudad islámica, de las catedrales o abadías en la ciudad medieval, las grandes vías y plazas en la ciudad renacentista o el ya comentado palacio de las ciudades barrocas.

Sin embargo, por su incidencia sobre los planteamientos que centran el tema a tratar, es especialmente destacable la obra del urbanista Kevin Lynch. Este autor publica en 1960 *The Image of the City*, una obra que resultará de importancia capital para el desarrollo de la Psicología Ambiental. En ella se trata esencialmente el tema de la imagen mental asociada al espacio urbano. Como ya se ha comentado al principio del capítulo, aunque el autor considera que toda imagen ambiental tiene tres componentes básicos: identidad, estructura y significado, su análisis se centra en los dos primeros dejando en un segundo término el tema del significado del espacio. La explicación de esta opción podemos encontrarla en la definición que el propio autor realiza del verbo Urban Design para la Enciclopedia Británica (1974):

"Significado: (...) El rol simbólico del paisaje es interesante, pero desgraciadamente su comprensión es poca. La significación difiere enormemente entre los diferentes grupos." (En Banerjee & Southworth, 1990, p. 519).

Su aportación en este terreno consiste básicamente en considerar que una imagen física cumple también una función social:

"Puede proporcionar la materia prima para los símbolos y recuerdos colectivos de comunicación del grupo (...). Potencialmente, la ciudad es en sí misma el símbolo poderoso de una sociedad compleja. Si se la plantea bien visualmente, puede tener asimismo un intenso significado expresivo" (1985, pp.12-14).

Por su parte, Edward Krupat (1985) analiza las funciones que, para Lynch, cumple la imagen de una ciudad: función de movilidad, de organización, emocional y simbólica. Respecto a esta última, la idea central es que la imagen provee símbolos y asociaciones fuertes con un lugar que facilitan la comunicación entre la gente que participa de un entorno común:

"El hecho de que las representaciones mentales de ciertos lugares conocidos, lugares de encuentro, o barrios especiales pueden resultar compartidas sugiere que los mapas cognitivos no tan solo sirven a nivel individual sino que también son susceptibles de jugar un importante rol social o interpersonal" (Krupat, 1985, p. 71).

Anteriormente a la publicación del libro antes mencionado, el propio Lynch trata el elemento simbólico como uno de los elementos que facilitan la orientación espacial, apuntando a continuación que el simbolismo espacial puede también derivarse de la satisfacción surgida de la visión de la ciudad como globalidad unitaria con la cual el individuo puede identificarse (Lynch, 1953).

La crítica sobre la falta de atención al significado simbólico del espacio hecha al trabajo de Lynch fué, en parte, recogida en algunos de sus trabajos posteriores al de 1960. Por ejemplo, en un trabajo

referente a los criterios sobre el diseño de autopistas (Lynch y Appleyard, 1966) se hace referencia al posible perjuicio que puede suponer la construcción de una de estas infraestructuras en tanto en cuanto resulta una barrera visual pero también simbólica en el paisaje. Para reducir este efecto, es necesario identificar los elementos visuales y simbólicos que son relevantes en el área sobre la que se interviene, pero no hacerlo de una manera mecánica sino a través de las explicitaciones de la comunidad o grupos afectados.

Sin embargo, será en sus últimos artículos cuando Lynch retomará el tema del significado del espacio, su carácter simbólico y su relación con los procesos de identidad, tanto individual como social. De una forma más o menos explícita, la conexión entre significado espacial y identificación social había sido recogida en textos anteriores (Lynch, 1953, 1960). Pero es precisamente cuando el autor reflexiona sobre las pautas y orientaciones a tener en cuenta por los diseñadores urbanos cuando esta conexión se hace más evidente (Lynch, 1975). Todo diseñador que combine determinados elementos y espacios para configurar una imagen urbana ha de tener en cuenta que esta imagen tendrá un fuerte componente de significado social que irá creciendo y elaborándose con el tiempo. Estas imágenes:

"conectan al ciudadano con el lugar, mejorando el significado de la vida diaria y reforzando la identidad del grupo y del self" (en Barnejee & Southworth, op. cit.).

Esta clara referencia supone un punto de inflexión importante en la consideración del significado por parte del autor: la imagen ambiental deja de ser vista únicamente desde una perspectiva funcional para pasar a ser un elemento a considerar en la formación de la identidad, no tan solo del espacio sino de los individuos que están inmersos en él.

Esta idea queda reforzada en su trabajo póstumo (Lynch, 1984), una interesante revisión de *The image of the city* en la que recoge directamente la crítica sobre el tema del significado y retoma las ideas expuestas anteriormente. Las palabras del propio autor son suficientemente esclarecedoras al respecto:

"Este fué un golpe más directo. El estudio nunca demostró su suposición básica, excepto indirectamente, a través del tono emocional de las entrevistas: observaciones repetidas acerca del placer de reconocimiento y conocimiento, la satisfacción de la identificación con un lugar hogareño distintivo, y el desagrado de estar perdido o de estar consignado a un entorno gris. Sucesivos estudios han continuado para reunir esta evidencia indirecta. La idea puede estar vinculada al papel de la identidad del self en el desarrollo psicológico, en la creencia de que la identidad del self está reforzada por una fuerte identidad de lugar y tiempo. Una imagen de lugar poderosa puede estar presumiblemente apoyando una identidad de grupo" (en Barnejee & Southworth, op.cit.).

Después de leer estos comentarios estamos en condiciones de apuntar una clara relación, al menos conceptual, entre la revisión que Lynch hace del tema del significado de la imagen ambiental, el concepto de *place-identity* (Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983) y la relación que estas ideas presentan entre la consideración del lugar con significado simbólico y los procesos de generación o consolidación de identidades sociales. Es pues hacia el final de la obra de Lynch cuando el tema del significado simbólico espacial toma la relevancia que merece, cubriendo así una laguna importante que ha estado presente desde los planteamientos iniciales de este autor.

3. LA SIMBÓLICA URBANA A TRAVÉS DE LA SOCIOLOGÍA URBANA

El análisis del simbolismo del espacio desde la sociología urbana no ha sido, en términos generales, demasiado frecuente. A menudo se ha abordado el estudio de la ciudad a través de variables sociológicas y menos a través de variables psicosociales, aunque autores como Simmel (1984) señalan que el análisis sociológico no ha de reducirse al estudio de la organización social basado en componentes demográficos-territoriales sino que debe atender a las formas psíquicas de la vida social. Por su parte, los autores de la escuela de Chicago con Park -influido por Simmel- y posteriormente Wirth (1945), adoptaron un enfoque próximo a la ecología urbana estudiando las repercusiones que las variables demográficas, económicas o culturales tienen en la configuración de la ciudad y las relaciones funcionales que se establecen entre las diferentes zonas de ésta. Como

veremos posteriormente, será Firey (1947) quien introducirá explícitamente el tema del simbolismo en estos planteamientos.

En esta misma línea, Francis (1983) destaca que una mejor comprensión del simbolismo y la imaginaria es esencial para el desarrollo de la perspectiva sociológica en el análisis de las ciudades capitalistas contemporáneas. Para este autor, el estudio de los significados asociados con localidades, barrios, pueblos y ciudades no es tan determinante para la relación entre la forma urbana y los procesos cognitivos como para la manera en que la relación entre los diferentes "mundos sociales" pueden influenciar en el proceso a través del cual los entornos son captados y presentados. Gran parte del estudio de los símbolos urbanos hace referencia a la identificación y caracterización de las ciudades o parte de ellas, fenómeno que se da en función de la calidad de vida que representan:

"(...), la persistencia de estilos arquitectónicos locales, y la construcción y localización de monumentos pueden jugar un papel en la creación y mantenimiento de imágenes tanto generales como particulares. De manera similar, la influencia de ceremonias locales y de rituales, folclore y medios de comunicación pueden también tener su influencia." (Francis, 1983, p. 132).

Por otro lado, dentro de la sociología urbana marxista y, concretamente, dentro de lo que Bettin denomina "nuevas tendencias" (Bettin, 1982), destacan dos autores que han analizado el fenómeno urbano y sus implicaciones sociales, políticas e ideológicas, generando temas de análisis y de investigación que resultan, todavía hoy, focos de atención básicos en el análisis de la ciudad. Los autores a los cuales nos estamos refiriendo son Henri Lefebvre y Manuel Castells.

Evidentemente, no podemos en estas líneas exponer toda la reflexión filosófica-social de estos autores, ni aun todas las implicaciones ideológico-políticas de sus aportaciones. La extensa producción tanto conceptual como literaria nos obliga a centrarnos en el tema que nos ocupa, a saber, el análisis que tanto uno como otro realizan sobre el significado simbólico del espacio urbano².

Henri Lefebvre es considerado uno de los máximos exponentes de la sociología urbana marxista antidogmática, heterodoxa y crítica. Aunque su insistencia en el enfoque espacial le supuso un cierto aislamiento de la escena intelectual (Rivas, 1991), su pensamiento ha sido decisivo en disciplinas como la psicología ambiental en algunas de sus orientaciones -a través, por ejemplo, de su aportación al concepto de apropiación del espacio (Pol, 1994)- o como la geografía urbana -como uno de los precursores directos de lo que Soja denomina "geografías postmodernas" (Soja, 1989).

Como revisionista crítico del pensamiento marxista, Lefebvre constata la insuficiencia de las ideas de Marx en el momento de dar cuenta del fenómeno de la urbanización y de la problemática urbana, centrandose ocasionalmente en el problema del alojamiento, y de las elaboraciones de este pensamiento, básicamente centradas en el proceso de industrialización (Lefebvre, 1978; Rivas, 1991). A pesar de ello, uno de los temas claves en su obra hace referencia a uno de los tópicos de la filosofía marxista: la alienación del individuo, entendida en este caso como la alienación de la vida cotidiana en la ciudad. Este fenómeno está íntimamente relacionado con una de sus afirmaciones: con la aparición de la ciudad industrial, la ciudad como realidad en sí misma desaparece; y éste es una constatación que se presenta a nivel mundial dentro de la sociedad industrial (Bettin, 1982). Por otro lado, se hace cada vez más evidente una implantación del "tejido urbano" (ver Lefebvre, 1978, pp.26 y ss.) dentro de lo que hasta ahora se consideraba la sociedad rural, por lo cual asistimos actualmente a un fenómeno de urbanización total del espacio (Lefebvre, 1971).

Pasando al tema que nos ocupa cabe destacar que, para el autor, esta alienación de la vida del individuo dentro de la ciudad tiene como una de sus causas más directas el predominio de la corriente funcionalista en arquitectura y urbanismo. Debido a que el fenómeno urbano ha dado paso al fenómeno metropolitano, la ciudad no puede ser entendida más que como un elemento dentro de una compleja red en la que la "especialización territorial" o el criterio funcional prevalecen sobre

² Para una aproximación a la obra de estos autores, y entre los diversos textos existentes, el lector puede remitirse al ya citado Bettin (1982).

cualquier otro criterio, incluida la vivencia que experimenta el individuo dentro de este espacio y las interacciones que lleva a cabo en él (relaciones sociales) y con él (relaciones con el espacio).

En su análisis, Lefebvre parte de dos axiomas básicos: a) la ciudad es un todo y b) este todo no se reduce a una suma de elementos visibles sobre el terreno, sean funcionales, morfológicos, demográficos, etc. Estos postulados se enmarcan dentro de una proposición inicial:

"La ciudad proyecta sobre el terreno una sociedad, una totalidad social o una sociedad considerada como totalidad, comprendida su cultura, instituciones, ética, valores, en resumen, sus supraestructuras, incluyendo su base económica y las relaciones sociales que constituyen su estructura propiamente dicha" (Lefebvre, 1971, p.140).

Y continua:

"Esta proposición incluye una serie de nociones ya conocidas: la noción marxista de supraestructura o la noción de institución. Estas nociones resultan más vivas cuando se advierte que en la ciudad se materializan en una serie de obras que son los monumentos, edificios públicos o privados en los cuales y a través de los cuales la sociedad global se presenta o se representa y que muy frecuentemente constituyen símbolos.

Partiendo de esta idea, se pueden estudiar sobre el terreno la intensidad de acción de estas obras que encarnan en el espacio, sobre el terreno, las instituciones, la cultura, la ética, los valores, las estructuras y supraestructuras. Estas obras son también actos sociales perpetuos" (op.cit., pp.140-141).

Sin embargo, con el predominio de la corriente funcionalista, se han perdido determinadas funciones que son esenciales en el estudio del fenómeno urbano desde una perspectiva sociológica. Por un lado, el funcionalismo ha destruido la calle, a la vez eje y núcleo de la vida social urbana, de la cotidianidad más llana de la vida social. También se ha perdido el elemento lúdico de la ciudad, circunscribiéndolo a determinados espacios, cuando la función lúdica es inherente a la vida social espontánea:

"Con este hecho han descuidado que el juego surge en todas partes, espontáneamente, normalmente (...). Este elemento lúdico supone la sorpresa, lo imprevisto, la información. Es lo que da sentido a la calle, pues él la hace (...). El juego (...) posee una especie de omnipotencia vital, vinculada a las manifestaciones originales de la espontaneidad y la sociabilidad. Es nada más y nada menos que una dimensión de la vida: la dimensión poética" (op.cit., pp. 180-181).

Por último, el funcionalismo ha omitido, de manera imperdonable según el autor, la función simbólica, los aspectos simbólicos que dotan de fuerza y de vida a un espacio, más allá de su traducción material y funcional. En este sentido, Lefebvre (1971) distingue entre: a) espacios unifuncionales: espacios que solo sirven para un único uso, b) espacios multifuncionales: lugares de encuentro y núcleos de vida colectiva, puntos de venta y lugares de intercambio de servicios (por ejemplo el mercado, el café,...), y c) espacios transfuncionales o suprafuncionales: espacios que asumen funciones y las dotan de un carácter simbólico, estético, cultural, irreducible a la funcionalidad.

Lefebvre analiza la ciudad desde una perspectiva próxima al análisis lingüístico. Así, es necesario que el urbanismo reconsidere y recree de manera total e íntegra lo que denomina "campo semántico urbano" o conjunto de elementos que configuran el texto social, compuesto por:

Señales; son simples, precisas, reducidas al mínimo, frecuentemente a sistemas binarios. Las señales dirigen y condicionan los comportamientos.

Signos; son más difusos y complejos, constituyen sistemas abiertos. En la vida cotidiana sabemos, mejor o peor, traducir al lenguaje corriente estos sistemas complejos de signos. Si no lo hacemos, nos sentimos perdidos.

Símbolos; son elementos ricos e inagotables. Los juzgamos expresivos además de significativos. Los símbolos siempre aportan sorpresas, novedades, imprevistos. Tienen carácter estético. Cuando son demasiado numerosos, demasiado ricos, abruma y se convierten en ininteligibles.

El campo semántico total reúne, en proporciones variables, la profundidad simbólica y la claridad de las señales. Los signos, y especialmente el lenguaje, permiten descifrar el sentido. El texto social, pues, es el resultado de la combinación de estos tres elementos. Su riqueza se mide entonces por "la riqueza de posibilidades que ofrece a los individuos" (1971, p. 91). Es precisamente en este elemento simbólico, de características transfuncionales, donde Lefebvre sitúa el concepto de «monumento»:

"Esta restitución del campo semántico no puede separarse de una reconsideración del monumento. El monumento, edificio u objeto aislable, no puede reducirse a la señal de esta u otra actividad, como hace el funcionalismo integral. El verdadero monumento tiene un carácter significativo y simbólico inagotable (...). Tiene una multiplicidad de sentidos" (op.cit., pp. 181-182).

Precisamente el carácter unitario del texto urbano posibilita que los símbolos espaciales se conviertan en elementos imprescindibles de la cotidianidad urbana, como puntos de referencia básicos que reflejan la esencia de la vida social:

"Rostros, monumentos, símbolos que introducen profundidad en la vida cotidiana (...). En el espectáculo de lo cotidiano y en la participación de los individuos en la vida son nudos, centros, puntos de penetración a algo más profundo que la trivialidad reiterativa, de la que sin embargo, no se separa ni un ápice" (op.cit., p. 85).

Según Lefebvre, la construcción de edificios multifuncionales o transfuncionales sería, pues, una iniciativa especialmente oportuna en el urbanismo renovado. Es necesario recuperar el concepto de monumento como elemento que va más allá del aspecto meramente funcional, con un carácter simbólico, estético y cultural. En este sentido, el autor apuesta decididamente por una reivindicación de los aspectos simbólicos del espacio urbano, por la facilitación del desarrollo de una cotidianidad espontánea de los individuos en un entorno urbano planificado de forma "intencional, reflexionada y racional" (op.cit., p.174). Como podemos observar, estas ideas están tomando nuevamente fuerza entre nuestros urbanistas y planificadores actuales, por ejemplo, en la idea de "monumentalizar la ciudad" (Bohigas, 1985), aunque su realización práctica tope con un fuerte problema: se monumentaliza a partir de las asociaciones simbólicas idiosincrásicas del arquitecto y no desde las asociaciones simbólicas compartidas por los urbanitas -aspecto éste que será también tratado por Rapoport (1974).

Enmarcado, como Lefebvre, dentro de la corriente marxista heterodoxa, el planteamiento sociológico de Manuel Castells guarda notables discrepancias respecto a éste. En primer lugar, Castells cuestiona fuertemente la disciplina de la sociología urbana como ciencia con un objeto de estudio claramente delimitado: lo urbano existe en contraposición a lo rural pero, actualmente, ya no es posible diferenciar el tipo agrario del tipo urbano, ni tan solo hablar de objetos urbanos concretos, la dimensión de los cuales responden a un análisis global de la sociedad (Bettin, 1982). Por lo tanto, argumentos similares a los descritos por Lefebvre sirven a Castells para cuestionar la sociología urbana como ciencia. ¿Qué sentido tiene pues hablar de sociología urbana? Claramente, para el autor, la sociología urbana existe para cumplir una función ideológica, para cubrir los intereses de aquellas clases que están implicadas, desde una posición de poder, en la problemática urbana. En este sentido, cuestiona radicalmente el concepto de "cultura urbana" y su tratamiento, desde la escuela de Chicago hasta el análisis más radical de Lefebvre (Bettin, 1982).

Concretamente, el análisis marxista de Castells resulta un punto de inflexión en la tendencia proveniente de la escuela de Chicago al considerar a las formas espaciales como procesos sociales (Rivas, 1991) y a los medios urbanos como productos sociales de estos procesos:

"Los medios urbanos específicos deben, por tanto, comprenderse en cuanto productos sociales, y la ligazón espacio-sociedad debe quedar establecida más como problemática y como

objeto de estudio, que como eje explicativo de la diversidad de la vida social, en contra de una vieja tradición de la sociología urbana" (Castells, 1988, p.133).

Para el autor, las instancias fundamentales de la estructura social son tres: economía, política e ideología. Por tanto, es necesario analizar cómo los elementos de estas tres instancias, sus combinaciones y las prácticas sociales a ellas asociadas configuran el espacio, no solo entendido como espacio físico sino también como espacio social. Es precisamente dentro de la instancia ideológica donde Castells sitúa la cuestión de la simbólica urbana (Castells, 1988). Para el autor, de igual forma que hay una especificidad propia de lo económico o de lo político-institucional a través de su modulación espacial y de su lugar en las unidades urbanas, hay también una cierta especificidad de la instancia ideológica a nivel del espacio urbano. Precisamente la simbólica urbana se encuentra en un nivel de mediación entre el espacio urbano y las determinantes ideológicas generales. Aunque la conexión que propone entre sistema ideológico y espacio es más difusa que en las otras instancias, insiste en que la especificidad de este sistema ideológico se manifiesta por el componente de este tipo que, a nivel de una realidad histórica, está presente en todo elemento de la estructura urbana, pero también:

"... por la expresión, a través de las formas y ritmos de una estructura urbana, de las corrientes ideológicas producidas por la práctica social. Es a este nivel de la mediación, por el espacio urbano, de las determinaciones ideológicas generales, donde se debe colocar el tema de la simbólica urbana" (op.cit., p. 258).

Critica el enfoque que ve la estructura urbana como un texto urbano (Lefebvre) ya que produce un análisis semiológico en el cual el espacio urbano es el significante del significado estructura social. Esto implica que hay una estructuración propia de estos significantes (es decir, del espacio urbano) y que el significado social pasa forzosamente por la acción social del lenguaje. En esta perspectiva estamos, según el autor, ante una simbólica propia de la estructura espacial en tanto que forma.

Critica también el enfoque de Lynch (1960) y su análisis del espacio en tanto que forma. Para Lynch, una imagen urbana tiene una serie de contenidos físicos precisos que convergen conjuntamente en la formación de una imagen particular, que se combinan para conferir una identidad, insertada en una estructura y provista de un sentido o significado. Pero si la identidad de una imagen y su pertenencia a una estructura pueden mantenerse en el interior de un puro desarrollo de las formas, la introducción de un sentido pone en juego, necesariamente, el proceso de producción de estas formas y su inserción en un contenido socialmente determinante. Existe pues en Lynch una contradicción entre su perspectiva de "designar", que implica una lógica autónoma de la forma, y los resultados de su análisis, que remiten a un sentido social, siempre exterior y, por tanto, ampliamente arbitrario.

Para Castells no existe imagen más que vinculada a una práctica social. No solo porque se produce socialmente sino porque no puede existir más que en las relaciones sociales, y estas relaciones sociales solo se dan en el marco de las prácticas ideológicas. La relación que existe entre éstas y el elemento cultural permite realizar un análisis del espacio no tan solo como producto social sino también como producto cultural:

"Si se está de acuerdo en considerar las formas espaciales como formas culturales y, consiguientemente, como expresión de las ideologías sociales, un análisis de estas formas debe partir, por tanto, del encuentro entre una teoría general de las ideologías y de la consideración del ritmo propio de las formas culturales existentes" (op.cit.).

Existe simbólica urbana a partir de la utilización de las formas espaciales como emisores, retransmisores y receptores de las prácticas ideológicas generales. Esta idea se ve plasmada en el análisis que realiza del centro de las ciudades como manifestación, en tanto que jerarquización del espacio, de la jerarquización social fruto de los sistemas ideológicos imperantes y de una jerarquía simbólica determinada:

"Un cuarto proceso que concurre a la formación de la centralidad es la diferenciación simbólica del espacio y la concentración de dichos procesos simbólicos en ciertos lugares espaciales. Es decir, todo el espacio está cargado de significación pero además, como hay una

jerarquía social implícita en esta valoración simbólica, va a haber también una jerarquía de la organización espacial. La centralidad urbana va a ser, por lo tanto, también la expresión del nivel más alto de esa jerarquía simbólica". (Castells, 1979, p. 231).

Castells, pues, defiende la indivisibilidad de las formas espaciales en la estructura urbana y las prácticas ideológicas y sociales que las configuran y les dan sentido. En último término, se trata de determinar la carga simbólica de una estructura urbana a partir de la apropiación social del espacio hecha por las personas. Esta perspectiva implica no partir del análisis de las formas para determinar su contenido ideológico, sino partir de las prácticas ideológicas-espaciales para descubrir el lenguaje de las formas, insertando sus relaciones en el conjunto de las relaciones sociales de una unidad urbana.

4. EL SIMBOLISMO ESPACIAL DESDE LA ANTROPOLOGÍA URBANA

La antropología cultural ostenta una larga tradición en el tratamiento de los temas relacionados con el espacio, con influencias claras sobre disciplinas como la geografía, la sociología o la propia psicología. Sin embargo, para Gonzalez Alcantud, lo que singulariza el discurso antropológico social sobre el espacio es, "en primer término, la preeminencia de la contextualidad cultural sobre la percepción individual. En segundo lugar, la interrelación entre pensamiento, con su proyección mítica, y la experiencia espacial. Y en último lugar, la indubitable orientación sociocultural del estudio del espacio frente a cualquier tentación biologicista" (Aguirre, 1993, p. 230).

Desde esta perspectiva el significado simbólico del espacio ha estado profusamente tratado desde la antropología cultural, en muchas ocasiones tratado desde formas de pensamiento que remiten a categorías binarias, siendo esta característica una constante en el tratamiento antropológico del espacio: pueblo-bosque, rural-urbano, masculino-femenino, centro-periferia, público-privado, cultivado-inculto o, quizás la más destacada, sagrado-profano. En este sentido, cabe mencionar la noción de espacio sagrado de Eliade (1957, 1979) según la cual se organiza una oposición fundamental entre el espacio habitado (sagrado) y el espacio no habitado (profano). La estructuración del espacio equivale a su consagración, adoptando un valor mítico que lo sitúa como centro del mundo. Los límites de este espacio estructurado configuran el umbral con el caos y lo protegen del desorden. Como comenta el mismo Gonzalez Alcantud, desde la perspectiva antropológica, "una muralla no indica sólo una defensa militar, sino igualmente una definición simbólica entre dos universos: el orden y el caos. El orden representado por la civilización y el caos del mundo exterior, de lo salvaje" (Aguirre, 1993, p. 230).

A pesar del innegable interés que tiene este tipo de tratamiento del espacio a partir de una simbología de orden cosmológico, centraremos nuestro interés en las aportaciones provenientes de la antropología urbana. En primer lugar, cabe destacar que una parte importante de los estudios referidos a la espacialidad urbanística pivotan a nivel teórico sobre los conceptos de «territorialidad colectiva» y «vecinaje». Así, Barbichon (1982) compara el significado de éstos en varios países, observando como la noción francesa de vecinaje remite más a una connotación de relación interindividual mientras que la noción americana tiene una connotación más colectiva, incluso comunitaria. Por otra parte, el estudio de la territorialidad incluye el aspecto significativo. Giner comenta:

"Mediante una forma concreta de semantización el espacio se transforma en territorio(...). Este análisis, más que fijarse en los productos, se centra en la formación metafórica y metonímica del espacio constituido en territorio desde el punto de vista de las operaciones mentales y su relación con determinados aspectos de la estructura social. Así, el territorio puede funcionar como estrato espacial susceptible de investirse de significados específicos." (Aguirre, 1993, p. 601).

Mención destacada merece, sin embargo, la obra de Amos Rapoport. Este autor puede ser considerado, dentro del círculo de autores de influencia reconocida en el ámbito disciplinar de la psicología ambiental, uno de los que de manera más explícita han tratado el tema de los significados simbólicos atribuidos al espacio. A lo largo de su dilatada obra y en su análisis del espacio construido, desde la vivienda (Rapoport, 1969), los aspectos del diseño urbano (Rapoport, 1970) hasta el análisis de los aspectos más psicosociales del espacio (Rapoport, 1977), el factor simbólico

ha tenido siempre un papel destacado como objeto de estudio comentando que, aunque haya caído en un imperdonable olvido, es esencial para poder llegar a un cierto nivel de comprensión del fenómeno urbano.

Para el autor, el simbolismo del espacio ha estado considerado únicamente de dos maneras. La primera, analizando los edificios de carácter "especial" (iglesias, etc...). La segunda, analizando el simbolismo de ciudades y pueblos primitivos, a menudo dentro de estudios de carácter histórico o antropológico (Rapoport, 1970). Según él, es necesario considerar el estudio del simbolismo espacial dentro de nuestras ciudades, pero ello es una tarea difícil ya que las ciudades de nuestra sociedad tienen cada vez menos símbolos compartidos. A pesar de ello, el análisis del simbolismo espacial, lejos de quedar obsoleto, resulta fundamental para entender la relación entre la ciudad y sus habitantes.

Para acercarnos al estudio de este tema, cabe destacar la distinción que hace el autor entre el mundo perceptivo y el mundo asociativo, dentro del cual se incluyen los símbolos (Rapoport, 1970, 1977). Partiendo de un planteamiento considerado ya anteriormente en otros apartados y según el cual el entorno urbano es una manifestación y un producto socio-cultural, el autor aborda el proceso de identificación social inmerso en un contexto sociofísico donde el mundo perceptivo y el mundo asociativo o de significados se encuentran íntimamente relacionados: el mundo asociativo no puede existir sin el perceptual y este último es una condición necesaria pero no suficiente para el primero, ya que pueden darse asociaciones que caigan fuera del ámbito perceptivo.

La importancia de este mundo asociativo radica en el hecho de que estas asociaciones inciden marcadamente en nuestra percepción del entorno, apareciendo el elemento cultural como determinante en la forma que tenemos de percibir y entender la realidad que nos rodea. En el trasfondo se encuentra la existencia de una jerarquía de niveles de significación asociada a cualquier objeto físico, que va desde lo concreto, pasando por el valor de uso, hasta el valor simbólico abstracto, siendo este último aspecto esencial para el autor:

"Aunque todos nuestros esfuerzos cognitivos son esfuerzos en busca de significado (Barlett, 1967), sugiero que los valores simbólicos son más importantes que los de uso." (1978, p. 280)

A su vez, el mundo asociativo se mueve en un continuum que va desde asociaciones comúnmente aceptadas y compartidas a asociaciones totalmente personales, siendo especialmente relevante la distinción entre símbolos discursivos (socialmente compartidos) y símbolos no discursivos (idiosincrásicos). En la relación con su medio, los individuos toman un papel evidentemente activo: responden activamente a unos estímulos y modifican otros; los simbolizan y responden a ellos. De esta forma, la gente lee simbólicamente los estímulos perceptivos según los significados que les otorga, y esta lectura depende de la asociatividad, de la evaluación y de la experiencia (Rapoport y Watson, 1972, citado en Rapoport, 1977).

Uno de los elementos de análisis de Rapoport que nos interesa destacar especialmente es la articulación de los procesos de identidad social con los aspectos simbólicos del espacio urbano:

"Claramente, si existe un grupo homogéneo se expresará inmediatamente a través de un sistema simbólico (...). La diferenciación de funciones, significados y valores en la ciudad, que es jerárquica, puesto que la estructura social raramente es homogénea, se relaciona con el simbolismo (...). La gente se agrupa por sus gustos y los expresa simbólicamente, y los símbolos son un medio importante de transmitir y condensar la información.

Las normas y las reglas de conducta se expresan en estos símbolos inmersos en el medio ambiente (...). Algunos elementos se aceptan por el grupo que los impone como expresión de su identidad al individuo (...). Los elementos materiales se convierten en medios de identificación social y representan un significado y un valor, determinando a su vez la actitud de la gente frente a ellos (Paulsson, 1950; Sawicky, 1971). Cuando existe congruencia entre el medio conceptual y el físico, los refuerza, y pueden convertirse en símbolos usados y compartidos por un grupo. La ciudad es un sistema de sistemas de símbolos (...).

Los símbolos son, pues, unos reforzadores de valores y un medio de conseguir consensus en grupos." (1978, pp. 284-285).

El problema fundamental en nuestras ciudades es que hay, cada vez más, un predominio de las asociaciones no discursivas en detrimento de las discursivas. Se podría decir que antes existía un área mucho más extensa de acuerdo social y una variación idiosincrásica menor. Esto conlleva la disociación cada vez más evidente entre el mundo perceptivo y el mundo asociativo, fenómeno que queda evidenciado en el diseño de nuestras ciudades: actualmente los diseñadores construyen en base a asociaciones personales y no en base a asociaciones compartidas. El ciudadano no puede entonces establecer relaciones entre el diseño urbano y el universo simbólico compartido. Una consecuencia de este hecho es que cada vez hay menos elementos simbólicos compartidos en el espacio urbano y que estos elementos simbólicos se hallan cada vez más alejados de los espacios urbanos diseñados:

"... en el diseño esto mismo ha llevado a una situación "patológica" en la que se emplean los símbolos personales y idiosincrásicos de los diseñadores, símbolos que en absoluto coinciden con las asociaciones y los símbolos del público" (1974, p.30).

Por otro lado, es interesante la aparición del concepto psicosocial de estructura social, que se manifiesta de manera inequívoca en el espacio urbano. En este sentido, como Lefebvre (1970), Rapoport ve en la estructura espacial el reflejo de un sistema social determinado:

"Las ciudades tienen una estructura social, y la gente espera entender el comportamiento de unos y de otros. Los elementos simbólicos expresan esta estructura, sus valores y sus creencias." (1978, p. 286).

"En la medida en que los símbolos comunican, puede establecerse un paralelismo entre la estructura social y la organización del espacio capaz de decir al pueblo algo acerca de cómo comportarse y qué cabe esperar en relación con la visión del mundo, las jerarquías y demás aspectos similares" (1974, p. 25).

También se acerca a la consideración de la naturaleza transfuncional de los espacios simbólicos que hace el sociólogo francés al contemplar el espacio como estructuras-símbolo que concretan la naturaleza inmaterial, a-espacial y a-temporal de los valores, significados y normas de una sociedad (Rapoport, 1970). En este caso, lo distingue de otro conjunto de estructuras-símbolo como el lenguaje, el parentesco o la comunicación no verbal.

5. APORTACIONES DESDE LA GEOGRAFÍA

Al analizar el concepto de «lugar», Bonnes y Secchiarioli (1995) hacen notar como buena parte del tratamiento otorgado al tema por parte de la arquitectura y el diseño urbano está influido por los desarrollos provenientes de la filosofía de corte fenomenológico (Merleau-Ponty, 1945, 1951; Bachelard, 1957; Heidegger, 1952; Norberg-Schulz, 1971, 1980) y de la influencia de esta tradición en la geografía (Tuan, 1974, 1979, 1980; Relph, 1970, 1976; Buttimer, 1976; Seamon, 1979, 1982; Buttimer y Seamon, 1980) bajo el título de "la fenomenología del mundo geográfico".

Así, al comenzar este apartado, es necesario referirse a la influencia que ha ejercido la tradición fenomenológica en filosofía por lo que respecta al tratamiento del espacio. La idea general desde esta perspectiva es el análisis del espacio vivenciado y de cómo un «espacio» pasa a convertirse en «lugar». Es especialmente destacable la aportación de Heidegger (1975) en relación al fenómeno de constitución de la vivienda (dwelling) o el proceso por el cual la gente transforma un lugar en hogar. Para el autor, este proceso implica a cuatro elementos: la tierra, el cielo (en relación al mundo natural y al entorno) así como dioses y hombres (en relación a los aspectos individuales, interpersonales, ecológicos y espirituales). De esta forma, el hecho de "morar" se convierte en el elemento esencial de lo que significa "ser un ser humano viviendo en el mundo".

Por su parte, el escandinavo Norberg-Schulz (1980) analiza lo que denomina *genius loci* o "el espíritu del lugar" considerando que cada lugar tiene un "genius loci" cuyas raíces se hallan en el entorno o lugar natural. Éste no solo representa "una mera dirección del fenómeno sino que tiene su estructura e incorpora significados" (ibid. p. 23). El autor interpreta el lugar natural en función de

cinco dimensiones: objeto (thing), orden, carácter, luz y tiempo. Las dos primeras hacen referencia a las cualidades espaciales del espacio; las dos segundas a la atmósfera en su conjunto. Por su parte, el tiempo implica tanto constancia como cambio en relación con los ritmos naturales. De la combinación de estas dimensiones Norberg-Schulz define cinco tipos de paisaje con sus correspondientes "genius loci": el *paisaje romántico*, un entorno de cambio, diversidad y detalle ejemplificado por el bosque escandinavo; el *paisaje cósmico*, caracterizado por la continuidad y la extensión, como lo es desierto; el *paisaje clásico*, un entorno donde se balancea la variedad y la continuidad, representado por el paisaje griego; y el *paisaje complejo*, una combinación de los anteriores y representado por la mayoría de paisajes actuales, aunque sin la pureza de los entornos naturales.

El concepto de «lugar» ocupa una posición central en buena parte de las teorías geográficas sobre el entorno. Así, Relph (1976) define lo que llama la "fenomenología del lugar" en la que los lugares se definen exclusivamente en términos experienciales. El aspecto central de la experiencia del lugar es la relación dialéctica entre la "interioridad existencial" y la "exterioridad existencial". La primera es el grado en el que la gente se siente como parte de un lugar o inmersa en él. La segunda está formada por la experiencia resultado de sentirse como extranjero o separado del lugar. A través de diferentes grados de interioridad/exterioridad, los lugares asumen diferentes identidades para gentes diferentes.

Desde una perspectiva similar, Tuan (1974, 1979, 1980) analiza el tema de los lazos afectivos que la gente establece con el entorno físico, y lo hace a través de la definición del concepto de "topofilia" (Tuan, 1974). Estos lazos afectivos que producen sentimientos positivos contrastan con el concepto de "topofobia" (Tuan, 1979). Asimismo, el autor examina lo que él denomina "sentido de lugar" en contraste con "enraizamiento". El segundo se caracteriza por una simple e inconsciente familiaridad y ocupación de un lugar mientras que el primero "implica una cierta distancia entre el self y el lugar, que permite al self apreciar el lugar" (Tuan, 1980, p. 4). Tuan enfatiza el carácter de intencionalidad por el cual la gente asume el "sentido del lugar". Así, los lugares no son el resultado directo de las características físicas del entorno sino que son productos de actos humanos intencionales dirigidos hacia la creación de lugares.

Para concluir este apartado, no podemos dejar de mencionar otras aportaciones sumamente interesantes desde la perspectiva fenomenológica, como el análisis del espacio desde la perspectiva poética de Bachelard (1965) o los trabajos de Buttimer y Seamon (Buttimer, 1976; Seamon, 1979; Buttimer y Seamon, 1980), y en especial la revisión que realiza Seamon sobre la incidencia de los planteamientos fenomenológicos para la Psicología Ambiental (Seamon, 1982).

6. EL SIMBOLISMO ESPACIAL DESDE LA PERSPECTIVA DE LA ECOLOGÍA

Generalmente hablando, se puede afirmar que la ecología humana ha analizado el fenómeno urbano a través de las distribuciones poblacionales en el territorio, atendiendo principalmente a indicadores "objetivos" que puedan dar razón a las ubicaciones territoriales de los determinados segmentos de población, del crecimiento metropolitano y de los fenómenos de movilidad social derivados de este crecimiento. Estos indicadores han sido básicamente de tipo económico, modulados por otros de carácter socio-demográfico. Esta característica es también definitoria de los estudios enmarcados dentro del terreno de la sociología urbana clásica, disciplina con la que guarda una estrecha relación.

A pesar de ello, podemos observar una línea de trabajo que, sin abandonar el estudio de este tipo de indicadores, introduce otros elementos de carácter más "subjetivo", situándolos en un nivel explicativo equiparable y complementario a los primeros. Elementos como el carácter simbólico de determinadas zonas urbanas que unen a determinadas clases sociales a sus lugares habituales o los procesos de identificación a nivel comunitario desmienten la idea de una evolución excesivamente mecanicista (Roncayolo, 1988). Estos elementos contribuyen a redefinir las características del espacio urbano desde la ecología urbana, despertando la necesidad de analizar el significado simbólico de estos espacios atendiendo a la construcción social de estos significados por parte de los miembros de las comunidades analizadas y por los de otras comunidades con las que ésta se

relaciona como una variable fundamental en la comprensión de las relaciones ecológicas que se dan en la ciudad.

Este cambio de parámetros responde, posiblemente, a un redescubrimiento por parte de la ecología humana de las tesis del interaccionismo simbólico o del construccionismo social. En esta línea, y aunque desde posicionamientos diferentes, centraremos nuestra atención en los trabajos de Walter Firey (1945) y de Albert Hunter (1987).

En 1945, Walter Firey publicaba un artículo titulado "Sentiment and Symbolism as Ecological Variables" con el que marcaba un punto de inflexión dentro de los estudios tradicionales de la ecología aplicada al entorno urbano. Efectivamente, hasta entonces, cuando se trataba la relación entre espacio y movilidad social, se consideraba que ésta tan solo atendía a aspectos y a variables puramente económicas. Así pues, la ubicación de determinadas actividades, la movilidad de la población y la división funcional de la ciudad atendían a razones, primariamente, de tipo económico. Para Firey, sin embargo, hay determinados procesos ecológicos que se escapan de esta aproximación únicamente económica y que suponen una alteración de las premisas básicas de la ecología:

"Esta alteración consistirá, primeramente, en dejar de asignar al espacio una cualidad estrictamente restrictiva, adscribiéndole también una propiedad complementaria: la de ser, en ocasiones, símbolo de determinados valores culturales que han quedado asociados a una determinada área espacial. En segundo lugar, la teoría habrá de reconocer que las actividades ubicacionales no son únicamente agentes de tipo económico: son también susceptibles de connotar sentimientos que pueden influir significativamente en el proceso ubicacional"(Firey, 1974, p.420).

En su análisis de la ciudad de Boston, Firey trata de demostrar cómo determinadas ubicaciones de la población responden al valor simbólico que determinadas zonas de la ciudad detentan y los sentimientos que esto genera, dándose incluso como resultado fenómenos ubicacionales que son contrarios a las leyes económicas de ocupación del suelo.

La cualidad simbólica es pues capaz de articular una serie de sentimientos ligados al espacio que, en el impacto en los procesos ubicacionales, se traduce en tres fenómenos: retención, atracción y resistencia. Por un lado, determinadas zonas de la ciudad, por su cualidad simbólica, son capaces de retener a unos determinados segmentos de población que, en otras épocas, contribuyeron a configurar esta cualidad simbólica. A su vez, esto facilita que determinadas zonas sean más atractivas para determinados grupos de población, debido al significado que aquel área detenta como símbolo de tradición, clase social o valor histórico, por ejemplo. Por último, estas cualidades hacen que los residentes manifiesten efectos de resistencia al cambio de ubicación.

La aproximación de Firey resulta interesante pues remite a unas cualidades del espacio que se derivan no únicamente de los aspectos económicos o de "atributos espaciales intrínsecos, sino de su representación mental como símbolo de sentimientos colectivos" (op.cit., p. 426). Esta representación mental, estos sentimientos colectivos le dan un carácter eminentemente social al tema de la atribución de significados simbólicos a los espacios y deja las puertas abiertas a nuevas aproximaciones de autores que toman como base los trabajos del propio Firey, de Mead o de Proshansky.

Éste es el caso de Albert Hunter (1987), el cual recoge las tesis de Firey (1945) complementándolas con las del interaccionismo simbólico de Mead (1934) y la perspectiva de la construcción social de la realidad de Berger y Luckman (1966) para configurar lo que él denomina "Ecología Simbólica", un sistema conceptual para entender los procesos de identificación comunitaria a partir de la construcción social del significado de estas comunidades dentro de una red ecológica de interdependencia.

Para Hunter, no solo los individuos sino las mismas comunidades tienen su propia identidad, que se basa en la interacción simbólica entre ellas a través de una relación de tipo ecológico. En este caso, son tanto o más importantes las relaciones inter-comunitarias que las intra-comunitarias, ya que una comunidad es aquello que sus miembros ven que es respecto a las otras comunidades y, a su vez,

su identidad está afectada por cómo las otras comunidades la ven a ella, factor que es el que regulará las relaciones entre las diferentes comunidades.

Para Hunter, pues, el proceso de construcción social de una identidad comunitaria surge de las interacciones que los miembros de un territorio local tienen con los de fuera y que sirven para definir a la comunidad. Estas definiciones incluyen el nivel clasificatorio (toponimia), el nivel territorial (límites de la comunidad) así como las evaluaciones de la comunidad relativas a otras comunidades. Por otro lado, "la composición de la población y la naturaleza de las relaciones que los miembros de la comunidad tienen con otros agentes externos son realidades ecológicas de la comunidad que son tenidas en cuenta en la construcción simbólica de las identidades locales" (1987, p. 201).

En principio, pues, la realidad ecológica de las comunidades es determinante para la construcción simbólica de las comunidades urbanas (symbolic community) pero, a menudo, estas construcciones simbólicas establecidas en un determinado entorno pueden también impactar en la futura composición ecológica de las comunidades, llegando a tener un peso determinado. Este principio, como ya hemos visto anteriormente, había estado ya formulado por Firey en su análisis del centro histórico de Boston (Firey, 1945). En este caso, Hunter lo aplica al fenómeno de "gentrificación". Determinados barrios de la ciudad, por sus características estéticas y simbólicas, son atractivos para un tipo determinado de clase social (jóvenes profesionales liberales) que, una vez establecidos en esta nueva comunidad, intentaran "anunciar" el barrio a otros individuos con un estatus social afín. Si la "campaña" tiene éxito, las clases menos privilegiadas que viven en la zona se sentirán presionadas para marchar, produciéndose una sustitución de población. En este caso, el valor simbólico atribuido a un barrio ha desencadenado un cambio de población y ésta, a través de la interacción simbólica, se embarca en la construcción de una nueva identidad comunitaria.

7. EL SIMBOLISMO ESPACIAL DESDE LA PSICOLOGÍA AMBIENTAL

Simbolismo espacial y mapas cognitivos.

Al hablar de las aportaciones provenientes del urbanismo, hemos dedicado especial atención a los trabajos de Kevin Lynch por su incidencia sobre el desarrollo del estudio de mapas cognitivos por parte de la Psicología Ambiental. Allí se comentaba como, aunque el tema del significado del espacio aparece ya en su trabajo de 1960, será al final cuando reconoce explícitamente la importancia del análisis del significado del espacio dentro de los procesos cognitivos que determinan la formación de mapas mentales.

A pesar de ello, esta concepción del símbolo espacial como "valor añadido" a la información cognitiva estará presente en los trabajos clásicos de la psicología ambiental referentes a mapas cognitivos. La relación entre cognición y simbolismo se resuelve, al menos desde este área de estudio, claramente en favor de la primera. En esta línea encontramos dos de los trabajos de Downs y Stea. Si bien en el primero de ellos (Downs y Stea, 1973) las referencias simbólicas son prácticamente inexistentes, en el segundo (Downs y Stea, 1977) encontramos aportaciones mucho más relevantes, tanto por lo que al simbolismo del espacio se refiere como al proceso de identificación con el lugar.

Una primera aproximación a las ideas de estos autores nos muestra que el símbolo es visto como un producto del propio proceso cognitivo: es una forma de condensar la información relativa a un espacio y de evocar rápidamente la información referida a él:

"Nuestros intentos de organización cognitiva son frecuentemente 'encapsulados' en símbolos que ofrecen un método rápido, taquigráfico de caracterizar un lugar. Para ser exitoso, un símbolo tiene que ser inmediatamente reconocido por la gente como representante de un lugar particular. El significado y valor de un símbolo va más allá del reconocimiento inmediato de la identidad de un lugar. Actúan como un gatillo para ayudarnos a recordar las características de ese lugar, el conjunto específico de información sobre 'qué', 'dónde' y 'cuándo', que le da una identidad única. Dado el símbolo, podemos rellenarlo con los detalles necesarios." (Downs y Stea, 1977, pp.91-92).

Como puede deducirse, esta concepción del símbolo como "palabra-clave" para elicitar información dentro de un proceso cognitivo "ortodoxo" de tipo computacional hace que su sentido se encuentre prácticamente restringido a una actividad de "labeling". Así, cada ciudad tiene un símbolo distintivo

(ver tabla en Downs y Stea, 1977, p. 92, traducida en Holahan, 1991, p. 87) que, aunque sea generalmente verbal, puede traducirse a pictogramas. Estas expresiones verbales o pictogramas permiten un reconocimiento rápido e infalible de la ciudad representada, tanto por los propios ciudadanos como por la gente de fuera.

Evidentemente, desde este planteamiento Downs y Stea llegan a suposiciones y cuestionamientos como:

"Aunque estos símbolos son atractivos, fáciles de manipular, y esenciales para la comunicación de cada día, su validez está cuestionada. ¿Es realmente posible 'encapsular' la esencia de una entidad tan increíblemente compleja y variable como es la ciudad? (...). Construir símbolos representativos es, en el mejor de los casos, una tarea difícil, que tiene que ver solamente con una parte de la verdad." (1977, pp. 95-96).

Esta visión utilitarista del símbolo espacial, totalmente falto de subjetividad, esta íntimamente relacionada con la identidad espacial pero, al ser tratado como un elemento meramente informativo, pierde todo sentido como objeto de estudio para pasar a ser una manera rápida de distinguir un lugar de otro, de dotarlo de identidad. Ésta, pues, queda reducida al mismo papel secundario y utilitario que el símbolo que la configura:

"Muchos lugares tienen una identidad en el sentido de que poseen nombres que sirven como etiquetas (...). Sirven para distinguir el lugar de otros lugares, pero no dicen nada 'per se' acerca de dónde se localiza el lugar identificado en el espacio. La identidad sola ni siquiera expresa necesariamente unicidad desde el momento en que pueden haber lugares con la misma etiqueta identificatoria" (op.cit., p.41).

Por su parte, el sujeto es un espectador que incorpora las identidades creadas a través de los símbolos. Hay varios sistemas de crear estas identidades: asociarlas con ciertos atributos deseables a un lugar, tratar de reconstruir la representación popular de este lugar, dotándolo de un cierto misterio o utilizando la técnica de: "el lugar X es similar al lugar Y pero...".

Para Downs y Stea, todas estas técnicas quedan reflejadas en la información recogida en los mapas cognitivos, cuya diversidad interindividual viene dada por las diferentes visiones que los espectadores tienen de esta información. Esta pseudo-subjetividad queda recogida en las palabras de los propios autores: "La identidad está en el ojo y en la mente del espectador" (op.cit., p. 109).

Aunque el tratamiento del simbolismo y la identidad espacial hecho por Downs & Stea se aleje del enfoque que nosotros queremos dar al tema, es evidente que su reconocimiento y su constatación como elementos del entorno urbano es explícita:

"Esto no sugiere que las identidades no sean importantes y que la gente no les atribuya una tremenda significación simbólica" (op.cit., p. 41)

"Sin duda, el entorno urbano se encuentra cargado y teñido por el simbolismo. Los símbolos son cargas valorativas que evocan respuestas positivas y negativas" (ibid., p.246).

La relación entre identidad y mapas cognitivos se establecerá a partir del concepto de representación social ya que, como comenta Ibañez (1988) "las representaciones sociales encuentran otra de sus funciones en la conformación de las identidades personales y sociales" (p. 54). En este sentido se encuentran los trabajos de Milgram y Jodelet (1976) y de Milgram (1984). En el primero fue analizada la imagen de París detectándose la existencia de una representación colectiva manifestada por el modo de vida común de los habitantes. En el estudio se demostró que la organización del espacio urbano estructura las percepciones de las diversas zonas o barrios en un sistema simbólico compartido por los habitantes. Posteriormente, Milgram concluirá:

"La identidad social de una persona está estrechamente ligada con el barrio en el que vive y a las connotaciones sociales asociadas a este lugar. Las representaciones sociales de la ciudad son más que mapas sin cuerpo; son mecanismos por los cuales las piedras, calles y la geografía física de un lugar son dotados de significado social" (1984, p. 309).

El concepto de «place-identity»: el encuentro entre las teorías del self la psicología ambiental.

Harold Proshansky es quizás el autor que mejor ha articulado gran parte de los elementos que estamos tomando en consideración. En este sentido, su artículo "Place-identity: physical world socialization of the self" (Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983) resulta un punto de referencia central para nosotros, así como para otros autores que, partiendo del concepto de identidad de lugar (place-identity) han realizado elaboraciones posteriores (Lalli, 1988, 1992; Hunter, 1987; Sarbin, 1983; Korpela, 1989, 1992).

Cabe decir que el término place-identity ya había estado utilizado desde el ámbito de la geografía humanista (Tuan, 1980; Relph, 1976; Buttimer, 1980). Bajo esta perspectiva, el hogar es considerado sin excepción como el espacio con más significado personal, siendo necesaria una cierta congruencia entre el hogar y las expectativas del individuo para mantener la identidad del self y el bienestar emocional (Buttimer, 1980). Por otro lado, autores como Cooper (1974), Schorr (1966), Gans (1962), Hayward (1977) o O'Mara (1974) han estudiado la relación psicológica entre la forma física del hogar y la identidad del self. Cooper, tomando como base el estudio de los símbolos universales o arquetipos de Jung (1964), postula la existencia de una relación dinámica entre la persona y el hogar, que revela la naturaleza del self y refuerza su identidad. Por su parte, Duncan (1985) relaciona el simbolismo del hogar con la estructura social.

Otra idea que domina en esta perspectiva es que el sentido de enraizamiento al lugar es un estado inconsciente. Esto conlleva implicaciones metodológicas importantes, entre ellas que la identidad del lugar, en su sentido completo, no puede ser comunicada. Es solo cuando esta identidad se ve amenazada que puede aflorar a la conciencia.

El artículo de Proshansky et. al. (1983) cuenta con dos antecedentes claros. El primero de ellos (Proshansky, 1976) pone en juego la relación entre identidad de lugar y apropiación del espacio. El segundo corresponde a un artículo titulado "The city and self identity" (Proshansky, 1978) en el cual se argumenta que para cada rol de identidad de un individuo existen dimensiones y características del entorno físico que ayudan a establecer esta identidad. En este sentido, se aborda la conceptualización de la identidad de lugar como un componente específico de la identidad del self del individuo y se define como aquellas dimensiones del self que definen la identidad personal del individuo en relación al entorno físico, a través de un complejo conjunto de ideas conscientes e inconscientes, sentimientos, valores, objetivos, preferencias, habilidades y tendencias conductuales referidas a un entorno específico.

Pero es, como ya hemos comentado, el artículo de 1983 el que aborda de forma más exhaustiva el concepto de place-identity y sus implicaciones a nivel teórico. La idea básica que se asume en este trabajo es que el desarrollo de la identidad del self no se restringe únicamente a hacer distinciones entre uno mismo y los otros significativos (en terminología de Mead), sino que se extiende de forma no menos importante a objetos, espacios y lugares en los cuales nos encontramos. De esta forma, el sentimiento subjetivo del self se define y se expresa no solo por la relación de uno hacia la otra gente sino también por las relaciones de uno con los diferentes lugares físicos que definen la estructura de la vida de cada día.

Partiendo de las concepciones del self de James (1890) y Mead (1934), Proshansky distingue dentro del self una estructura básica: la identidad del self, fruto de la percepción que tenemos de nosotros mismos en relación con el mundo que nos rodea. Es dentro de esta estructura donde se enmarca la subestructura de la identidad de lugar, definida por el autor en los términos siguientes:

"En primer lugar, es una subestructura de la identidad del self de una persona que, en términos generales, consiste en cogniciones sobre el mundo físico en el cual vive el individuo. Estas cogniciones representan recuerdos, ideas, sentimientos, actitudes, valores, preferencias, significados

y concepciones de la conducta y de la experiencia que se relacionan con una variedad y complejidad de lugares físicos que definen la existencia del ser humano en la vida de cada día. En el núcleo de estas cogniciones ambientales se encuentra el "pasado ambiental" de la persona; un pasado constituido por lugares, espacios y sus propiedades, que han servido instrumentalmente para la satisfacción de las necesidades de la persona tanto biológicas como psicológicas, sociales y culturales." (1983, p. 59).

El resultado es una compleja estructura cognitiva que se encuentra en la base y da soporte a los vínculos emocionales y a los sentimientos de pertenencia que experimentamos en determinados lugares en los cuales desarrollamos nuestra cotidianidad como individuos. A partir de esta definición, Proshansky pasa a analizar algunas de las propiedades más relevantes de la identidad de lugar.

Siendo consecuente con las críticas realizadas a la concepción estática del self de James o Mead, el autor defiende un self en constante cambio y evolución a través de todo el ciclo vital del individuo, y esto es también válido para la identidad del self y para la identidad de lugar. Si bien es cierto que las primeras experiencias y los primeros entornos en los cuales se mueve el niño (el hogar, la escuela, el barrio) son básicos para el surgimiento de la identidad de lugar, no es menos cierto que las experiencias del individuo en los diferentes entornos que enmarcaran toda su vida influyen de manera decisiva en la evolución del self y de sus estructuras, especialmente la identidad de lugar. El individuo evoluciona y también lo hace su self paralelamente a los cambios producidos en su entorno y los cambios en su identidad de lugar.

Por otro lado, Proshansky discrepa de Cooper o Tuan al considerar que las definiciones del mundo físico de la identidad del self de una persona se extienden más allá de la concepción de esta identidad en la cual el hogar y su entorno son los necesarios y suficientes puntos de referencia. Como cualquier estructura cognitiva, la identidad de lugar está configurada por un complejo de "clusters" o agrupaciones de cogniciones sobre los lugares físicos, interrelacionados entre sí. Es decir, el "cluster" de componentes de un escenario está relacionado con el de otros escenarios. De esta manera, la identidad de lugar de un individuo refleja, en un sentido amplio, los escenarios físicos particulares en los cuales se mueve el individuo, es decir, el hogar, el lugar de trabajo, la escuela, el barrio y los lugares de entretenimiento. En palabras del propio Proshansky:

"Lo que nosotros decimos, en efecto, es que la identidad de lugar refleja en su agrupación de componentes cognitivos las experiencias del individuo en cada uno de estos entornos y en las relaciones de estos entornos entre sí al definir las actividades diarias de una persona." (1983, p. 63).

Por otro lado, es importante destacar que, para el autor, la identidad de lugar es una construcción personal. Es el individuo el que, a partir de sus experiencias directas con los escenarios físicos concretos va elaborando y remodelando las estructuras cognitivas y afectivas que definen su propia identidad de lugar. Detrás de esta elaboración personal se encuentran, evidentemente, los valores, actitudes y normas sociales asimiladas por el sujeto en relación a estos lugares así como las conceptualizaciones, usos y creencias que los demás individuos significativos para el sujeto tengan de estos lugares, es decir, de las definiciones sociales de estos espacios.

"Nosotros no experimentamos tan solo las realidades físicas, por ejemplo, del propio barrio donde hemos crecido, sino también los significados y creencias sociales ligados a él, tanto por los que viven fuera del barrio como por sus residentes. Todas estas cogniciones definen la identidad de lugar de una persona." (1983, p. 62).

Como la mayoría de estructuras cognitivas relevantes para la identidad del self, la identidad de lugar tiende a estar distanciada de la conciencia del individuo. Es más, a diferencia de los eventos sociales, en los cuales la gente y sus interacciones dominan el contexto situacional, los escenarios físicos devienen el fondo sobre el cual se producen estos eventos. Por lo tanto, la persona será menos propensa a ser consciente del escenario físico y de sus propiedades que de las personas, sus actividades y características en un contexto de interacción determinado.

Se concluye, pues, que el individuo generalmente no es consciente de la variedad de recuerdos, sentimientos, valores y preferencias que se hallan subyacentes y que influyen en sus respuestas

ante los entornos físicos. No obstante, la realidad objetiva de estos escenarios físicos está estrechamente ligada a la existencia social y cultural de un grupo, y se encuentra expresada por sus actividades, las relaciones interpersonales y las funciones de roles del grupo. No hay entorno físico que no sea a la vez un entorno social y viceversa (Ittelson et.al., 1974, citado en Proshansky et.al., 1983).

"La inextricable relación entre un escenario social y un escenario físico se evidencia en la identidad de lugar a través de la fusión de las imágenes personalmente apropiadas por el individuo, los sentimientos, recuerdos e ideas sobre un determinado escenario o escenarios, con las actitudes, valores y tendencias conductuales que expresan las características socioculturales y demográficas del individuo." (1983, p. 64)

Como cualquier sistema cognitivo, la identidad de lugar influye en cómo nosotros vemos, pensamos y sentimos en nuestras transacciones con el mundo físico. Podríamos decir que sirve como base de datos sobre la cual nosotros experimentamos y respondemos al entorno. En último término, esto repercute en el bienestar de la persona. Pero este bienestar no consiste solo en mantener y proteger la identidad del self sino también en ir ajustando estas estructuras a los cambios que se producen tanto en el mundo social como en el mundo físico. En este sentido, Proshansky define una serie de propiedades de la identidad de lugar que responden a la necesidad de integración de esta estructura en la identidad del self del individuo. Estas funciones son:

a) Función de reconocimiento. Esta función básica permite reconocer las propiedades de un entorno físico determinado que se relacionan con el "pasado ambiental" del individuo. A través de ella la persona es capaz de percibir características estables en los contextos en los que se desenvuelve la vida de cada día, repercutiendo a su vez en la percepción de estabilidad básica para su identidad del self. El reconocimiento de estas propiedades en un momento dado y en un entorno determinado sirven para determinar y confirmar la continuidad con el pasado y a su vez poder prever situaciones futuras. Una de las implicaciones de la función de reconocimiento de la identidad de lugar es que cambios radicales en los entornos físicos de un individuo pueden amenazar seriamente su identidad del self (Lifton, 1961; Fried & Gleicher, 1961; Gans, 1962).

b) Función de atribución de significado (meaning function). A través de esta función, la identidad de lugar resulta la fuente de significado de un entorno concreto, en base a los clusters cognitivos relevantes que nos indican qué sucede en este lugar, qué se supone que parece, y cómo se supone que los individuos se comportarían en él. Estos "clusters" de cogniciones no solo le sirven al individuo para reconocer un lugar sino para entenderlo en función de sus propiedades.

Evidentemente, los significados ambientales no son universales. Incluyen asociaciones simbólicas y afectivas entre el individuo y el entorno. Estos significados, así como las conductas de apropiación en relación al lugar han estado culturalmente transmitidas y se encuentran integradas en la identidad de lugar del individuo a través de sus experiencias sucesivas con el mundo físico. En este sentido, la función de reconocimiento estaría integrada en la función de atribución de significado.

c) Función expresiva y de requerimiento (expressive-requirement function). Esta función engloba dos tipos de cogniciones inherentes a la identidad de lugar. Por un lado cogniciones que expresan los gustos y preferencias de una persona; por otro, cogniciones que expresan los requisitos del lugar.

Los gustos y preferencias reflejan los deseos del individuo, más por dar como respuesta una elección afectiva o estética que por los requerimientos del lugar. Los requisitos del lugar son aquellas características que vienen dadas por su propósito inicial, las actividades destinadas a él y los requisitos mínimos que el ser humano necesita en tanto que unidad biológica.

La cuestión surge cuando los escenarios físicos no incluyen estas preferencias, cuando no se contemplan los deseos de la persona en relación al espacio; entonces es cuando aparece la función expresiva, resultando que, a nivel cognitivo, estos gustos y preferencias se hacen conscientes a la persona, la cual inicia acciones para satisfacer estos gustos y preferencias y, si es posible, "personalizar" el espacio. Estos cambios pueden comportar una afirmación de la identidad del self del individuo.

Por otro lado, lo que el individuo piensa y quiere a menudo acaba siendo diferente de lo que hace. Una red compleja de factores personales, sociales y culturales modulan la transición de los procesos cognitivos referentes a la manipulación activa del entorno. Los factores socioculturales inciden en la determinación de propósitos y prioridades dadas a determinados entornos (casa, escuela, trabajo,...) y a su vez tienen influencia sobre las propiedades de estos lugares. Los requisitos de los espacios, pues, resultan influenciados por estos factores.

d) Función de agente de cambio. En el proceso de socialización en relación al entorno físico, el niño no solo aprende a identificar y utilizar determinados entornos físicos, sino que también aprende a manipularlos para cambiarlos. Así, ante las posibles discrepancias entre la identidad de lugar de un individuo y las características de un determinado entorno, se pondrán en juego procesos cognitivos para reducir, sino superar, estas discrepancias.

Una de las implicaciones que para Proshansky puede tener el desarrollo del concepto de identidad de lugar se refiere a un elemento más específico pero no menos importante: la pertenencia al lugar (place-belongingness), entendida como el vínculo emocional del individuo con determinados lugares. Para entender este concepto es necesario retomar el concepto de identidad de lugar entendida como un conjunto de agrupaciones o clusters de cogniciones con valencias positivas o negativas referidas a determinados lugares. La pertenencia al lugar aparece pues en aquellos individuos para los cuales la identidad con un determinado lugar implica cogniciones valoradas positivamente o bien que el conjunto de lugares considerados proveen al individuo más cogniciones con valencia positiva que negativa. En caso contrario, se favorecerá el efecto contrario, es decir, la adversión al lugar.

Como en el caso de la formación y evolución de la identidad de lugar, la pertenencia al lugar no se confina al período de la primera infancia. Es evidente que cualquier escenario donde el individuo aprende nuevos roles y habilidades ambientales, cualquier entorno físico que enmarque alguna esfera de su vida, esta sujeto al mismo nivel de análisis. La pregunta surge inmediatamente: ¿qué factores determinan que ciertas cogniciones referentes a espacios físicos tengan para el individuo valencia positiva o negativa?. ¿Cómo se explica que diferentes individuos de un mismo grupo tengan cogniciones con diferentes valencias referidas a un mismo entorno físico?. De manera muy general, Proshansky empieza diciendo que todas las cogniciones de identidad de lugar son valoradas positivamente en tanto en cuanto definen directamente quien es la persona, o lo hacen indirectamente al protegerlo o defenderlo de aquellos entornos que amenazan su identidad del self.

Por otro lado, no todas las experiencias en el espacio comportan cogniciones referidas a la identidad de lugar. El ser humano no está capacitado para recordar todas las propiedades de un entorno físico. No es menos cierto, como ya se ha comentado, que la mayor parte de las cogniciones que configuran la identidad de lugar permanecen fuera de la conciencia del individuo y solo se hacen conscientes cuando un escenario físico resulta disfuncional o amenaza la identidad del self.

Por último, el autor se refiere a tres factores interrelacionados que expresan la complejidad de las interacciones persona-entorno y las inextricables relaciones entre factores físicos y sociales de los escenarios cotidianos. En primer lugar, las valencias de las cogniciones de la identidad de lugar han de depender de la calidad del conjunto del escenario físico y de sus propiedades más específicas: luz, temperatura, espacio disponible y cualquier otro factor que sirva para cubrir las necesidades y expectativas ambientales del entorno en cuestión. Pero la calidad física no es garantía suficiente. Cabe considerar también la calidad del entorno social de este escenario: los tipos de interacciones que surgen, la posibilidad que tiene el individuo de jugar sus roles sociales, etc. En fin, si el escenario en consideración carece de determinados aspectos físicos o sociales el individuo tiene la capacidad de transformarlo o modificarlo para optimizarlo. La adaptabilidad, las competencias y las habilidades ambientales juegan un papel importante en el momento de establecer la dirección de las valencias.

En definitiva, y a modo de conclusión, podemos dar la palabra a Muntañola cuando comenta que "la noción de lugar para vivir es un constante y triple encuentro entre medio externo, nosotros mismos y los demás, y cada lugar construido es una síntesis y un resultado de este triple encuentro" (1974, p. 55). Efectivamente, como hemos visto hasta el momento, el estudio de las relaciones entre los individuos y el entorno no puede olvidar ninguno de estos tres elementos, especialmente cuando se

considera al entorno construido como un producto social. Esta premisa estará especialmente presente en el siguiente apartado.

Simbolismo espacial e identidad urbana.

Si, paralelamente al dinámico desarrollo de la identidad del self personal, el individuo va también desarrollando su identidad social, asumiendo determinadas categorizaciones relativas a los diferentes grupos sociales relevantes para el sujeto, parece correcto pensar que si determinados lugares son importantes para desarrollar la identidad de lugar como estructura del self del individuo, y por tanto, pueden convertirse en símbolos de identidad (Proshansky, 1978; Csikszentmihalyi y Rochberg-Halton, 1981; Hormuth, 1990), determinados espacios pueden tener la propiedad de generar procesos de identificación social y pueden llegar a resultar símbolos de identidad para el grupo social.

Bajo esta premisa, Marco Lalli desarrolla el concepto de identidad urbana -"urban identity" (Lalli, 1988); "urban-related identity" (Lalli, 1992). Si bien para Proshansky (1976, 1978, 1983) la relación que el individuo mantiene con determinados escenarios en su vida cotidiana contribuye a formar la identidad de lugar, para Lalli el vínculo psicológico con los espacios cumple, además, otra función que va más allá de la identidad espacial y que no resulta directamente de la simbolización de experiencias sociales. Sentirse y definirse como residente de un determinado pueblo, barrio o ciudad implica también desmarcarse en contraste con toda la otra gente que no vive allí. Así pues, los pueblos, barrios o ciudades tienen su propia "imagen", que es conocida por los de fuera y que se traduce en una serie de características o atribuciones que se extraen de sus residentes y que les dota de un cierto tipo de "personalidad". Así, "ser residente de un pueblo particular confiere un número de cualidades casi-psicológicas a las personas asociadas con este pueblo" (Lalli, 1988, p. 305):

"Una de las más avanzadas funciones centrales de la identidad urbana es su característica de diferenciar a los residentes de una cierta localización de la otra gente. Esta pertenencia no tan solo proviene de la percepción de una necesidad de sentirse diferente sino que confiere atributos específicos a la persona que está asociada con el pueblo. Estas adscripciones consisten en una red de atribuciones externas (los otros) e internas (self)".(op.cit., p. 307).

Para el autor, pues, la función más importante de estas atribuciones es "el efecto de internalizar el carácter del pueblo" (op.cit., p. 305). Pero también cumplen otras funciones importantes como la de proveer evaluaciones positivas del self para los residentes, y generar un sentimiento de unicidad fundamental, no ya desde el punto de vista del individuo -función que ya reconocían los teóricos clásicos del self- sino desde el punto de vista grupal.

Un punto importante a tener en cuenta es el elemento fundamental que se encuentra en la base de la diferenciación entre los conceptos de identidad de lugar (Proshansky) y de identidad urbana (Lalli). Para Proshansky, las funciones que se derivan de la identidad de lugar como estructura constituyente del self se derivan directamente de la experiencia social, mientras que para Lalli, las funciones que cumple la identidad urbana no están derivadas directamente de la experiencia social. Esto es importante porque, aunque el segundo concepto parte del primero, posiblemente se esté refiriendo a procesos complementarios.

Efectivamente, la estructura denominada identidad de lugar surge en los primeros años de la vida del individuo con la interiorización de aquellos escenarios cotidianos primordiales (casa, escuela, barrio), y va evolucionando con la ampliación de las actividades del individuo en otros escenarios cotidianos (hogar familiar, lugar de trabajo, lugares de ocio,...). Desde los primeros momentos el individuo va incorporando estos espacios en su propia manera de verse él mismo, en su imagen del self y trata de buscar elementos de familiaridad en los nuevos escenarios para mantener un sentimiento de continuidad con esta propia imagen, reconocer las propiedades y funciones de los espacios para actuar en consonancia y mantener un sentimiento de seguridad y control ambiental que en el fondo se traduce en un sentimiento de seguridad y control personal. Asimismo, el individuo es capaz, en la mayoría de las ocasiones, de modificar y transformar estos espacios, bien sea conductualmente o bien cognitivamente, cuando los requerimientos personales no se ajusten

suficientemente a las características espaciales. Con todo ello, parece posible afirmar que el proceso que se encuentra subyacente a la configuración de la identidad de lugar es, en gran medida, el mecanismo de apropiación espacial (Pol, 1994) y que las leyes que rigen este proceso en la búsqueda de la estabilidad del self sean las leyes de asimilación y acomodación cognitivas (Korpela, 1992).

Pero el individuo no tan solo busca elementos que le faciliten la identidad personal, la congruencia con la propia autoimagen y la estabilidad y continuidad de su self. El individuo necesita también buscar su identidad como miembro de grupos sociales, sentir que pertenece a ellos y que los otros le ven y lo identifican como miembro de un determinado colectivo. En este sentido el espacio o determinados elementos espaciales pueden resultar elementos fundamentales de estos procesos de identificación social.

En este aspecto encontramos un punto de contacto muy interesante entre las nociones de identidad urbana y de identidad social. Efectivamente, para Turner (1987) el grupo se define a sí mismo a través de un conjunto de atribuciones, cogniciones y creencias (categorizaciones del self) que, además de favorecer la identificación endogrupal, contribuyen a generar y mantener diferencias exgrupales básicas para el proceso de identificación social. Estas categorizaciones son determinadas en base a la relevancia de la dimensión sobre la que se fundamenta, de su "saliencia".

Paralelamente, el concepto de identidad urbana de Lalli mantiene puntos de contacto notables con la anteriormente mencionada Teoría de la Identidad Social (Tajfel, 1981; Tajfel y Turner, 1986; Turner, 1987) ya que "una precondition necesaria para la función de diferenciación del pueblo es el hecho de que pueda ser visto como un pueblo 'especial', como un pueblo que es diferente de los otros pueblos" (Lalli, 1988, p. 306). Así pues, los atributos que son necesarios para esta definición del self están simbolizados por las características "especiales" del pueblo. Estos símbolos pueden ser determinados eventos culturales (ferias, exposiciones, fiestas) u otras características distintivas pero también, determinados elementos espaciales del entorno urbano tienen la capacidad de resultar símbolos de identificación colectiva con el pueblo, el barrio o la ciudad. El nombre dado a este barrio o ciudad deviene un símbolo global de estos procesos.

También, en cierta medida, el concepto de identidad urbana conlleva un proceso de desindividuación (Javaloy, 1990) en el sentido en que lo plantea Turner. Las personas identificadas con un cierto entorno adoptan las categorizaciones peculiares y distintivas del grupo social adscrito a este entorno, incorporando estos elementos en su imagen del self y procurando que los otros le atribuyan estas características "casi-psicológicas", esta "personalidad" especial asociada al grupo que se define como perteneciente a un determinado lugar y que para Lalli son elementos determinantes de la identidad urbana.

De esta manera, el trabajo de este autor nos permite una primera aproximación entre la Psicología Ambiental y la Psicología Social a partir del concepto de identidad social, aspecto que retomaremos en el capítulo 3. Sin embargo, es necesario profundizar más en estas relaciones, analizando las aportaciones transaccionistas sobre la conexión entre las funciones simbólicas de los entornos físicos y los procesos de identidad social relacionados con ellos.

El significado del espacio desde la perspectiva transaccional.

Como ya se ha comentado en el capítulo primero, buena parte de las aportaciones teóricas actuales en Psicología Ambiental están orientadas hacia una perspectiva transaccional. Pero entre los diversos autores enmarcados en esta línea, es Stokols el que más directamente ha analizado el tema del significado del espacio desde esta óptica.

Aunque el propio Stokols había dejado de lado el tópico del simbolismo espacial en una interesante revisión sobre el campo disciplinar de la psicología ambiental (Stokols, 1978), será a partir de los años 80 cuando comenzará a abordar el tema situándolo en relación con los procesos de identidad grupal (Stokols, 1981, 1990; Stokols y Shumaker, 1981; Stokols y Jacobi, 1984). Un factor común a

todos estos trabajos es la consideración de los lugares o entornos como objeto de estudio propio así como la perspectiva transaccional en el análisis de las relaciones entre los grupos sociales y estos espacios.

Desde nuestro punto de vista, el elemento clave en el análisis de estas relaciones es la consideración de los aspectos subjetivos que se encuentran implicados en los entornos, considerando que un entorno sociofísico está compuesto de rasgos materiales y simbólicos (Stokols y Shumaker, 1981). Estos últimos están configurados por el conjunto de significados socioculturales asociados a un espacio y que devienen una especie de "cola" que une a individuos y grupos a un lugar particular. De igual forma que Lynch (1960) describía los entornos en base a la "imaginabilidad" (imageability) de sus rasgos físicos, Stokols retoma la idea para hablar de "imaginabilidad social" (social imageability) o capacidad de los lugares para elicitar significados compartidos entre sus usuarios. Este conjunto de significados devienen el "campo social percibido" de un lugar:

"El campo social percibido de un lugar se define como la totalidad de significados funcionales, motivacionales y evaluativos comunicados por un entorno físico a los ocupantes del lugar. Esta matriz de significados es esencialmente un conjunto de imágenes colectivamente compartidas que se desarrollan como resultado de la interacción directa o indirecta con un lugar particular" (Stokols y Shumaker, 1981, p. 447).

El conjunto de significados asociados a un lugar pueden ser analizados en base a una serie de características o propiedades:

- a) *Contenido*. Se refiere al campo social percibido asociado a un lugar que puede incluir significados funcionales (actividades regularmente asociadas al lugar, normas para desarrollarlas e informaciones referidas a los roles sociales de los miembros que ocupan el entorno), significados motivacionales (objetivos personales y colectivos en relación al lugar) y significados evaluativos en relación al entorno físico, a los individuos que lo ocupan o a las funciones sociales básicamente asociadas a él.
- b) *Complejidad*. Se refiere al número de significados comunes que surgen entre los sujetos que ocupan un lugar en relación a éste.
- c) *Claridad*. Cuanto más nombrado es un determinado significado por sus ocupantes, más claro es éste. Un campo social ambiguo comporta un bajo nivel de claridad y una baja imaginabilidad social.
- d) *Heterogeneidad*. Se refiere al número de subgrupos de un determinado entorno que pueden distinguirse en base a los diferentes patrones de significado.
- e) *Distorsiones*. Discrepancias entre los significados socioculturales asociados a un lugar y la naturaleza de las experiencias y actividades sociales que se desarrollan actualmente en él.
- f) *Contradicciones*. Falta de consistencia entre los significados actuales asociados a un lugar y los preferidos por sus ocupantes.

Otro aspecto que merece destacarse es la noción de "dependencia de lugar" (place dependence)(Stokols, 1981; Stokols y Shumaker, 1981), es decir, el fuerte vínculo que se establece entre individuos y grupos con determinados lugares, con un componente altamente subjetivo que depende de dos factores: la cualidad del lugar en cuestión y la comparación entre esta cualidad y la de otros lugares alternativos. Este vínculo, cuando es comunmente aceptado y compartido, deviene un verdadero sistema de soporte social para la comunidad y puede ser considerado una fuente básica de los procesos de identidad social asociada a un entorno concreto.

Por otra parte, desde una perspectiva transaccional es fundamental considerar, juntamente con la dimensión espacial-simbólica, la dimensión temporal, estrechamente ligada a la primera por lo que respecta básicamente al tema de la identidad (Stokols y Jacobi, 1984. Esta relación había sido constatada por algunos autores, entre ellos Lynch (1975):

"El entorno físico es una encarnación del tiempo. Es básico para nuestro sentido de identidad y continuidad, para nuestros sentimientos de conexión con el pasado y, de esta manera, también con el futuro." (en Barnejee & Southworth, 1990, p. 628).

Y también Lalli (1988):

"El pueblo deviene un símbolo general de la multitud de experiencias individuales. Es, no obstante, no solo un reflejo de estas experiencias sino que también provee a la persona de un sentimiento de continuidad temporal que resulta gradualmente independiente de esta ambiente de experiencias concretas. Precisamente a través de este proceso la persona puede adquirir la experiencia de estabilidad y continuidad, que es independiente de la situación actual que vive. La biografía de uno mismo recibe una conexión identidad-generación a través del pueblo i provee a la persona de un sentimiento de continuidad que es relativamente independiente de los cambios concretos." (p. ???)

Esta relación entre identidad espacial y continuidad temporal que en Lalli toma una dimensión más individual, es tractada por Stokols y Jacobi (1984) desde una dimensión social. El tema central de este trabajo es el análisis de las orientaciones temporales de los grupos sociales y el importante papel que juegan las relaciones que se establecen entre estos grupos y sus entornos a la hora de definir su identidad social en función de las particulares perspectivas temporales.

"Las (...) orientaciones temporales sugeridas son constructos hipotéticos que intentan identificar importantes patrones de interdependencia entre generaciones actuales, pretéritas y futuras de miembros del grupo (vínculo social) y entre los miembros del grupo y sus entornos materiales (vínculo socio-espacial)." (1984, p. 307).

Así pues, considerando que las experiencias grupales pueden abarcar eventos tanto pasados como futuros y que la incidencia de tales eventos puede ser superficial o profunda, los autores definen cuatro tipos de orientaciones temporales que pueden caracterizar al grupo: focalizada en el presente, tradicional, futurista y coordinada, tal y como queda reflejado en el siguiente cuadro:

		P A S A D O	
		PROFUNDO	SUPERFICIAL
F U T U R O	PROFUNDO	ORIENTACIÓN COORDINADA	ORIENTACIÓN FUTURISTA
	SUPERFICIAL	ORIENTACIÓN TRADICIONAL	ORIENTACIÓN FOCALIZADA EN EL PRESENTE

Orientaciones temporales de los grupos. Basado en Stokols (1984).

Estas orientaciones temporales vienen definidas y pueden analizarse a partir de cinco criterios básicos:

- 1) Referente grupal o generación con la que el grupo actual se siente ligado (pasada o futura, pero también puede ser la propia generación actual).
- 2) Referentes ambientales, consistentes en objetos y lugares que tienen un significado funcional y/o simbólico para el grupo y con los cuales se siente ligado.

- 3) Procesos cognitivos como recuerdos del pasado, planificación del presente o anticipación del futuro, que reflejan la intensidad temporal de las experiencias grupales, y contenido informativo compartido, es decir, creencias y valores del grupo.
- 4) Tono afectivo o la valencia emocional de los vínculos entre los miembros del grupo y entre estos y sus entornos.
- 5) Patrones conductuales tales como preservación de lugares históricamente significativos, utilización de recursos presentes o inversión en el desarrollo de entornos futuros.

Stokols y Jacobi proponen analizar las dimensiones ambientales partiendo de la premisa de que el entorno material del grupo cumple una importante función simbólica en el desarrollo del sentimiento de identidad grupal y de continuidad y en la cual los aspectos temporales constituirían un subconjunto del "campo social percibido" del entorno físico entendiéndolo como la totalidad de significados socio-culturales asociados a un lugar particular y que son ampliamente reconocidos por los miembros del grupo (Stokols y Shumaker, 1981) y al que ya hemos hecho referencia anteriormente.

Mientras que los grupos focalizados en el presente se relacionan con el entorno en términos de su significación funcional para el logro de objetivos y planes inmediatos, utilizando y consumiendo los recursos ambientales existentes, los grupos con una orientación temporal tradicional consideran que el entorno, a parte de su significación funcional, tiene también un valor histórico, es decir, simboliza aspectos importantes de la historia del grupo. La tradición, plasmada de esta manera en entornos y lugares, fortalece y preserva los vínculos entre las generaciones pasada y actual de los miembros del grupo. La respuesta afectiva a los referentes tradicionales puede variar en función del nivel de amenaza externa percibida, incrementándose cuando, por ejemplo, lugares históricamente significativos para el grupo se encuentran en peligro de modificación o desaparición. Así, las manifestaciones a nivel del entorno físico de la tradición comprenden un depósito de significados latentes a los que los miembros del grupo se aproximan para reafirmar sus vínculos con el pasado.

En cuanto a los grupos con una orientación temporal futurista, ciertos objetos y lugares están fuertemente asociados con esperanzas, intereses o preocupaciones de los miembros del grupo sobre el futuro. Especialmente, esta orientación es frecuente en áreas geográficas que están sujetas a profundos y rápidos cambios tecnológicos.

Por último, los grupos con una orientación coordinada se sienten vinculados tanto a las generaciones pasadas como a las futuras y valoran la calidad de su situación presente en relación con experiencias previas y también anticipadas. Su actividad refleja una combinación de conductas tradicionales e innovadoras. El uso de recursos ambientales actuales y la inversión en recursos de cara al futuro se encuentra balanceada por un interés en la preservación de áreas históricamente significativas.

Una vez presentadas las orientaciones temporales de los grupos, se propone la idea de que estas orientaciones grupales y sus particulares relaciones con los entornos materiales que les son propios pueden considerarse, a su vez, como diferentes fases de la formación y evolución de los grupos ubicados espacialmente, pasando sucesivamente por las orientaciones:

FOC.PRESENTE → FUTURISTA → TRADICIONAL → COORDINADA

de tal manera que, en los primeros estadios de la formación de un grupo, el espacio es considerado inicialmente en base a su funcionalidad o capacidad para satisfacer demandas u objetivos a corto plazo, pudiendo considerarse después en base a sus capacidades potenciales o simbolizando amenazas o intereses futuros. Es solo cuando el grupo comienza a madurar cuando empieza a simbolizar en el espacio el pasado del propio grupo, y estos símbolos espaciales son elementos presentes que nos recuerdan quiénes somos y reafirman nuestra identidad; la historia como identidad se materializa y sirve de base para futuras generaciones. Es, sin embargo, cuando el grupo adquiere su madurez cuando es capaz de poner en relación estas tres funciones simbólicas del espacio: la utilización del entorno presente tiene en cuenta las inversiones cara al futuro sin olvidar cual es el pasado común que les identifica. La preservación de los espacios simbólicos para posteriores generaciones y que son actualmente elemento de identidad y cohesión grupales es

propio del estadio más avanzado. El elemento simbólico espacial toma pues una significación histórica, es un elemento de identidad presente y un nexo de continuidad hacia el futuro.

Las implicaciones que las propuestas de Stokols y Jacobi tienen sobre la psicología social son referidas por los propios autores:

"Nuestro análisis de las orientaciones temporales en grupos sugiere que el simbolismo de los entornos físicos sirve como un vehículo de influencia social al hacer más salientes las generaciones pasadas y futuras a los miembros actuales (...). El contexto ambiental y simbólico de la interacción social puede también afectar a las tendencias de los individuos hacia conductas de conformidad, altruistas o agresivas (...). Al mismo tiempo, los entornos simbólicos pueden jugar un rol prominente en la promoción o apoyo de conflictos intergrupales, particularmente cuando grupos opuestos hacen valer su derecho sobre las mismas áreas históricamente significativas." (Stokols y Jacobi, 1984, p. 321).

Este análisis espacio-temporal de los grupos, la incidencia en los aspectos simbólicos de los espacios y el énfasis en los fenómenos de identidad grupal/social tienen importantes implicaciones tanto por la originalidad del planteamiento como por sus consecuencias en cuanto al análisis del espacio urbano. En primer lugar, Stokols recupera la perspectiva histórica en el análisis de los grupos y de sus entornos, aspecto que ha sido recientemente retomado en la psicología ambiental (Aguilar, 1990). En segundo lugar, sus planteamientos comportan una manera de entender y estudiar el entorno que implica un cambio de perspectiva radical y que nos sitúa en las tendencias más actuales, innovadoras y potencialmente ricas en el análisis de las relaciones entre los individuos y sus entornos.

Es en el análisis de estas nuevas perspectivas donde se sitúa uno de los últimos trabajos del autor (Stokols, 1990), aunque el tema había sido ya presentado en el 10º Congreso de la I.A.P.S. celebrado en Delft (Stokols, 1988). En ellos, el autor plantea lo que denomina la "Perspectiva Espiritual" de las relaciones hombre-entorno.

Para Stokols (1990), el análisis del entorno ha sido predominantemente orientado desde dos perspectivas dominantes. Por un lado encontramos la perspectiva minimalista, que asume que los escenarios físicos juegan un papel insignificante en la facilitación de objetivos y aspiraciones de sus usuarios, y que fué predominante antes de la mitad de los años sesenta. Evidentemente, el punto de vista del usuario no era contemplado por los diseñadores de espacios.

Una segunda perspectiva, predominante desde la mitad de los sesenta hasta nuestros días es la llamada perspectiva instrumental, según la cual los escenarios son "herramientas" utilizadas por los individuos para dar soporte a la efectividad productiva y organizacional de éstos, al logro de objetivos conductuales y económicos claves. La calidad del ambiente es medida en función de su capacidad de eficiencia conductual y económica, pero también por su capacidad de mejora de los niveles de confort, seguridad y bienestar de los usuarios. El conocimiento ambiental se orienta hacia soluciones tecnológicas de mejora y aprovechamiento.

Básicamente, es en contraste con esta perspectiva instrumental que Stokols plantea la perspectiva espiritual. Los principales puntos de contraste entre las perspectivas instrumental y espiritual de las relaciones entre los individuos y sus entornos quedan refelejados en el cuadro comparativo que se presenta a continuación.

INSTRUMENTAL	Énfasis en los elementos materiales del entorno.
El entorno es visto como una "herramienta", como un medio para lograr objetivos conductuales y económicos.	Calidad ambiental definida primariamente según criterios conductuales, de confort y salud.

Enfasis en el desarrollo de diseños estándares y prototipos ambientales de acuerdo con los requerimientos de actividades de las categorías generales de grupos de usuarios (dependiendo de directrices de diseño exógenas).

Enfasis en la diferenciación y separación de las funciones claves asociadas con los dominios de la vida pública y privada.

El proceso de investigación es visto como el descubrimiento y la aplicación de conocimiento generalizable; las actividades de investigación asumen su valor neutral y separado de las dinámicas sociales observadas y registradas en un escenario particular; gran énfasis en los métodos cuantitativos, más que en los cualitativos.

ESPIRITUAL

El entorno es visto como una finalidad en sí mismo, como un contexto en el cual los valores humanos pueden ser cultivados.

Enfasis en los elementos simbólicos y afectivos del entorno.

Calidad de los entornos medida en términos de la riqueza de sus significados psicológicos y socio-culturales, así como de su soporte para el confort, la saludabilidad y la conducta.

Enfasis en la "customitzación" del diseño de acuerdo con las necesidades únicas de los individuos y grupos específicos (desarrollo de las directrices del diseño autóctono que se halla adaptado a los contextos específicos).

Enfasis en la integración de los dominios públicos y privados y en el incremento de la naturaleza multifuncional de los escenarios físicos.

El proceso de investigación es visto como un proceso de comunicación que puede aumentar la concienciación, participación y cohesión de los usuarios del entorno, y como un proceso para articular y reforzar los valores de los participantes; se da igual énfasis a los métodos cuantitativos que a los cualitativos.

Diferencias entre las perspectivas "instrumental" y "espiritual" de las relaciones persona-entorno. Fuente: Stokols, D., 1990, p. 643.

Dentro de esta aproximación espiritual, cabe destacar algunos aspectos importantes que tienen implicaciones tanto a nivel de análisis como a nivel de diseño y planificación espaciales. En primer lugar, se plantea el entorno como finalidad en sí misma más que como "herramienta" para lograr algo. De esta manera, el escenario físico toma carta propia como objeto de estudio y no tan sólo como marco o escenario donde se desarrolla la interacción: el propio entorno es un elemento de esta interacción a través de sus significados simbólicos:

"Los escenarios ambientales son diseñados no tan solo para facilitar un desarrollo sin complicaciones de las actividades de cada día sino también para proveer de lugares a los que la gente se sienta atraída en virtud de sus cualidades simbólicas y afectivas." (Stokols, 1990, p. 642).

Para lograr este objetivo, es fundamental que el diseño de los entornos sea adecuado a sus usuarios, al medio socio-cultural en el cual se desarrollan. Por lo tanto, la perspectiva espiritual concede gran importancia a las estrategias de diseño autóctono que den adecuada expresión a las necesidades e identidades únicas de los grupos particulares de usuarios.

En este sentido, se encuentra un punto de tensión importante entre la preponderancia de las aproximaciones tecnológicas en la manera de resolver el diseño de espacios y la facilitación del

desarrollo de valores humanos propios de los grupos de usuarios. La perspectiva espiritual no desmerece en ningún momento los criterios de funcionalidad que han de cumplir necesariamente los escenarios físicos. Lo que sí denuncia es el excesivo énfasis puesto únicamente en estos aspectos funcionales, lo que ahoga definitivamente a los aspectos simbólicos del entorno tanto o más necesarios que los criterios funcionales de optimización.

"Las aproximaciones tecnológicamente orientadas hacia el diseño ambiental se basan en asunciones que dejan fuera de lugar las dimensiones simbólicas y espirituales de los entornos. Por ejemplo, los análisis técnicos a menudo contemplan los componentes físicos de los escenarios como "palancas" independientes para lograr los efectos deseados sobre la conducta de los ocupantes y sobre el bienestar. Asimismo, los escenarios ambientales están agrupados de acuerdo con ciertas funciones clave (p.e. residencial, laboral, escolar, y escenarios públicos de diversión) y las soluciones de diseño se desarrollan para dar soporte a estas funciones." (1990, p. 644)

Es interesante constatar que, visto con cierta perspectiva, la reflexión de Stokols no queda nada lejos de la idea de alienación de la vida cotidiana y de la crítica al funcionalismo en el diseño urbano que hacía Lefebvre (1970) o de la dicotomía entre asociaciones discursivas y no discursivas, entre la visión del diseñador y la del usuario que planteaba Rapoport (1970). Sin embargo, las conexiones que pueden establecerse entre los diversos autores que se han presentado a lo largo de este capítulo serán recogidas y contextualizadas a partir de este momento al plantear los conceptos de identidad social urbana y de espacio simbólico urbano.

CAPÍTULO 3. HACIA UNA CONCEPTUALIZACIÓN TEÓRICA DE LAS RELACIONES ENTRE EL SIGNIFICADO SIMBÓLICO DEL ESPACIO URBANO Y LOS PROCESOS DE IDENTIDAD SOCIAL

1. Introducción.

2. El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental.

La consideración del entorno en los procesos de identidad social

Elementos para una primera aproximación al concepto de identidad social urbana

El concepto de identidad social urbana

Características de la identidad social urbana

3. Aspectos simbólicos del espacio urbano.

Definición y características del espacio simbólico urbano

Funciones principales del espacio simbólico urbano

1. INTRODUCCIÓN

Al iniciar esta segunda parte, empezaré con un ejemplo tomado de una simple observación fruto de la experiencia personal que, seguramente, será refrendada por la mayoría de los lectores. Supongamos una situación en la que nos encontramos con una persona desconocida para nosotros con la que queremos establecer una interacción o, simplemente por cortesía y ante una situación ineludible, debemos estar hablando con ella durante un buen rato -nos ha tocado en suerte, por ejemplo, sentarnos a su lado en un banquete. En primer lugar, y si el contexto no da excesivas pistas, tanto la persona en cuestión como nosotros intentaremos obtener información acerca de nuestro interlocutor. Hay pues una necesidad de identificar al otro y identificarnos ante el otro para establecer puntos en común o buscar relaciones entre ambas informaciones. Por otra parte, a nivel teórico, sabemos que estos mecanismos cognitivos consisten, en buena parte, en procesos de categorización social, básicos para la definición de la identidad social de los individuos.

Pues bien, con toda probabilidad, una de las primeras preguntas que formularemos ante una situación de este tipo será: "¿De dónde es usted?", o bien "¿dónde vive usted?", cuestiones que entroncan directamente con el tema que nos disponemos a desarrollar, a saber, que los procesos que configuran y determinan la identidad social de los individuos y grupos parten, entre otros elementos, del entorno físico donde éstos se ubican y que constituyen un marco de referencia categorial para la determinación de tal identidad social. La delimitación conceptual de esta identidad social espacial así como su relación con las características simbólicas del espacio serán los objetivos principales de la primera parte de este capítulo. Asimismo, considerando que gran parte de los grupos en nuestra sociedad viven en entornos urbanos, hemos optado por utilizar el término *identidad social urbana* para designar al objeto de nuestro análisis, aunque de un modo más general podemos considerar perfectamente el término *identidad social espacial* para referirnos a este tipo de fenómenos.

Por otra parte, determinados elementos de este entorno físico pueden jugar un papel fundamental en la génesis, consolidación o mantenimiento de la identidad social urbana. Estos elementos, que hemos optado por denominar *espacios simbólicos urbanos* serán el objeto central de la segunda parte. Su conceptualización, principales características y relaciones con los procesos de identidad constituirán los principales objetos de desarrollo.

2. EL CONCEPTO DE IDENTIDAD SOCIAL URBANA: UNA APROXIMACIÓN ENTRE LA PSICOLOGÍA SOCIAL Y LA PSICOLOGÍA AMBIENTAL

Aunque desde el ámbito disciplinar de la Psicología Social existe una extensa producción teórica sobre el tema de la identidad social, rara vez los psicólogos sociales han centrado su atención sobre los aspectos ambientales y el papel de los entornos físicos en la génesis, desarrollo o mantenimiento de la identidad

social (Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983). A pesar de ello, al revisar la literatura sobre el tema (ver capítulo 2) hemos podido observar cómo los escenarios físicos en los que el individuo desarrolla su vida cotidiana juegan un importante papel en la configuración de su identidad del *self* a través de la estructura de *place-identity* (Proshansky, 1976; 1978; Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983), cómo determinadas áreas geográficas determinan la identidad urbana (*urban identity*) de sus habitantes (Lalli, 1988; 1992), cuál es el papel que juegan los significados espaciales en los procesos de identificación social (Stokols, 1981; 1990; Stokols y Shumaker, 1981), la orientación temporal de los grupos y la relación simbólica con el espacio (Stokols y Jacobi, 1984) o la importancia de los aspectos espaciales en la relación ecológica entre comunidades simbólicas (Hunter, 1987).

La consideración del entorno en los procesos de identidad social.

La relación entre identidad social y pertenencia a determinadas categorías o grupos sociales tiene una larga tradición en Psicología Social, desde Mead (1934) hasta los planteamientos de Tajfel, Turner y seguidores en Gran Bretaña (Tajfel, 1981; 1983; Tajfel y Turner, 1986; Turner, 1987; Hogg y Abrams, 1988) o de Codol (1975; 1982) en Francia (véase Brown, 1988; Ibáñez, 1990, o Javaloy, 1990). Pero esta misma tradición en investigación social no ha prestado suficiente atención a un elemento que para nosotros resulta fundamental. La identidad social también puede derivarse del sentimiento de pertenencia o afiliación a un entorno concreto significativo, resultando entonces una categoría social más (Aragonés, Corraliza, Cortés y Américo, 1992). Por otro lado, desde la perspectiva del interaccionismo simbólico, todos los objetos -y en el sentido que da Blumer (1969) al término "objeto" pueden incluirse tanto los espacios como también las categorías sociales- adquieren su naturaleza ontológica a partir de los significados conferidos por individuos y grupos o, en terminología de Berger y Luckman (1966), pueden ser considerados construcciones sociales. En este sentido, resulta particularmente interesante la afirmación de Stoetzel, en una de las pocas referencias al tema en un texto de Psicología Social: "La idea de que el contorno físico de un individuo está enteramente transculturado a la sociedad de la que forma parte, y que describe el mundo físico, tal como es percibido en el seno de una sociedad y como objeto de conductas de adaptación a la misma, equivale a describir la cultura de esta sociedad" (Stoetzel, 1970, p. 66).

Sin embargo, aunque la idea de que los individuos, los grupos sociales o las comunidades están siempre ubicadas y, por tanto, relacionadas con unos determinados entornos resulta obvia, lo que no resulta tan evidente, revisando las aportaciones de la Psicología Social, es el papel que estos entornos juegan en la formación de las identidades de los individuos, grupos o comunidades. Posiblemente las razones que explican esta omisión responden a varios factores.

Por un lado, hay una tendencia general a adoptar una visión excesivamente reduccionista del entorno, acotándolo a dimensiones puramente fiscalistas cuando, desde planteamientos interaccionistas simbólicos, sabemos que los objetos que configuran nuestro mundo son considerados como tales cuando

el ser humano es capaz de dotarlos de un significado, y que este significado es un producto socialmente elaborado a través de la interacción simbólica (Blumer, 1969; Stryker, 1983). Así pues, cualquier entorno urbano ha de ser analizado como un producto social antes que como una realidad física (Rapoport, 1977).

Una segunda razón hace referencia a los elementos de la interacción social. Tradicionalmente se ha analizado el tema de la identidad social considerando ésta como resultado de la interacción entre individuos y grupos (Tajfel, 1981) o entre grupos sociales (Turner, 1987), relegando al espacio físico a un segundo término. La diferenciación entre un medio físico y un medio social relativamente independientes ha contribuido también a fomentar esta consideración -por ejemplo, el enfoque dramaturgico de Goffman (1967) considera al entorno como el escenario físico donde se desarrolla la interacción social. Pero, si como hemos apuntado anteriormente, el entorno ha de ser considerado como un producto social, la distinción entre medio físico y medio social tiende a desaparecer y el entorno pasa a ser no sólo el escenario de la interacción sino, como propone Stokols, un elemento más de la interacción (Stokols, 1990). La relación entre individuos y grupos con el entorno no se reduce sólo a considerar este último como el marco físico donde se desarrolla la conducta sino que se traduce también en un verdadero "diálogo" simbólico en el cual el espacio transmite a los individuos unos determinados significados socialmente elaborados y éstos interpretan y reelaboran estos significados en un proceso de reconstrucción que enriquece ambas partes. Esta relación dialogante, de clara orientación transaccional, constituye la base de la identidad social asociada al entorno.

En tercer lugar, cabe destacar que la investigación en Psicología Social respecto al tema de la identidad social se ha caracterizado por seguir mayoritariamente un método experimental basado en situaciones de laboratorio. Si tradicionalmente la interacción social se da entre sujetos y el entorno es tan sólo el marco de esta interacción, la situación experimental tiende a reducir al máximo las variables ambientales, a neutralizar el entorno y a configurar una situación descontextualizada.

En definitiva, por lo que respecta al tema de la identidad social, podemos decir que los psicólogos sociales han tendido a no considerar los aspectos ambientales. Lo que a continuación pretendemos es incorporar el papel de los entornos urbanos dentro de estos procesos a partir de la noción de *identidad social urbana*.

Elementos para una primera aproximación al concepto de identidad social urbana.

Partamos en primer lugar de la definición de identidad social que propone Tajfel: "(es) aquella parte del autoconcepto de un individuo que se deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo o grupos sociales juntamente con el significado valorativo y emocional asociado a esta pertenencia." (Tajfel, 1981, p. 292). Dentro de esta definición, y en función de lo dicho hasta el momento, puede quedar incluido perfectamente el concepto de "entorno", de manera que la identidad social de un individuo también puede

derivarse del conocimiento de su pertenencia a un entorno o entornos concretos, juntamente con el significado valorativo y emocional asociado a estas pertenencias.

En esta línea se encuentra el desarrollo del concepto de *place-identity* (Proshansky, 1976, 1978; Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983). Como ya se ha visto, la identidad de lugar es considerada como una subestructura de la identidad de *self* y consiste en un conjunto de cogniciones referentes a lugares o espacios donde la persona desarrolla su vida cotidiana y en función de los cuales el individuo puede establecer vínculos emocionales y de pertenencia a determinados entornos. Estos vínculos son, como mínimo, tan importantes como los que se establecen con los diferentes grupos sociales con los cuales el individuo se relaciona. En la base de esta estructura se encuentra el "pasado ambiental" del individuo así como los significados socialmente elaborados referidos a estos espacios que la persona ha ido integrando en sus relaciones espaciales. Este "depósito cognitivo" que configura la identidad de lugar -del cual, según Proshansky y otros (1983), el individuo no es consciente excepto cuando siente su identidad amenazada- permite a la persona reconocer propiedades de los entornos nuevos que se relacionan con su "pasado ambiental", favorecer un sentido de familiaridad y la percepción de estabilidad en el ambiente, dar indicios sobre cómo actuar, determinar el grado de apropiación o la capacidad para modificar el entorno y, por último, favorecer un sentimiento de control y seguridad ambiental.

Si bien a partir de la recuperación del concepto de *self* de Mead (1934) la noción de *place-identity* (Proshansky y otros, 1983) introduce elementos de reflexión en la definición de identidad social de Tajfel (1981), por lo que respecta al papel de los entornos físicos en estos procesos, hemos de destacar que, tanto la noción de identidad social como la de *place-identity*, hacen referencia directa a procesos de identidad social centrados en el individuo y no tanto en los propios grupos. El paso de una identidad social individual a una grupal o colectiva se concreta en la "Teoría de la Categorización del *Self*" o "Teoría de la identidad social del grupo" de Turner (1987). De la extensa elaboración teórica que plantea el autor nos interesa destacar tres aspectos importantes para nuestros propósitos:

a) *El mecanismo de comparación social en relación con la categorización del self.*

Tajfel ya planteaba el hecho de que la identidad social fundamentada en la pertenencia de un individuo a determinados grupos o categorías implica la acentuación perceptiva de las semejanzas con el propio grupo y las diferencias de éste respecto a los otros grupos, siendo esta perspectiva comparativa la que une la categorización social con la identidad social (Tajfel, 1983). El mismo mecanismo había ya sido propuesto por Bruner en relación a la categorización perceptiva (Bruner y otros, 1956). Turner recupera esta idea para realizar una reconceptualización del grupo social, considerándolo como aquel conjunto de individuos que se perciben a sí mismos como miembros de una determinada categoría social y que, por lo tanto, son capaces de diferenciarse de otros conjuntos de individuos en base a las dimensiones asociadas a esta categorización (Turner, 1987). En definitiva, la configuración de la identidad social del grupo viene

dada tanto por la percepción de semejanzas en el endogrupo como por la percepción de diferencias endogrupo-exogrupo, en base a unas determinadas dimensiones categoriales.

b) *El principio de metacontraste.*

Las categorizaciones pueden diferenciarse por su nivel de abstracción, configurando un sistema jerárquico de clasificación categorial con determinados niveles de abstracción cada vez más elevados, marcado por relaciones de inclusión de clase. Turner (1987) distingue tres niveles básicos de abstracción categorial: un nivel supraordenado que hace referencia a la identificación con la categoría "humano" en relación a otras formas de vida, un nivel intermedio de categorizaciones endogrupo-exogrupo basado en la percepción de semejanzas y diferencias que haría referencia a la identificación "social", y un tercer nivel subordinado de categorizaciones personales que se refiere a la identificación de cada individuo como ser específico y diferenciado del resto de individuos.

Yendo en la dirección inversa, es decir, desde identificaciones personales a categorizaciones de niveles superiores de abstracción, el individuo experimenta un proceso de despersonalización en el sentido de que cada vez asume dimensiones categoriales más colectivas y menos personales. De esta manera se establece un *continuum* que va desde la identidad (social) individual hasta la identidad social grupal o colectiva. El principio que rige este fenómeno es el de *metacontraste*. Se trata de un mecanismo cognitivo por el cual determinados elementos, aunque sean diferentes entre sí, tienden a agruparse en una única categoría (se consideran pues idénticos en un determinado nivel de abstracción) si las diferencias percibidas entre ellos (intracategorialmente) se consideran menores que las diferencias percibidas en comparación con otros grupos de elementos (intercategorialmente) en el mismo nivel de abstracción. De esta manera, una persona podrá identificarse con categorías sociales más o menos amplias (más o menos inclusivas) mientras perciba las diferencias endogrupales menores que las exogrupales en el mismo nivel de abstracción. Un desarrollo sumamente interesante acerca de cómo se estructuran estos procesos en relación con la comparación social es el del concepto de "identidad social comparativa" (Huici y Ros, 1993).

c) *Los conceptos de "saliencia" y prototipicalidad.*

La "saliencia" categorial hace referencia a la capacidad de una categorización del *self* para resultar relevante en relación al sentido de pertenencia a un grupo. Cuando Turner habla de pertenencia categorial "saliente" se refiere a la que "opera desde el punto de vista psicológico para incrementar la influencia de la propia pertenencia a este grupo" (Turner, 1990, p. 168). Por otro lado, la prototipicalidad se refiere al grado en que un determinado estímulo o elemento de una categoría "se percibe como paradigmático o representativo de la categoría en su conjunto" (*op.cit.*, p. 79). Estas dos características se rigen por el principio de metacontraste.

En definitiva, la teoría de la categorización del *self* de Turner recoge y amplía las tesis de Tajfel y le da al tema de la identidad social un enfoque más grupal que individual, aunque no está igualmente claro que éste sea un enfoque más "social" (Ibáñez, 1990). Los procesos psicosociales que determinan la identidad social dependen de la capacidad de los individuos de pensarse a sí mismos situándose en un nivel de abstracción correspondiente a categorías grupales.

Si en un primer momento hemos pretendido reflexionar sobre la definición de identidad social de Tajfel a partir del concepto de *place-identity* (Proshansky, 1976, 1978; Proshansky y otros, 1983), lo que proponemos a continuación es introducir el elemento "entorno urbano" en la teoría de la categorización del *self* de Turner, retomando a su vez las perspectivas interaccionista simbólica y construccionista en relación al espacio y a la identidad social.

El concepto de identidad social urbana.

Este planteamiento implica la consideración de que los entornos urbanos pueden ser entendidos también como categorizaciones del *self* en un determinado nivel de abstracción grupal. El sentido de pertenencia a determinadas categorías sociales incluye también el sentido de pertenencia a determinados entornos urbanos significativos para el grupo. Detrás de esta idea se encuentra la consideración del entorno urbano como algo más que el escenario físico donde se desarrolla la vida de los individuos, siendo un producto social fruto de la interacción simbólica que se da entre las personas que comparten un determinado entorno urbano. Los contenidos de estas categorizaciones vienen determinados por la interacción simbólica que se da entre las personas que comparten un determinado espacio y que se identifican con él a través de un conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos. Es de esta manera como el entorno urbano supera la dimensión física para adoptar también una dimensión simbólica y social.

El espacio urbano, pues, representa a nivel simbólico un conjunto de características que definen a sus habitantes como pertenecientes a una determinada categoría urbana en un determinado nivel de abstracción, y los diferencian del resto de personas en base a los contenidos o dimensiones relevantes de esta categoría en el mismo nivel de abstracción. Así pues, desde este punto de vista, los entornos urbanos pueden también ser analizados como categorías sociales.

Recuperando las ideas expuestas en el capítulo anterior, ésta es la premisa fundamental que se halla implícita en el concepto de identidad urbana (*urban identity*) desarrollado por Lalli (1988; 1992). De lo visto hasta el momento, parece correcto pensar que los mecanismos que se encuentran en la base de la identidad urbana son los de categorización y comparación sociales propios de la identidad social. Pero, para Lalli, la identidad urbana cumple también con otra función fundamental: permite internalizar las características especiales del pueblo basadas en un conjunto de atribuciones que configuran una determinada imagen de éste. A su vez, la identidad urbana provee a la persona de evaluaciones positivas

del *self* (aspecto ya destacado por Tajfel y por Turner en sus investigaciones sobre categorización e identidad social) y de un sentimiento subjetivo de continuidad temporal que permite la conexión identidad-generación en relación al entorno urbano.

Esta continuidad temporal que se deriva de las relaciones simbólicas con el espacio ha sido tratada específicamente por Stokols, resultando un elemento fundamental de la identidad de los grupos asociados a determinados entornos (Stokols y Jacobi, 1984). Así pues, las orientaciones temporales de los grupos sociales juegan un importante papel en las relaciones que se establecen entre estos grupos y sus entornos a la vez que definen la identidad social en función de las particulares perspectivas temporales. Las orientaciones propuestas por estos autores: *centrada en el presente*, *futurista*, *tradicional* y *coordinada* implican diversas modalidades de relación simbólica con el espacio que van, respectivamente, desde relaciones estrictamente funcionales, inversiones hacia el futuro, preservación de la historia o la coordinación presente-pasado-futuro de la identidad social de un grupo en relación al entorno donde se sitúa.

Por otro lado, paralela a la noción de identidad urbana de Lalli hemos recogido la noción de *comunidad simbólica* de Hunter (1987). Como Lalli, Hunter propone que el proceso de construcción social de una identidad comunitaria surge de las interacciones que los miembros de un territorio local tienen con los de fuera y que sirven para definir a la comunidad, pero esta identidad está basada en la interacción simbólica que se da entre comunidades a través de relaciones de tipo ecológico. En esta interacción son especialmente relevantes el nivel toponímico como sistema de clasificación y categorización, el nivel territorial, es decir, los límites que definen a esta comunidad en comparación a otras, y las evaluaciones de la comunidad relativas a otras comunidades. Así pues, las relaciones que a nivel ecológico se dan entre las comunidades a partir de la atribución de significados socialmente elaborados y compartidos ayudan a configurar también la identidad social asociada a un entorno.

Mientras Lalli (1988; 1992) toma como punto de partida el concepto de *self* del interaccionismo simbólico (Mead, 1934) así como la noción de *place-identity* (Proshansky y otros, 1983) para definir la identidad urbana de un grupo, Hunter (1987) parte del mismo interaccionismo simbólico y del construccionismo social (Berger y Luckman, 1966) para presentar el concepto de *comunidad simbólica*. Sin embargo, el nexo que puede establecerse entre estos desarrollos teóricos y la teoría de la categorización del *self* de Turner (1987) resulta sumamente interesante y comporta una serie de reflexiones que pasamos a desarrollar.

En un sentido general, podemos considerar que las categorías espaciales son uno de los diversos tipos de categorías sociales que los individuos utilizan para definir su identidad social. Su característica distintiva, sin embargo, es que el referente directo de la categorización es el propio espacio (urbano en nuestro caso). Podemos decir pues que los individuos configuran su identidad social también en base a considerarse pertenecientes a un espacio determinado, siendo la *identidad social urbana* una

subestructura de la identidad social -de manera análoga a la concepción de Lalli de la identidad urbana como subestructura de la identidad del *self*.

A partir de ahí entramos en la dialéctica entre identidad individual e identidad social o, como afirma Fischer, "un complejo enredo de lo social y de lo individual" (1990, p. 157). Para Turner, el problema se resuelve si consideramos la identidad social como un *continuum* en función de los niveles de abstracción sobre los que los individuos se categorizan, pasando desde categorizaciones totalmente personales hasta categorizaciones sociales cada vez más inclusivas («humanos», por ejemplo). Por otro lado, desde el interaccionismo simbólico, autores como Blumer (1969) defienden la idea de que todo objeto (y, como ya hemos comentado, por objeto pueden ser consideradas también las categorías) es social en tanto en cuanto su significado es fruto de la interacción simbólica; por tanto, incluso las categorías más personales tienen una base social determinante. Por último, desde el construccionismo social, Berger y Luckman (1966) afirman que "los tipos de identidad son productos sociales *tout court*" (1984, p. 217). Así pues, aunque desde diferentes planteamientos, tanto las teorías sociocognitivas como las interaccionistas simbólicas o las construccionistas sociales compartirían la idea de que la identidad de los individuos tiene una fuerte componente social e implica procesos fundamentales a este nivel.

Llevando estas reflexiones al campo de la Psicología Ambiental, y concretamente al tema de los entornos urbanos considerados como productos sociales, podemos decir que las categorizaciones que una persona puede hacer en relación a su pertenencia al espacio comprenderían básicamente tres niveles de consideración: "el espacio mío", "el espacio nuestro" y "el espacio de todos", de manera análoga a los niveles de abstracción categorial propuestos por Turner (1987). Este planteamiento implica hacer referencia a dos elementos teóricos propios de la psicología ambiental: el concepto de espacio personal y los procesos de apropiación espacial.

Diversos son los autores que han realizado estudios sobre el tema del espacio personal (Hall, 1966; Horowitz, 1974; Sommer, 1969; Moles, 1977). De entre ellos destacaremos el trabajo de Moles (1977) pues su idea de *coquilles* presenta puntos de contacto con la línea de argumentación que hemos seguido hasta ahora. Para este autor la relación entre la persona y el espacio pasa por la consideración de una serie de capas concéntricas que representan los diferentes niveles de apropiación espacial. De esta manera, Moles, partiendo de la indumentaria como capa más cercana al individuo, relaciona sucesivamente el gesto inmediato, la vivienda, el barrio, la ciudad, la región, la nación y el mundo en el sentido más amplio (Fischer, 1990).

Por otro lado, si consideramos que una de las categorizaciones que configura la identidad social de un individuo o de un grupo es la que se deriva del sentido de pertenencia a un entorno, parece correcto pensar que los mecanismos de apropiación del espacio (Korosec, 1976) aparecen como fundamentales para este proceso de identificación. Sea a través de la acción-transformación o bien de la identificación simbólica (Pol, 1994) el espacio se convierte en lugar, es decir, se vuelve significativo (Jørgensen, 1992).

El mecanismo de apropiación facilita el diálogo entre los individuos y su entorno en una relación dinámica de interacción, ya que se fundamenta en un doble proceso: el individuo se apropia del espacio transformándolo física o simbólicamente y, al mismo tiempo, incorpora a su *self* determinadas cogniciones, afectos, sentimientos o actitudes relacionadas con el espacio que resultan parte fundamental de su propia definición como individuo, de su identidad del *self* (Proshansky, 1976).

Aunque algunos autores consideran que los mecanismos de apropiación espacial remiten básicamente a un proceso individual (Korosec, 1976), otros han destacado que también pueden darse apropiaciones espaciales a nivel grupal. En este sentido, Fischer (1990) distingue tres niveles de apropiación: colectiva, de grupos reducidos (vecindario, barrio) o individual (en el caso del espacio personal). Si la identidad de *self* en relación al lugar (Proshansky, 1976; 1978; 1983) remite a un nivel de apropiación individual, la *identidad social urbana* se relaciona con procesos de apropiación espacial a nivel grupal o comunitario.

De esta manera, la categorización social basada en el sentido de pertenencia a determinados entornos urbanos se situaría, recogiendo las ideas de Turner (1987), en el nivel de abstracción intermedio de categorizaciones endogrupo-exogrupo, aunque dentro de éste podemos distinguir otros subniveles organizados jerárquicamente a través de relaciones de inclusión. En nuestro caso, pueden ser considerados dos niveles formales: aquel que corresponde a la categoría «barrio» y el que corresponde a la categoría «ciudad», pasando progresivamente hacia niveles de inclusión de clase más elevados. Por debajo de la categoría «barrio» nos situaríamos en un nivel de identificación espacial más "personal" (en el sentido de Turner) representado por la categoría «casa», mientras que por encima de la categoría «ciudad» encontraríamos sólo la de «área metropolitana» (en un sentido más administrativo que social) ya que a partir de ahí las categorías más inclusivas pierden la dimensión urbana (comarca, región, país, etc.) y, aunque igualmente importantes, quedan fuera de nuestro ámbito de análisis³.

En un nivel de abstracción intermedio a los dos planteados encontramos otros tipos de categorías urbanas, más inespecíficas, que pueden responder a criterios de localización geográfica (por ejemplo «centro»), de funcionalidad (por ejemplo «área residencial») o a criterios socio-económicos o de estatus social (por ejemplo «zona alta», «suburbio», etc.). En líneas generales, englobaremos al conjunto de estas categorías intermedias bajo la denominación de «zona».

Con el objeto de ejemplificar el resto de la exposición que estamos efectuando en función de alguna de estas categorías, nos centraremos a partir de este momento en el análisis de la categoría social urbana «barrio», considerándola una categoría altamente interesante por su grado de flexibilidad y riqueza así como por su relevancia en relación a la identidad social ya que, como comenta Milgram, "el barrio resulta un componente importante de la identidad social de un individuo" (1984, p. 305). Este interés viene dado

³ El constructo *identidad social espacial*, al que hemos hecho referencia en la introducción, englobaría todos los niveles de abstracción categorial referidos en este punto.

en buena parte por el hecho de considerarla una categoría "natural" (Wirth, 1945; Américo, 1995), es decir, superando su carácter administrativo -con una delimitación geográfica claramente determinada- nosotros consideraremos «barrio» aquello que los propios individuos consideran como tal, con una delimitación geográfica fruto de las "percepciones de los sujetos y de su sentido de pertenencia al barrio" (Américo, 1990, pp. 41-42). En este sentido, esta categoría urbana puede ser inclusiva de otras categorizaciones «barrio» de orden inferior. Así podemos hablar de grupos que se definen como un «sub-barrio» con sus propias características diferenciales. De hecho, autores como Marans y Rodgers (1975) distinguen entre macrobarrio (tomando como referencia los distritos oficialmente considerados) y microbarrio (vecindario o zona inmediata a la vivienda). Fried (1986) adopta una acepción social de barrio considerando que éste representa el contexto adecuado para una imagen del hogar, mientras que para Jacobs (1961) la vida que se desarrolla en los barrios es parecida a la que puede ofrecer un pueblo.

A partir de este planteamiento, un determinado grupo de individuos no basará sólo su identidad social en función de categorizaciones del *self* como "humanos, europeos, jóvenes, estudiantes, etc...", por ejemplo, sino que también pueden definirse como pertenecientes a un determinado barrio, zona o ciudad y, en este sentido, diferenciarse también de otras personas que no pertenezcan a las mismas categorías sociales urbanas en el mismo nivel de abstracción. El mecanismo de metacontraste que rige este juego de semejanzas y diferencias (destacado, entre otros, por Codol, 1984) haría, por ejemplo, que un determinado grupo se identificase con una determinada zona de la ciudad si las diferencias percibidas a nivel de barrio con otros barrios fuesen mínimas o escasamente relevantes, es decir, si la pertenencia a la categoría social «zona» resulta más "saliente" que la pertenencia a la categoría «barrio». De esta manera los individuos tenderán a definirse como pertenecientes a categorizaciones urbanas más inclusivas o de nivel de abstracción más elevado cuando las afiliaciones a categorías de niveles inferiores no permitan percibir diferencias suficientemente significativas respecto de otras categorías de este mismo nivel: un grupo se identificará con una zona si no es capaz de diferenciarse como barrio de los otros barrios, y se identificará con la ciudad si no es capaz de diferenciarse como zona de las otras zonas. A nivel endogrupal, sin embargo, la tendencia es la de buscar identificaciones de grupo en base a categorías poco inclusivas, posiblemente porque los individuos procuran definirse en relación a dimensiones categoriales que no comporten un alto grado de despersonalización. Así, aunque una persona pueda identificarse en base a su ciudad o su zona, preferirá identificarse en primer lugar con su barrio.

Ello, sin embargo, no siempre es posible, sobre todo si consideramos que otra cuestión importante a tener en cuenta es que el grupo no tan solo busca identificarse como tal a través de determinadas categorías urbanas; también pretende que las otras personas (el exogrupo) los identifiquen en base a estas categorizaciones. En este sentido, la identidad social asociada al espacio dependerá de que, tanto las atribuciones internas (endogrupales) como las externas (del exogrupo hacia el endogrupo) que definen una determinada categorización, se sitúen en el mismo nivel de abstracción y en categorías relevantes para ambas partes. Así, por ejemplo, nosotros podremos identificarnos como pertenecientes a un determinado barrio y diferenciarnos a través de esta categoría urbana ante otras personas: a) que no

pertenezcan a nuestro barrio, b) que conozcan nuestro barrio, c) que sean también capaces de definirse en relación a su barrio. En cambio, si queremos identificarnos en base a una categorización urbana, por ejemplo, ante una persona extranjera que no conozca nuestro barrio, tendremos que hacerlo a través de la categoría «ciudad», más inclusiva, y de esta manera ella podrá definirse también como perteneciente a su ciudad. Ambos, sin embargo, hemos de tener un cierto grado de conocimiento previo de las dimensiones categoriales utilizadas en la interacción.

Este conocimiento de las dimensiones relevantes para las categorías sociales urbanas no ha de basarse necesariamente en un conocimiento "in situ" de un determinado barrio, zona o ciudad. Entre otros, existen dos elementos importantes que actúan a nivel simbólico y que permiten representar las dimensiones categoriales en tanto en cuanto son considerados, tanto a nivel endogrupal como exogrupal, representativos o característicos de la categoría en conjunto, es decir, en palabras de Turner (1987), son prototípicos de una determinada categoría social: a) el nombre por el que se conoce al barrio, la zona o la ciudad, y b) determinados elementos del espacio urbano percibidos como prototípicos -que nosotros llamaremos *espacios simbólicos urbanos* (Valera, 1993)- facilitan una interacción social a nivel simbólico y permiten establecer los mecanismos de categorización y comparación que determinan la identidad social asociada a un entorno urbano. Para Lalli (1988), además de estos elementos, también pueden considerarse otros como determinados acontecimientos culturales característicos (ferias, fiestas, exhibiciones, etc.), elementos geográficos (ríos, lagos, etc) y, en general, cualquier particularidad distintiva asociada a este entorno.

Características de la *identidad social urbana*.

Hasta este punto hemos expuesto las principales aportaciones teóricas que, recogiendo en gran parte supuestos propios de las teorías del *self* desde una perspectiva ambiental, se han hecho sobre el tema de la identidad social y las hemos puesto en relación con la teoría de la categorización del *self* de Turner (1987). Es ahora el momento de concretar cuáles son las principales características que definen a la *identidad social urbana* asociada a un determinado entorno urbano.

1. *El sentido de pertenencia como categorización social.*

En primer lugar, consideramos que el sentido de pertenencia a un determinado entorno urbano puede ser considerado como una categorización social más de las diversas que configuran la identidad social de individuos y grupos. En nuestro caso, configura aquella estructura que hemos denominado *identidad social urbana*.

2. Niveles de abstracción categorial.

Esta categorización se sitúa en un nivel de abstracción grupal en la medida en que un conjunto de individuos se definen, en base a unas determinadas dimensiones, como pertenecientes a una determinada categoría urbana -es decir, se consideran iguales en cuanto a estas dimensiones- y se diferencian de otros grupos en el mismo nivel de abstracción categorial a partir de estas mismas dimensiones.

3. Categorías sociales urbanas.

Las categorías sociales urbanas susceptibles de generar identidad social urbana se definen, por su nivel de abstracción, en «barrio», «zona» y «ciudad». Los individuos, pues, tenderán a identificarse como grupo en base a alguna de estas categorías en función de que las diferencias percibidas intracategorialmente sean menores que las percibidas intercategorialmente (siguiendo el principio de metacontraste), pero también en función del nivel de abstracción categorial en el que se sitúen los individuos considerados exogrupo en una situación de interacción donde la identificación fundamentada en categorías urbanas pueda ser relevante. La concepción dinámica de la identidad social urbana ha sido puesta de manifiesto también por Reid y Aguilar (1991) cuando destacan la existencia de una red jerárquica de identidades espaciales: "Una es la identidad que se expresa frente al extraño (...), otra la que se muestra frente a un vecino de la misma calle." (1991, p. 197).

4. Construcción social de las categorías sociales urbanas.

Las dimensiones que determinan la afiliación a una determinada categoría social urbana están configuradas por un conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos fruto de la interacción simbólica entre los miembros de un mismo grupo o categoría, entre ellos y el entorno que sirve de base categorial y entre ellos y los otros individuos que no pertenecen a la misma categoría. Es destacable especialmente el papel que juega el entorno como un elemento más de la interacción (Stokols, 1990) y no únicamente como escenario físico donde ésta se desarrolla.

5. Dimensiones categoriales.

Las dimensiones categoriales que pueden ser consideradas relevantes para la configuración de la identidad social urbana se definen en relación con los siguientes criterios:

a) Dimensión territorial. En la medida en que estamos hablando de entornos urbanos, los límites geográficos definidos por las personas que se identifican en base a una determinada categoría urbana son un elemento importante en el momento de diferenciarse de otros grupos que ocupan entornos diferentes mientras que, a nivel simbólico, pueden jugar un importante papel en las relaciones que se dan entre los

grupos y comunidades (Hunter, 1987). La *dimensión territorial* de una determinada categoría social urbana resulta un elemento relevante en los procesos de identificación endogrupal y diferenciación con el exogrupo; en definitiva, resulta relevante para la consolidación de la identidad social urbana. Los límites que definen a una categoría urbana pueden responder a una delimitación de orden administrativo o bien de orden social. En el caso de la categoría «barrio», tomado como ejemplo de nuestro análisis, los grupos tienden a definir sus propios límites que, en muchos casos, no coinciden totalmente con los administrativos (Wirth, 1945; Marans y Rodgers, 1975). En este sentido, la delimitación territorial resulta una construcción social comunmente elaborada y compartida, fruto en buena parte del sentido de pertenencia de individuos y grupos a lo que consideran "su" barrio (Américo, 1990).

b) Dimensión psicosocial. Si consideramos junto a Lalli (1988) que cada pueblo tiene su propia imagen, la afiliación a una determinada categoría urbana puede también derivar en un conjunto de atribuciones (tanto internas como externas) que proporcionen un carácter especial o distintivo a los miembros asociados a esta categoría, es decir, que doten de un cierto tipo de "personalidad" a las personas como característica diferencial respecto a los otros grupos (Lalli, 1988; 1992). Paralelamente, un determinado barrio puede diferenciarse de los otros en función de la calidad de las relaciones sociales percibidas por sus habitantes. En este sentido, Reid y Aguilar (1991) destacan: "La intensidad de la vida social en el barrio es empleada para argumentar diferencias frente a otros grupos (...), de ahí que se les atribuyan rasgos particulares: esto crea una compleja red de jerarquías de identidad que adquieren un matiz y una expresión particular de acuerdo con las condiciones situacionales." (1991, p. 197).

Por otra parte, Francis (1983) señala que la identificación y caracterización de una ciudad o de una parte de ella está en función de la calidad de vida que representa mientras que Firey (1945), analizando la ciudad de Boston, pudo observar cómo el hecho de sentirse perteneciente a un determinado barrio confiere a los individuos un determinado estatus o prestigio social, generando así evaluaciones positivas del *self*. En definitiva, la identidad social urbana, en base a estas ideas, se basa también en una *dimensión psicosocial*.

c) Dimensión temporal. Recuperando la necesidad de contextualización histórica de todo fenómeno social (Gergen, 1985), la historia del grupo y su relación con el entorno es un elemento fundamental que se halla en la base de la identidad social urbana. Los procesos por los cuales un determinado grupo llega a identificarse con su entorno dependen en gran parte de la evolución histórica del grupo y del propio entorno, generándose así un sentimiento de continuidad temporal básico para la definición de la identidad social urbana (Stokols y Jacobi, 1984; Lalli, 1988). En la medida en que un grupo se sienta históricamente ligado a un determinado entorno será capaz de definirse en base a esta historia común y diferenciarse de otros grupos que no comparten el mismo "pasado ambiental" o "memoria colectiva" (Stoetzel, 1970). La *dimensión temporal* es pues un elemento de gran importancia para la identidad social urbana de los grupos y comunidades, especialmente de aquellos con una orientación temporal "tradicional" o "coordinada" (Stokols y Jacobi, 1984). Respecto a este último punto, podríamos decir que si una

orientación temporal "tradicional" es suficiente para consolidar la identidad social urbana de un grupo, una orientación "coordinada" asegura la prevalencia y la transmisión de esta identidad a generaciones futuras, dinamizando su proceso evolutivo.

d) Dimensión conductual. La identidad social urbana, en tanto que fruto de un sentido grupal de pertenencia a una determinada categoría o entorno urbano, genera también determinadas manifestaciones conductuales. Bien sea a través de los usos definidos en el espacio o bien a través de la acción-transformación de éste como modo de apropiación, los individuos y grupos se relacionan de manera activa con el entorno (Pol, 1994). En este sentido se perfila una cuarta dimensión importante: la *dimensión conductual*, estrechamente ligada al conjunto de prácticas sociales propias de una determinada categoría social urbana (Francis, 1983).

e) Dimensión social. Las características sociales de un grupo asociado a un determinado entorno o categoría social urbana pueden resultar un importante elemento para la definición de la identidad social urbana. Así pues, hay que contemplar también una *dimensión social* ya que, como señala Hunter (1987), el contenido de una identificación comunitaria dependerá, hasta cierto punto, de la composición social de la comunidad en la cual se da la realidad desde la que construiremos esta identidad. Paralelamente, algunos autores han establecido una relación entre estructura social y jerarquía simbólica del espacio (Castells, 1979; Rapoport, 1970; Firey, 1945).

f) Dimensión ideológica. Por último, la identidad social urbana puede remitir a los valores ideológicos implícitos compartidos por un determinado grupo o comunidad, es decir, a una *dimensión ideológica*. Autores como Castells (1972) consideran que los entornos urbanos (especialmente la ciudad) son plasmaciones de las instancias ideológicas que rigen y determinan una sociedad. Las formas espaciales pueden ser consideradas formas culturales en tanto en cuanto son la expresión de las ideologías sociales.

6. Interrelación de las dimensiones categoriales.

Las dimensiones por las cuales una determinada categoría social urbana puede hacerse "saliente" para un grupo, fundamentando de esta manera la identidad social urbana asociada al entorno, no son, en cualquier caso, mutuamente excluyentes. Aunque a efectos de análisis y descripción las hemos presentado de forma separada, su relevancia sobre los procesos de identidad radica precisamente en la estrecha relación que mantienen unas con las otras así como en los niveles de implicación mutua.

7. Las relaciones ecológicas entre comunidades urbanas.

Las relaciones de tipo ecológico que un grupo o comunidad mantiene con otros grupos o otras comunidades han de ser contempladas también como un factor determinante de la identidad social urbana. En este sentido, autores como Firey (1945) o Hunter (1987) consideran la importancia del valor simbólico asociado a un entorno en la explicación de fenómenos como la movilidad social o los procesos de *gentrificación*.

8. Concepción dinámica de los procesos de categorización.

Hasta el momento hemos planteado que los individuos y grupos tienden a definirse como tales, es decir, configuran su identidad social urbana en base a un sistema de categorización compuesto por diferentes niveles de abstracción o categorías sociales urbanas de orden más o menos inclusivo. Este proceso de categorización no es en ningún caso estático sino que los individuos o grupos utilizan diferentes niveles de abstracción categorial en función de sus necesidades, es decir, en función de la categoría con la cual interese identificarse ante otros individuos o grupos (Reid y Aguilar, 1991). A su vez, el énfasis puesto en la construcción social de los significados relevantes para las categorizaciones a través de la interacción simbólica hace que, constantemente, se estén reconstruyendo estos significados y, por lo tanto, la identidad social urbana sea no tan solo un producto social sino un proceso en constante evolución. Esto implica recuperar la perspectiva temporal-histórica en el estudio de las relaciones entre los individuos y grupos y sus entornos (Gergen, 1985; Stokols, 1990; Aguilar, 1990).

9. Jerarquización categorial.

El planteamiento anteriormente expuesto según el cual los individuos y grupos se mueven indistintamente entre diferentes niveles de abstracción categorial (identificación con un barrio, zona o ciudad) no excluye el hecho de que también puedan identificarse con otras categorías urbanas del mismo nivel de abstracción: barrio donde se vive/ barrio donde se trabaja, ciudad de origen/ ciudad donde se vive actualmente. En definitiva, es necesario también contemplar la existencia de sistemas de categorización urbana paralelos, los cuales, en un sentido similar al planteamiento de Proshansky y otros (1983) en referencia a la identidad del *self*, contribuyen a definir conjuntamente la identidad social urbana. En todo caso, reconocer la existencia de sistemas de categorización paralelos implica también reconocer que los individuos o grupos tenderán a jerarquizar estos sistemas al definir su identidad social urbana y que la relación con el espacio puede quedar afectada por este hecho. Esta idea podría explicar, por ejemplo, el fenómeno de que un grupo de inmigrantes que procede de un mismo lugar de origen (y, por lo tanto, tiene configurada su identidad en base a la categoría urbana originaria) se apropie y se identifique, en un primer momento, con el nuevo espacio reconstruyendo el entorno ambiental de procedencia.

10. Elementos simbólicos.

Finalmente, existen determinados elementos capaces de simbolizar los procesos hasta ahora descritos o, de manera más general, simbolizar el sentido de identidad social urbana que define a un grupo determinado. Estos elementos, por su capacidad simbólica, facilitan los procesos de identificación endogrupales, las relaciones entre endogrupo y exogrupo en base a las diferencias percibidas, así como los mecanismos de apropiación espacial a nivel simbólico. Por ejemplo, Lalli (1988) o Francis (1983) destacan como tales características propias del grupo asociado a un entorno urbano concreto en relación a las prácticas sociales que se desarrollan en él: ferias, manifestaciones culturales, fiestas mayores, etc. y, en general, otras características que puedan ser percibidas como representativas de una categoría social urbana y, por lo tanto, diferenciales respecto a las otras categorías.

Sin embargo, quisiéramos aquí destacar dos elementos de especial relevancia por sus implicaciones sobre el espacio construido.

a) En primer lugar, los *topónimos* asociados a determinados elementos del entorno urbano (Hunter, 1987; Bonnes y Secchiaroli, 1995). De entre ellos, el nombre dado a la categoría urbana (barrio, zona o ciudad) puede considerarse como un referente simbólico relevante (Lalli, 1988) y no tan sólo una etiqueta identificativa sin contenido (Downs y Stea, 1977). En este sentido cabe destacar cómo el análisis de la toponimia del lugar resulta un elemento altamente interesante para el estudio de la construcción social de significados asociados a un entorno, tanto más cuando este análisis adopta una perspectiva socio-histórica, como recientemente hemos puesto de relieve (Valera, 1993).

b) *Espacios simbólicos urbanos*. En segundo lugar, resulta especialmente interesante el análisis de los espacios de un entorno urbano determinado que, siendo considerados por los miembros de un grupo asociado a un entorno como elementos representativos de éste, son capaces de simbolizar las dimensiones más relevantes de la identidad social urbana de este grupo. De esta manera, determinados espacios o lugares pueden ser considerados como elementos prototípicos de la categoría social urbana relevante para la definición de la identidad social. Entre estos podemos distinguir elementos geográficos (ríos, montañas, lagos, etc.), monumentos (Bohigas, 1985, Francis, 1983) y, en general, determinados elementos arquitectónicos o urbanísticos propios y característicos de este entorno que nosotros denominaremos *espacios simbólicos urbanos* (Valera, 1993) y que pasaremos a desarrollar a continuación.

3. ASPECTOS SIMBÓLICOS DEL ESPACIO URBANO

En líneas generales, el tema del simbolismo del espacio puede contemplarse desde dos grandes perspectivas. La primera considera el aspecto simbólico como una propiedad del espacio. Desde este punto de vista, todo espacio tiene un significado propio y ésta es una característica inherente a él. Este

significado puede derivarse de las características físico-estructurales, de la funcionalidad ligada a las prácticas sociales que se desarrollan en él o bien ser fruto de las interacciones que, a nivel simbólico, se dan entre los sujetos que ocupan o utilizan ese espacio. Por otro lado, el significado espacial puede mantenerse en un nivel individual (significación personal) o puede ser compartido por un grupo de individuos o por toda una comunidad (significación social), aunque sobre este último punto será necesario realizar algunas consideraciones posteriormente.

Dentro de esta primera perspectiva pueden incluirse trabajos como el de Lynch (1953, 1960) según el cual toda imagen ambiental consta de tres elementos: identidad estructura y significado, la perspectiva ecológica de Gibson (1979) según la cual el significado es un aspecto indisoluble de los patrones ambientales que percibe un individuo o bien, desde un posicionamiento interaccionista simbólico, la idea de que el significado de un objeto es el que le confiere su naturaleza ontológica, de manera que el individuo orienta sus actos hacia los objetos de su mundo en función de lo que éstos significan para él (Blumer, 1969).

La segunda perspectiva desde la cual puede contemplarse el tema del simbolismo espacial considera que hay determinados espacios o entornos que tienen la capacidad de aglutinar determinados significados en su seno, es decir, tienen la capacidad de cargarse de significado simbólico. Éste se define como un significado social, es decir, reconocido y compartido por un amplio número de individuos y, en la medida en que un espacio físico represente un significado o conjunto de significados determinados socialmente, este espacio puede ser considerado simbólico para el grupo o la comunidad implicada. Siguiendo esta línea argumental, los espacios de una determinada área urbana pueden ser ordenados jerárquicamente en base a su carga simbólica, es decir, a partir de espacios carentes de significado simbólico relevante a nivel social (aunque puedan tener una significación personal), pasando a espacios cuyo significado atañe a un grupo reducido de sujetos (familia, grupo de amigos,...) hasta llegar a espacios con un significado ampliamente reconocido por la mayor parte de sujetos de la comunidad que ocupa el área en la que el lugar en cuestión se inscribe.

Sin embargo, es necesario detenernos brevemente en las implicaciones que conlleva referirse al significado social del espacio por la connotación que adquiere el término «social». Efectivamente, la característica social del significado espacial no se adquiere a través de un proceso aditivo de significaciones individuales sino que atañe a la propia naturaleza del espacio y a las relaciones que se establecen con él, como muy acertadamente señalan Íñiguez y Pol (1993). Por otra parte, el mismo proceso de percepción de significados espaciales es un fenómeno de carácter eminentemente social (Corraliza, 1987). Esta perspectiva, sin duda, enriquece extraordinariamente el tema objeto de esta reflexión por sus implicaciones teóricas, a la vez que obliga a los psicólogos ambientales a explorar nuevas posibilidades en el plano metodológico para vencer el carácter aditivo subyacente a gran parte de las propuestas que, en este ámbito, son de uso común.

Por otro lado, la carga de significados que ostenta un determinado espacio simbólico puede tener, en líneas generales, una doble fuente de referencia. En primer lugar, la carga simbólica puede ser dictada o determinada desde instancias de poder dominantes, de manera que su significado se orienta hacia un referente político-ideológico o institucional. En segundo lugar, el significado simbólico de un determinado espacio puede ser socialmente elaborado por la propia comunidad, siendo el resultado de la construcción social de significados que opera entre los individuos que configuran esta comunidad o que utilizan este espacio o se relacionan con/en él. Esta doble distinción en cuanto a la fuente del origen del significado simbólico ha llevado a Pol a distinguir entre espacios simbólicos "a priori" y "a posteriori" (Pol, 1987). Según este autor, un espacio simbólico puede pasar de una determinación apriorística de su significado a una segunda etapa donde se produce una reelaboración de este significado a nivel social, básicamente a través de los mecanismos de apropiación espacial (Korosec, 1976; Pol, 1994). Si bien la configuración de un espacio con carga simbólica "a priori" viene determinada por las características políticas e ideológicas de las instancias de poder dominantes, la evolución histórica social y espacial, las características y modos de organización y estructuración social de la comunidad y el tipo de relaciones que ésta establece con el espacio son factores determinantes para la configuración de un espacio simbólico "a posteriori". Las características físicas y estructurales del espacio en cuestión serían consideradas como un factor consecuente en el primer caso mientras que pueden resultar, aunque no necesariamente, un factor antecedente en el segundo.

Dentro de esta segunda perspectiva, según la cual no todos los espacios urbanos tienen la misma capacidad de cargarse simbólicamente de significado, y además de la distinción comentada en las líneas precedentes, pueden incluirse aportaciones teóricas de diversa procedencia disciplinar. Desde esta óptica pueden ser contemplada la distinción que realiza Lefebvre entre espacios unifuncionales, multifuncionales y transfuncionales -estos últimos con significado simbólico (Lefebvre, 1970), la consideración del simbolismo espacial como una variable ecológica de Firey (1945) o la relevancia que ciertos entornos pueden tener en la configuración de la identidad espacial del self o *place-identity* (Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983).

Hasta el momento hemos introducido el tema del simbolismo del espacio contemplando dos grandes perspectivas bajo las cuales puede abordarse su estudio. Una primera considera el aspecto simbólico como una característica inherente al espacio o, hablando en propiedad, inherente a la percepción, representación o interpretación que los individuos hacen del espacio. Esta característica simbólica puede tener implicaciones a nivel individual o a nivel social en tanto en cuanto determinados significados son compartidos por un número considerable de sujetos. La segunda considera a los aspectos simbólicos como elementos definidores de determinados espacios los cuales, por el hecho de estar cargados con ciertos significados socialmente compartidos, pueden ser considerados cualitativamente diferentes a otros que no reúnen estas características peculiares.

Estas dos perspectivas, sin embargo, no han de ser consideradas excluyentes. Al contrario, pueden ser integradas y complementadas mutuamente. Así pues, es compatible considerar que todo espacio urbano está dotado de un determinado significado, sea personal o social, y constatar a su vez que determinados espacios urbanos ostentan un valor simbólico mayor que otros por el hecho de que el significado subyacente es más ampliamente reconocido o conlleva una más alta implicación emocional o afectiva para la comunidad de referencia. Por otro lado, también puede establecerse una jerarquía simbólica de los espacios o entornos directamente relacionados con la vida de un determinado individuo, es decir, a nivel personal hay espacios que tienen una mayor relevancia simbólica que otros.

Aunque nuestro posicionamiento inicial se encuentre en la línea de la integración de las dos perspectivas anteriormente expuestas, nos centraremos básicamente en la segunda. Considerando pues que todo espacio está dotado de un significado y que este tiene su base en una construcción socialmente elaborada, centraremos nuestro estudio en aquel tipo de espacios que, por su contenido significativo y simbólico, pueden ser considerados representativos por una determinada comunidad, es decir, pueden ser considerados *espacios simbólicos urbanos*.

Definición y características del espacio simbólico urbano.

En base a este planteamiento, *un espacio simbólico urbano será aquel elemento de una determinada estructura urbana, entendida como una categoría social que identifica a un determinado grupo asociado a este entorno, capaz de simbolizar alguna o algunas de las dimensiones relevantes de esta categoría, y que permite a los individuos que configuran el grupo percibirse como iguales en tanto en cuanto se identifican con este espacio así como diferentes de los otros grupos en base al propio espacio o a las dimensiones categoriales simbolizadas por éste*. Así, determinados espacios pueden tener la propiedad de facilitar procesos de identificación social urbana y pueden llegar a ser símbolos de identidad para el grupo asociado a un determinado entorno urbano.

Para que un espacio simbólico pueda ser considerado como tal es condición necesaria que sea percibido por los individuos del grupo como *prototípico* (en el sentido de Turner, 1987), es decir, paradigmático o representativo de la categoría urbana sobre la cual se fundamenta la identidad social urbana del grupo. De esta manera, y a modo de ejemplo, un espacio será considerado prototípico para un grupo que se identifica como «barrio» si es considerado por los individuos que configuran ese grupo un elemento paradigmático o representativo de su barrio. La prototipicidad de un determinado espacio urbano vendrá determinada principalmente por el conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos que son atribuidos a ese espacio por parte del grupo de individuos que se definen en base a la categoría urbana que el espacio simbólico representa.

En la medida en que estamos refiriéndonos a un elemento espacial, hay que considerar también las características físicas y estructurales que lo determinan y, en este sentido, la "imagen ambiental" (en términos de Lynch, 1960) es un factor a considerar como determinante de esta prototipicidad a la cual hacemos referencia. Así pues, un espacio simbólico urbano ha de contar con unas características físicas/estructurales tales que tengan la capacidad de proporcionar a los sujetos una imagen mental vigorosa, vívidamente identificada y poderosamente estructurada, es decir, ha de tener "imaginabilidad" (Lynch, 1960). Así pues, desde esta perspectiva, un espacio simbólico urbano puede facilitar la estructuración cognitiva del entorno en el cual se inscribe y orientar la acción de los individuos dentro de este entorno. En otras palabras y siguiendo en la línea de este autor, un espacio simbólico urbano puede ser también considerado desde cualquiera de las categorías determinantes para la representación y estructuración del "mapa cognitivo" del área geográfica asociada a la categoría social urbana que el espacio simbólico representa, es decir, puede ser considerado como senda, borde, nodo o mojón.

Si en Lynch (1960) la "imaginabilidad" de un espacio toma una dimensión cognitiva en base a las características físicas y estructurales, la recuperación del término que hace Stokols (1981; Stokols y Shumaker, 1981) cuando habla de "imaginabilidad social" toma una dimensión simbólica en base a los significados subyacentes al espacio. Desde esta óptica, un espacio fundamenta su valor simbólico en el significado o significados que representa para el grupo o comunidad implicados. Estos significados simbólicos pueden ser definidos en función de unas determinadas características. En este punto, recogemos las ideas presentadas en el capítulo 2, de manera que el conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos en relación a un determinado espacio ("campo social percibido" en palabras de estos autores) puede analizarse en función de su:

1. Contenido. Stokols y Shumaker (1981) lo definen como el propio "campo social percibido" o conjunto de significados atribuidos a un espacio. A partir de esta idea, para nosotros un determinado espacio tendrá más alto valor simbólico cuanto más relevante sea el contenido a nivel de significado para el grupo o comunidad implicada. En otras palabras, un espacio será percibido prototípico de una determinada categoría urbana (barrio, según el ejemplo que hemos iniciado) cuando las dimensiones categoriales atribuidas a ese espacio y simbolizadas en él repercutan positivamente en la "saliencia" de la categorización, es decir, cuando a través de ese espacio los individuos de un grupo pueden reforzar la pertenencia o afiliación a este grupo en base a las dimensiones relevantes de la categoría (barrio) representadas por este espacio y reforzar su distintividad frente a otras categorías del mismo nivel de abstracción (otros barrios).

2. Claridad. Para Stokols y Shumaker (op.cit.) cuanto más referido es un determinado significado por los sujetos más claro es éste y más alta será su "imaginabilidad" social. Desde nuestra perspectiva, un determinado espacio podrá ser considerado simbólico no sólo cuantos más sujetos lo consideren como tal sino cuanto más claramente estén definidos los significados asociados a este espacio por parte de estos sujetos. Según esta característica, la prototipicidad de un determinado espacio reforzará la identidad

social de un grupo en base a una determinada categoría urbana (identidad de barrio) en la medida en que la mayor parte de los individuos de este grupo reconozcan como prototípico de la categoría al espacio en cuestión así como las dimensiones categoriales representadas y simbolizadas por éste.

3. Complejidad. Se refiere al número de significados comunes que surgen entre los sujetos que ocupan un lugar en relación a éste (ibid.). No podemos establecer una relación conceptual clara entre aumento de la complejidad (o número de significados compartidos) y mayor relevancia simbólica ya que un determinado espacio puede ostentar un único significado con un contenido claro considerándolo en este sentido espacio simbólico. Lo que parece correcto pensar es que cuanto más complejo es el significado asociado a un espacio más riqueza simbólica tendrá y, por tanto, será de más fácil reconocimiento como tal por los diferentes grupos que se hallan implicados.

4. Heterogeneidad. Con esta característica, Stokols y Shumaker se refieren al número de subgrupos de un determinado entorno que pueden distinguirse en base a los diferentes patrones de significado. En base al planteamiento anterior, el hecho de que determinados subgrupos atribuyan significado simbólico a un espacio puede contribuir al aumento de la riqueza o complejidad y a su mayor reconocimiento como tal espacio simbólico, pero no reforzará una identidad social asociada a una categorización inclusiva de las de los diferentes subgrupos. En este sentido, la heterogeneidad hace referencia al hecho de que diferentes grupos que ocupan un determinado entorno urbano consideren prototípico a un determinado espacio de este entorno pero como resultado de atribuir diferentes dimensiones derivadas de las diferentes categorizaciones de cada grupo. Como para nosotros es más importante el significado atribuido al espacio que el propio espacio, una posible consecuencia de la heterogeneidad del significado será que, dentro de un mismo entorno, los diferentes subgrupos puedan basar su distintividad en función de los diferentes significados atribuidos a un mismo espacio.

5. Distorsiones. Cuanto menos discrepancias haya entre los significados socioculturales atribuidos a un lugar y las prácticas sociales que se desarrollan en él, más sólido será su valor simbólico.

6. Contradicciones. De igual manera sucede entre la naturaleza simbólica del espacio y las preferencias de sus ocupantes. La falta de discrepancias entre el significado actual que se atribuye a un determinado lugar y el significado deseado o esperado por sus ocupantes fortalecerá el valor simbólico de ese espacio.

De esta manera, un espacio simbólico urbano ha de procurar a los sujetos una imagen ambiental nítida, específica i bien estructurada, a la vez que ha de detentar un significado simbólico con un contenido relevante para la comunidad urbana implicada, estar claramente definido, contar con un grado de complejidad o riqueza simbólica tal que permita a los diferentes grupos sociales pertenecientes a esa comunidad percibirse como iguales en base a una determinada categoría social urbana, y donde las distorsiones y contradicciones entre significado simbólico, prácticas sociales actuales y preferidas de los usuarios sean mínimas.

Como ya hemos comentado, para que un espacio simbólico urbano sea considerado como tal por un determinado grupo o comunidad, ha de ser capaz de simbolizar alguna o algunas de las dimensiones más relevantes de la identidad social urbana de ese grupo en tanto que pertenecientes a una determinada categoría social urbana. Así pues, el **contenido**, la **claridad** y la **complejidad** de los significados atribuidos a un espacio simbólico urbano han de estar en relación con los elementos que definen las dimensiones categoriales de la identidad social urbana. Sin embargo, hay que considerar que los propios contenidos de las dimensiones categoriales pueden determinar el significado simbólico atribuido a un espacio. Aparece así una relación de doble direccionalidad, de forma que las dimensiones sobre las cuales se fundamenta la identidad social urbana determinan la atribución de significados a un espacio mientras que, una vez cargado simbólicamente, este espacio representa las dimensiones más relevantes en base a las cuales un grupo o comunidad se identifica como tal y se diferencia de los otros grupos y comunidades a partir del propio espacio o de las dimensiones simbolizadas por éste.

Entendiendo el espacio como una construcción social, consideramos que el conjunto de significados asociados a un espacio simbólico urbano es un producto fruto de la interacción entre los grupos o comunidades que se encuentran implicados y el propio espacio; éste, sin embargo, es un producto siempre inacabado en tanto en cuanto estos significados evolucionan a la vez que va evolucionando el grupo asociado a la categoría urbana que el espacio simbólico representa. La **dimensión social** y la **dimensión temporal** tienen pues un papel fundamental en la determinación del valor simbólico asociado a un lugar determinado. En el primer caso, la composición, la estructura y las dinámicas sociales implícitas de un grupo o comunidad pueden determinar la atribución de significados sociales a un espacio (Hunter, 1987; Rapoport, 1977), mientras que un espacio puede simbolizar el estatus social de un grupo o comunidad asociado a un entorno (Firey, 1947). En el segundo caso, la evolución histórica del propio espacio y la de los grupos o comunidades que históricamente se han relacionado con él aparece como un factor importante en la atribución de significados (Aguilar, 1990) mientras que la relación de continuidad identidad-generación puede encontrar uno de sus pilares en aquellos espacios que simbolizan o representan la "memoria urbana" (Aguilar, 1990) o la tradición del grupo o comunidad, especialmente en aquellos con una orientación temporal "tradicional" o "coordinada" (Stokols y Jacobi, 1984).

Un espacio simbólico urbano representativo de un determinado grupo o comunidad puede ser definido también a través de las prácticas sociales asociadas a este espacio y consideradas características del grupo, es decir, en base a la **dimensión conductual** de la identidad social urbana del grupo o comunidad. A través de la evolución de las prácticas sociales asociadas a un espacio, éste deviene significativo para la comunidad implicada. Al mismo tiempo, los significados atribuidos al espacio determinan y modulan las prácticas sociales que se desarrollan en él o en torno a él. En este caso, las posibles distorsiones provocadas por las discrepancias entre el significado simbólico de un determinado espacio y las prácticas sociales características del grupo o comunidad implicados en él pueden afectar al valor simbólico o a la prototipicidad de este espacio, dificultando los mecanismos de apropiación espacial.

Para Castells (1972), las prácticas sociales se encuentran directamente relacionadas con las determinantes ideológicas de una sociedad. Desde nuestra perspectiva, un espacio simbólico urbano puede fundamentar su significado en base a la **dimensión ideológica** de una identidad social urbana. Los valores ideológicos o políticos que caracterizan a un determinado grupo pueden verse plasmados en determinados espacios a la vez que éstos pueden ser contemplados como el resultado de la traducción idiosincrásica en un determinado grupo de los valores ideológicos o políticos predominantes en una sociedad. Por otro lado, un espacio puede simbolizar el carácter de un grupo, es decir, determinadas atribuciones de tipo psicológico como señala Lalli (1988) o, dicho en propiedad, de tipo psicosocial, así como simbolizar determinados estilos de vida característicos. En este caso, el espacio simbólico remite a una **dimensión psicosocial** propia del grupo asociado a una determinada categoría social urbana.

Tanto la dimensión ideológica como la psicológica o la conductual hacen referencia, de una forma u otra, a la participación y gestión del grupo implicado en la construcción del significado simbólico de un espacio, aspectos éstos que se consolidan en base a la dimensión temporal. Puede darse el caso de que el valor simbólico de un espacio venga previamente determinado por instancias superiores, es decir, que el significado simbólico remita a una categoría de orden superior o de nivel de abstracción más elevado a la categoría en base a la cual se define un determinado grupo. Este fenómeno es especialmente destacable en aquellos casos en que, por ejemplo, se introduce un determinado elemento espacial de carácter monumental con un significado simbólico "a priori" (Pol, 1987). En este caso podría fácilmente aparecer una contradicción entre la naturaleza simbólica atribuida a ese espacio por parte de la categoría superior y la deseada preferentemente por los sujetos de la categoría inferior (hablando de distintos niveles de abstracción categorial). De manera similar y en otro nivel, se puede dar una contradicción entre el significado atribuido por el diseñador de un espacio urbano y las preferencias, a nivel simbólico, de los usuarios. Esta idea es analizada por Rapoport al distinguir entre *símbolos discursivos* o compartidos y *símbolos no discursivos* o idiosincrásicos (Rapoport, 1977). Por último, puede darse una contradicción entre los significados atribuidos por los miembros de una determinada categoría urbana a un espacio simbólico y el significado atribuido a este mismo espacio por parte de individuos o grupos que se integran "ex novo" en esta estructura urbana (van a vivir a un nuevo barrio o a una nueva ciudad).

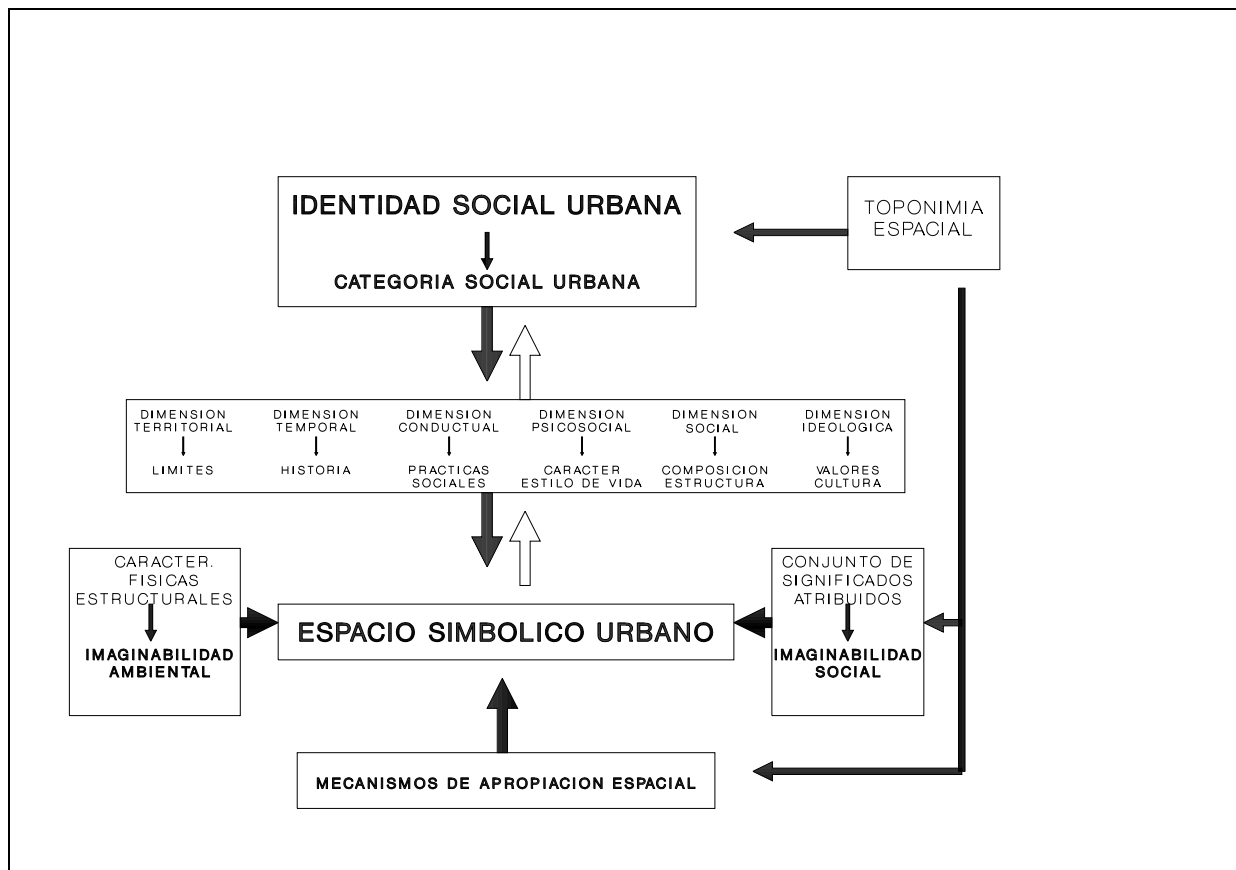
En todos los tres casos planteados, la contradicción resultante puede resolverse a través de los mecanismos de apropiación espacial. Sea en su vertiente de acción-transformación o en la simbólica (Pol, 1994), un espacio simbólico "a priori" puede pasar a ser un espacio simbólico "a posteriori", es decir, un espacio que ha estado re-apropiado a partir de las características de los propios sujetos o, en términos constructoristas, un espacio cuyo significado ha estado de-construido y re-construido socialmente. Igualmente, a través de la apropiación espacial, un sujeto puede llegar a incorporar los significados simbólicos socialmente elaborados de aquellos espacios representativos de la categoría social urbana a la que se incorpora y, de esta manera, captar e integrar los elementos definidores de la identidad social urbana propia del nuevo grupo o comunidad.

En general, podemos afirmar que el mecanismo de apropiación del espacio puede considerarse un proceso fundamental en la configuración de la identidad social urbana en tanto en cuanto, a través de los espacios simbólicos, permite a individuos y grupos establecer una interacción dinámica con el entorno, apropiarse de él y establecer un sentimiento de pertenencia. A su vez, se interiorizan aquellas características simbólicas del espacio que permiten reforzar la identificación con él y la identidad social urbana del grupo. Posibilita pues a los individuos y grupos cargar de significado a un espacio, así como integrarlo como elemento representativo de su identidad social urbana.

Estrechamente ligada a los mecanismos de apropiación espacial se encuentra la **dimensión territorial** asociada a una determinada identidad social urbana. En este sentido, un espacio simbólico ha de estar circunscrito a los aspectos territoriales que definen a una determinada categoría urbana mientras que, por otro lado, este espacio puede basar su significado en esta dimensión, es decir, puede ser considerado como un límite o demarcación territorial de una determinada categoría urbana frente a otra potencialmente amenazante.

Un último aspecto que resulta fundamental tanto para la determinación de la identidad social urbana como para la de los espacios simbólicos urbanos hace referencia a la actividad taxonómica ligada a los procesos de consolidación. Como ya hemos comentado, para organizar nuestro mundo puede resultar relevante establecer categorías, pero igualmente importante es dar nombre a estas categorías (Stryker, 1983); nombrar como acto de conocer, lenguaje como forma de construir la realidad son ideas que están impactando en las recientes formulaciones teóricas en psicología social. Desde nuestra perspectiva, cabe destacar, por ejemplo el papel que Lalli otorga al nombre del pueblo (y, por extensión, barrio o ciudad) en la consolidación de la identidad urbana (Lalli, 1988) o la importancia del nivel clasificatorio (toponímico) para la relación simbólica entre comunidades (Hunter, 1987), frente a otros autores que han definido la toponimia espacial como un conjunto de etiquetas identificativas sin contenido (Downs y Stea, 1977). Asimismo, cabe contemplar la importancia de estos aspectos en los procesos de apropiación espacial (Pol, 1992) o en la recreación de "paisajes lingüísticos".

En definitiva, además de considerar un espacio simbólico urbano como prototípico de una categoría social urbana y, en este sentido, representativo de la identidad social urbana asociada a esta categoría, lo hemos definido en base a su imaginabilidad ambiental (imagen cognitiva) y social (significado socialmente elaborado). Después de analizar las características de este significado (entendido básicamente como una construcción social) hemos podido observar como influyen las dimensiones categoriales que pueden definir la identidad social urbana sobre la construcción del significado y como el espacio, a su vez, puede llegar a simbolizar los propios contenidos de estas mismas dimensiones. Las ideas expuestas hasta el momento pueden quedar resumidas y esquematizadas en el siguiente cuadro.



Relación entre espacio simbólico urbano y identidad social urbana a partir de la propuesta teórica efectuada.

Funciones principales de los espacios simbólicos urbanos.

En base a los planteamientos presentados hasta el momento, podemos considerar que la función principal de un espacio simbólico urbano, en nuestro contexto, es el de facilitar la génesis, consolidación o mantenimiento de la identidad social urbana de un grupo de individuos los cuales se perciben como asociados o pertenecientes a una determinada categoría urbana. En tanto que símbolos de esta identidad, la existencia de espacios simbólicos urbanos contribuye a hacer más "saliente" una determinada categoría urbana, es decir, incrementa el sentido de pertenencia categorial de los individuos asociados a ella. A través de los espacios simbólicos urbanos, los sujetos pueden interiorizar los contenidos de las dimensiones categoriales sobre las que se fundamenta la identidad social urbana y así ésta puede mantenerse a través de las diferentes generaciones de individuos de una comunidad. En este sentido, los mecanismos de apropiación espacial -especialmente a través de la identificación simbólica (Pol, 1992)- permiten esta interiorización de significados sociales vehiculados a través de los espacios simbólicos facilitando, por ejemplo, la integración de nuevos sujetos a determinados entornos y tejidos sociales ya consolidados.

Paralelamente, el espacio simbólico urbano proporciona a los sujetos un sentimiento de unicidad que resulta fundamental para la consolidación de la identidad social urbana, ya que representa alguna o

algunas de las dimensiones categoriales más relevantes. La relación entre el espacio simbólico urbano y los individuos facilita el establecimiento de lazos afectivos o emocionales tanto con el propio espacio como con la categoría urbana que representa, proporcionando evaluaciones positivas para los sujetos. A su vez, facilita un sentimiento de familiaridad con el entorno que puede derivar en un sentimiento de seguridad y control ambiental.

En tanto que es considerado un elemento prototípico de una determinada categoría urbana, es decir, es reconocido por la mayor parte de individuos como representativo de ésta, facilita la interacción entre estos individuos y los de otras categorías urbanas. A través de los espacios simbólicos urbanos otros grupos pueden identificar la categoría urbana que representan y generar atribuciones hacia los sujetos de ésta.

Por otro lado, no podemos olvidar una función de tipo cognitivo fundamental. El espacio simbólico urbano facilita la estructuración cognitiva del entorno asociado a una determinada categoría urbana. En este sentido deviene un elemento relevante para la imagen cognitiva de esta categoría, entendida como mapa cognitivo (Lynch, 1960; Downs y Stea, 1977) o bien como representación social (Milgram, 1984).

De esta forma, la estructura física y el significado simbólico se complementan y determinan mutuamente. La primera es el referente físico del segundo (de manera análoga a la diferencia significante-significado propia de la lingüística), aunque el segundo puede llegar a superar a la primera, es decir, el espacio puede transformarse o incluso desaparecer físicamente pero el significado simbólico puede mantenerse o ser traspasado a otros espacios.

Como ejemplo de esta última afirmación, Stoetzel (1966) cita un interesantísimo trabajo de Halbwachs (1941) en el cual se analiza cómo los lugares sagrados considerados simbólicos para el cristianismo han ido cambiando de ubicación a través de la historia siguiendo leyes de concentración, de parcelamiento o fragmentación y de dualidad, y ello sin detrimento de su valor simbólico. Así por ejemplo, el lugar donde Juan bautizaba en el Jordán ha cambiado de orilla, evitando así una travesía; en Jerusalén, sobre la colina de Sión, se encuentran reunidas las localizaciones del Cenáculo, de la tumba de David, de la casa de Caifás, del Tránsito de la Virgen y otros muchos recuerdos; por otro lado, se mantienen dos casas de Caifás, dos prisiones de Jesús o dos Vías dolorosas. En definitiva, parece ser que el valor simbólico asociado a un lugar es resistente a su desaparición o localización geográfica, sobre todo cuando la función principal consiste en plasmar y fortalecer la memoria colectiva y la identidad de un grupo social.

En este sentido, quisiéramos extender este apartado a otras funciones que, aunque van más allá del ámbito estrictamente urbano (tal y como se ha considerado en este trabajo), implican igualmente a los espacios simbólicos en los procesos de identidad. Así, cabe destacar el papel que juegan determinados espacios en el ámbito de los movimientos sociales. Efectivamente, de igual forma que todo movimiento social necesita algún líder visible que aglutine y represente la manera de pensar y sentir del grupo, frecuentemente estos fenómenos suelen presentar algún tipo de referente espacial, algún espacio que,

convertido en símbolo, recoge los sucesos, valores y significados que caracterizan a un movimiento social. La Bastilla, la Plaza Roja o, más recientemente, la Plaza de Tianannmen son algunos ejemplos de cómo determinados lugares se cargan simbólicamente del significado que caracteriza a un movimiento social. Por último, no hay que olvidar que determinados espacios pueden ser también símbolos del poder político o ideológico imperante en una sociedad determinada y en un momento determinado. Generalmente podemos asociar este tipo de espacios simbólicos a aquellos considerados desde un punto de vista monumental. Murallas, arcos de triunfo, estatuas o edificios donde se ubica dicho poder serían ejemplos en este sentido, aunque actualmente el poder político e ideológico se plasma cada vez más en el tratamiento artístico-monumental del espacio público urbano más cotidiano que impregna ya numerosas áreas y rincones de nuestras ciudades.

CAPÍTULO 4. ESTUDIO DE UN BARRIO: EL CASO DEL POBLENOU.

1. Introducción y objetivos
2. Hipótesis de trabajo
3. Delimitación del área de estudio: el barrio del Poblenou
4. Aspectos metodológicos
 - Planteamiento de la propuesta metodológica adoptada*
 - Aproximación socio-histórica*
 - Aproximación cuantitativa*
 - Aproximación cualitativa*
5. Identidad social urbana en el barrio del Poblenou
 - Evolución socio-histórica del Poblenou*
 - Aspectos toponímicos*
 - Delimitación geográfica y dimensión territorial*
 - Dimensiones social, ideológica y psicosocial*
 - El proceso de génesis de identidad social urbana en el Poblenou*
6. Espacios simbólicos urbanos en el Poblenou
 - La Rambla del Poblenou*
 - La Villa Olímpica*
 - La Playa de la Marbella*
 - Espacios tradicionales del Poblenou*
 - Espacios orientados hacia el futuro*
 - Otros espacios*
 - Homogeneidad de los espacios simbólicos urbanos del Poblenou a través de las variables de sujeto*
7. Conclusiones

1. INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS

Una vez establecidos los principales argumentos teóricos que, desde nuestra perspectiva, pueden acotar y definir los conceptos de identidad social urbana y de espacio simbólico urbano, abordamos un nuevo capítulo en el que se plantea una investigación de campo que pretende ofrecer un modelo acerca de cómo abordar metodológicamente un tema como el que nos ocupa. El estudio, centrado en el barrio del Poblenou de la ciudad de Barcelona, tiene como principal objetivo buscar un cuerpo de evidencia empírica suficiente que permita efectuar una contrastación de los argumentos expuestos a nivel teórico. Así pues, los objetivos específicos de la investigación se dirigen en una doble línea:

- a) identificar aquellos elementos o dimensiones que pueden contribuir a la configuración de identidad social urbana.
- b) identificar cuáles son los espacios simbólicos urbanos que se pueden detectar en el ámbito escogido, analizar el significado simbólico que los determina así como las funciones que cumplen en el contexto de la investigación.

Para tal motivo formulamos un conjunto de hipótesis de trabajo así como una propuesta metodológica consistente en realizar tres aproximaciones diferentes a la realidad social y urbana del Poblenou, concretándose en tres tipos de análisis que hemos denominado socio-histórico, cuantitativo y cualitativo.

2. HIPÓTESIS DE TRABAJO.

Al empezar la investigación, es necesario presentar las principales hipótesis de trabajo que han guiado el estudio y que se derivan del desarrollo teórico expuesto en el capítulo anterior. Las cinco hipótesis que presentamos han de ser consideradas como cuestiones o planteamientos iniciales de investigación y no en el sentido experimental del término.

1. El concepto de barrio resulta útil para analizar la identidad social de sus habitantes. En este sentido, el barrio del Poblenou puede ser considerado como una categoría social urbana, es decir, existe un sentimiento de pertenencia que facilita la génesis de una identidad social urbana en base a la categoría «barrio del Poblenou» siendo ésta relevante para la configuración de la identidad social de sus habitantes.
2. Si esta primera premisa es cierta, entonces seremos capaces de detectar los contenidos que se hallan en la base de tal identidad. Existirán pues determinadas características que los habitantes de Poblenou consideren propias y relevantes y que marquen una diferencia con respecto al resto de barrios de Barcelona.

3. Estas características podrán ser consideradas bajo alguna o algunas de las dimensiones que, a nivel teórico, determinan la pertenencia a una determinada categoría social urbana, pudiéndose detectar peculiaridades en base las dimensiones territorial, psicosocial, temporal, conductual, social o ideológica.

4. Si esto es cierto, una mayor cohesión de las respuestas de los habitantes del Poblenou respecto a algunas de estas dimensiones indicará una mayor consolidación de la identidad social urbana asociada a la categoría «barrio del Poblenou».

5. En la medida en que podamos detectar un tal identidad respecto al barrio, podremos detectar también determinados lugares considerados espacios simbólicos urbanos de esta categoría social. Así pues:

a) Podremos identificar espacios o lugares prototípicos o representativos del barrio para la mayor parte de sus habitantes.

b) Este significado remitirá a alguna o algunas de las dimensiones relevantes de la identidad social urbana del Poblenou.

c) Asimismo, tales espacios podrán ser analizados en función de su imaginabilidad, tanto ambiental como social, de su relevancia en la estructuración cognitiva del barrio así como remitir a procesos de apropiación espacial tanto conductual como simbólica.

3. DELIMITACIÓN DEL ÁREA DE ESTUDIO: EL BARRIO DEL POBLENOU.

El Poblenou (Pueblo Nuevo) se encuentra situado en el extremo noroeste de la ciudad de Barcelona, dentro del distrito municipal de Sant Martí de Provençals. Administrativamente hablando, tiene como límites la franja litoral y los barrios del Besós, el Clot y Fort Pius (ver FIGURA 3). Este barrio, nacido alrededor de 1850, situado al lado del mar y muy cerca del centro de Barcelona, fue conocido durante décadas como el "Manchester Catalán" ya que en él se concentraban gran número de fábricas, industrias y almacenes. Recientemente está siendo sometido a una profunda remodelación urbanística, destacando la gran zona residencial construida con motivo de los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992 y conocida con el nombre de Villa Olímpica. La TABLA 1, recoge los datos estadísticos que describen el barrio.

Población total	46.832	
Grupos de edad	Niños (0 - 14)	6.746 (14,4%)
	Jóvenes (15 - 24)	6.877 (14,7%)
	Adultos (25 - 64)	24.402 (52,0%)

	Ancianos (> 65)	8.807 (18,9%)
Lugar nacimiento	Barcelona ciudad	29.023 (62,0%)
	Resto Cataluña	3.496 (7,5%)
	Otros lugares	14.313 (30,5%)
Nivel estudios (Clasificada a partir de 16 años)	No sabe leer	211 (0,6%)
	Primaria incompleta	9.147 (23,2%)
	Primaria completa	13.390 (34,0%)
	Bachillerato elem.	5.430 (13,7%)
	Formación Profes.	3.652 (9,3%)
	Bachillerato sup.	3.629 (9,2%)
	Título grado medio	1.420 (3,6%)
	Título superior	974 (2,5%)
	No consta	1.545 (3,9%)
Sexo	Hombres	22.286 (47,6%)
	Mujeres	24.546 (52,4%)

TABLA 1. Datos estadísticos del barrio del Poblenou según Padrón Municipal de 1991.

FIGURA 2. El barrio del Poblenou.

4. ASPECTOS METODOLÓGICOS.

Planteamiento de la propuesta metodológica adoptada.

La propuesta metodológica utilizada en esta investigación parte del reconocimiento explícito de la complejidad del objeto de estudio, el espacio simbólico urbano, en tanto en cuanto lo entendemos como un fenómeno social. Esta complejidad, mostrada ya a nivel teórico en los capítulos anteriores, conlleva la consideración de que, para abordar los objetivos de este trabajo, será oportuno abordar metodológicamente la investigación de campo a partir de tres aproximaciones o perspectivas de análisis que aporten diferentes tipos de informaciones sobre la misma realidad social: una primera socio-histórica, una cuantitativa y una tercera cualitativa.

Ya que entendemos que el estudio de un fenómeno como el simbolismo del espacio urbano tiene, en primer lugar, una génesis socio-histórica, es a su vez un producto socialmente elaborado y está inmerso en un contexto social específico, es necesario conjuntar diferentes perspectivas en cuanto a las técnicas de recogida y análisis de datos, y utilizarlas de manera que permitan aprovechar el tipo de información que ofrecen, extrayendo resultados y conclusiones ajustadas a su propio potencial explicativo. Por otra parte, consideraremos cada análisis como una fase de la investigación de manera que las aportaciones de cada una de ellas nos permitan obtener elementos para poder plantear de manera correcta la fase

siguiente. Así pues, en un primer momento, se trabajará linealmente por aproximaciones sucesivas, recogiendo y analizando los diferentes tipos de datos en función de las diferentes perspectivas de análisis, y una vez recogida y analizada toda la información se triangulará para llegar a una interpretación de los datos plausible y ajustada a los propósitos de la investigación. Esta linealidad y posterior triangulación forman la base del modelo metodológico presentado en este trabajo, modelo que queda reflejado en el cuadro esquemático de la FIGURA 3.

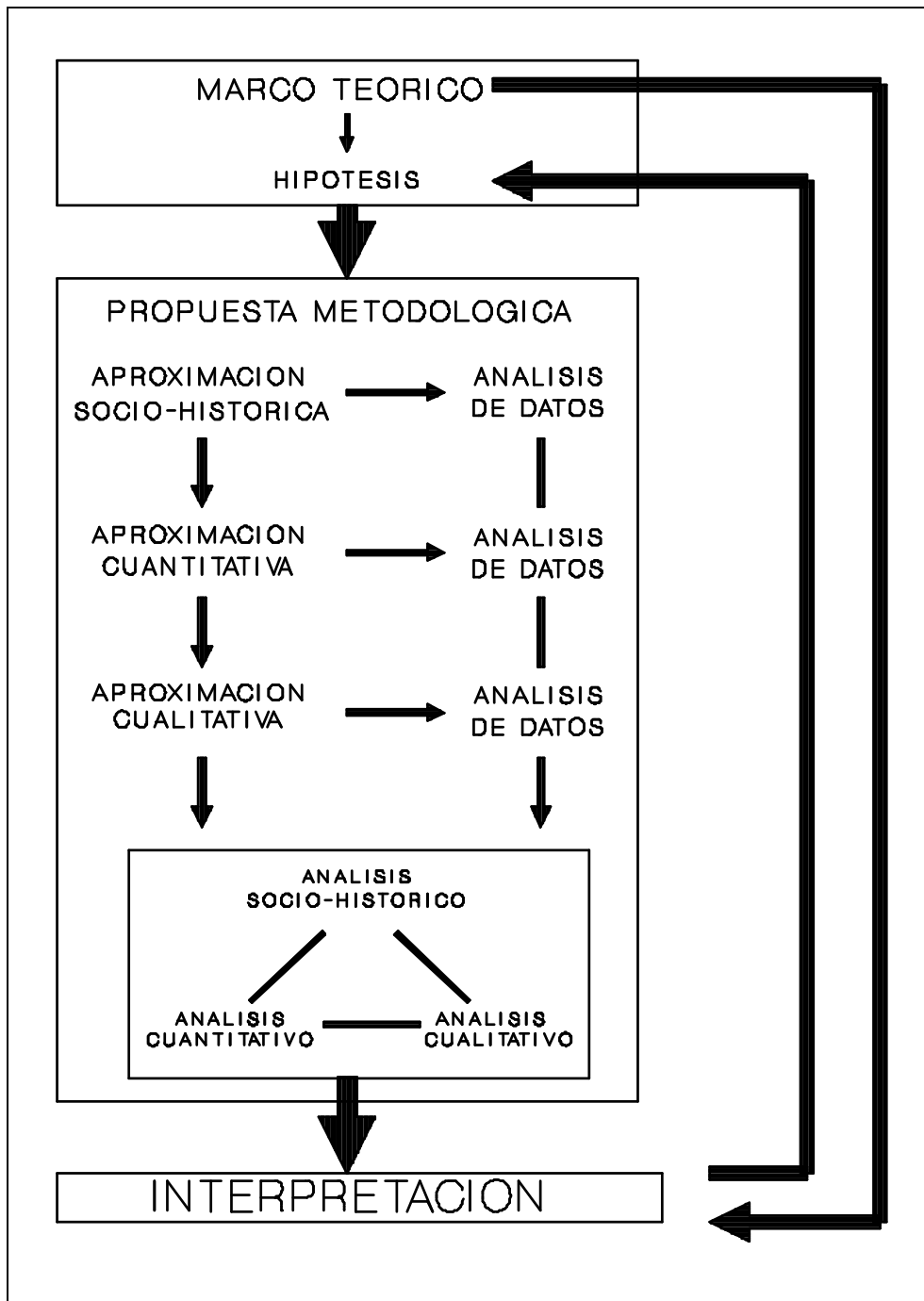


FIGURA 3. Esquema general de la propuesta metodológica adoptada en la investigación

Aproximación socio-histórica.

La incorporación de este tipo de análisis es el fruto de un interés por aproximarnos a la realidad desde una perspectiva que nos situaría, de alguna manera, en una tradición más próxima a la historia o a la sociología (Bertaux, 1981; Ferrarotti, 1991; Beltran, 1992). En este sentido se apunta también hacia una recuperación de la perspectiva histórica en la psicología (Vigotsky, 1960; Gergen, 1985), y también en psicología ambiental en la línea reciente del análisis de la perspectiva temporal de los grupos (Stokols, 1990; Stokols & Jacobi, 1984) o de la memoria urbana (Aguilar, 1990).

De lo que se trata básicamente es de integrar los elementos socio-históricos en un marco interpretativo que aporte una perspectiva temporal bajo la cual puede ser analizada una determinada categoría social urbana. En el caso de los espacios simbólicos urbanos, lo primero que hay que reconocer es que no pueden ser analizados desde una perspectiva a-temporal, ya que buena parte de su significado vendrá determinado por las relaciones que se establezcan entre éstos y el contexto o contextos sociales con los que han estado implicados a lo largo de su evolución histórica. En este sentido la dimensión temporal de la identidad social urbana de un grupo o comunidad estará simbolizada en determinados espacios.

En el caso del Poblenou, este análisis nos introduce en la realidad social del barrio y en la su producción simbólica en un doble sentido. Por una lado, analizar las características sociales básicas que han marcado el desarrollo de la zona nos permite ver como ésta ha ido configurando el desarrollo espacial. Por otro lado, constatar como esta evolución se va plasmando en un conjunto de espacios que, por ello, quedan ligados a la historia del barrio, nos permite analizarlos como una producción social fruto de esta evolución socio-espacial.

Descripción de las técnicas empleadas: análisis de información bibliográfica y documental.

Para recoger la información necesaria en esta fase se ha efectuado una búsqueda documental sobre el municipio de Sant Martí de Provençals y, concretamente, sobre el área correspondiente al actual Poblenou. Así se han consultado obras básicas referidas a la historia del barrio, estudios toponímicos así como análisis de planos y mapas de la historia de Barcelona con un triple objetivo:

- a) recoger los elementos esenciales para realizar un análisis del Poblenou centrado en aspectos socio-ambientales, enfatizando las manifestaciones de identidad de los habitantes de la zona.
- b) identificar aquellos espacios que han contribuido de manera especial al desarrollo urbano y social del barrio y que hayan podido tener alguna relevancia a nivel simbólico.
- c) analizar la toponimia de estos espacios a través de su evolución histórica y social teniendo en cuenta que muchos de los nombres primitivos, a menudo frutos de la actividad taxonómica de los habitantes de la zona, todavía hoy se conservan en la memoria popular.

Por otro lado, a parte de la bibliografía referida al final del trabajo correspondiente a este análisis, se buscó información en las siguientes fuentes documentales:

- Arxiu Històric Municipal de Sant Martí de Provençals.
- Arxiu Històric de Barcelona.
- Arxiu Històric del Poble Nou.
- Secció Topogràfica de l'Arxiu Històric de Barcelona.
- Secció Topogràfica de L'Ajuntament de Barcelona: Planol de la Ciutat.
- Biblioteca de Catalunya.
- Arxiu Històric Fotogràfic del Poble Nou (Can Felipa).

El análisis de los datos obtenidos se ha estructurado a partir de una técnica de análisis de contenido, elaborándose un análisis socio-histórico de la zona donde se combinan elementos sociales, urbanísticos y ambientales que permiten, por un lado elaborar un discurso analítico y, por otro, aportar elementos para desarrollar las otras técnicas de recogida y análisis que se pretende llevar a cabo.

Aproximación cuantitativa.

En el contexto de nuestro trabajo, hemos optado por designar como aproximación cuantitativa a aquella fase de la investigación que utiliza un instrumento estandarizado de recogida de información y unas técnicas estadísticas de análisis de los datos obtenidos.

La utilización de una técnica de recogida de información como la encuesta posibilita un tratamiento estadístico de datos de una muestra considerable de la población referidos a cuáles son los espacios más característicos del barrio, cuáles son susceptibles de ser definidos como espacios simbólicos urbanos así como otras variables que pueden considerarse indicadores de identidad social relacionada con el espacio. Por otro lado, la incorporación de variables de sujeto nos proporciona información interesante para la detección de posibles diferencias en función de determinadas características de la población.

Descripción de las técnicas empleadas: encuesta telefónica y análisis estadístico.

De los diversos tipos de encuesta utilizados frecuentemente en investigación social, hemos escogido la encuesta telefónica que, en el ámbito de nuestra investigación ha sido utilizada, por ejemplo, por Lalli (1988) a la hora de validar su "Escala de Identidad Urbana". Esta elección, sin embargo, responde a diversas razones que tienen que ver con el procedimiento metodológico general en el que se enmarca

este tipo de análisis. En primer lugar, es una técnica rápida y ágil de recogida de información, siendo un instrumento que permite su pasación a un número de muestra considerable, con una inversión de tiempo relativamente corta. Otra razón obedece al tipo de información que nos interesa recoger y al momento del proceso metodológico donde se inscribe la técnica: por una parte interesa detectar elementos de información sin profundizar necesariamente en el porqué de las elecciones de los sujetos encuestados, buscando respuestas rápidas y concisas. Por último, efectuando un muestreo adecuado, podremos obtener información sobre datos referentes a una muestra representativa de la composición social del Poblenu.

En cuanto al tipo de ítemes utilizados, hemos optado mayoritariamente por confeccionar ítemes de respuesta abierta, y esto por dos motivos fundamentalmente:

a) acotar apriorísticamente unos lugares determinados para testarlos posteriormente en la encuesta circunscribe excesivamente la capacidad libre de elección de la respuesta que potencialmente puede ofrecer el sujeto entrevistado. Lo que buscamos en esta fase es la libre manifestación del sujeto y no tanto testar hipótesis específicas de lugares acotados apriorísticamente por parte del investigador.

b) uno de los objetivos que se encuentran detrás de este análisis es el de recoger, en la medida de lo posible, la riqueza toponímica de la zona, es decir, ver hasta que punto se conservan aquellos topónimos que han contribuido a configurar el "mapa simbólico" del Poblenu y, en cualquier caso, poder tener elementos para analizar su evolución. Esta riqueza toponímica se perdería totalmente si, por ejemplo en un tipo de ítemes de opción múltiple de respuesta, determinamos apriorísticamente una denominación concreta para cada lugar que pretendemos estudiar.

Sin embargo, no siempre se han empleado ítemes de respuesta abierta. En el caso de los límites del barrio, se han escogido ítemes con tres opciones de respuesta (si/no/ns) mientras que para las variables de sujeto se utilizaron conjuntamente variables cualitativas nominales y cuantitativas discretas. En definitiva, la encuesta consta de un total de 46 variables que se describen en la TABLA 2 que a continuación se presenta:

VARIABLE	DESCRIPCIÓN	TIPO ³	VALORES
ZONA	Zona de estudio	cual. nominal	1 2 3 4
N ¹	Nombre barrio	cual. nominal	directa
D ¹	Diferencias	cual. nominal	directa
FR ¹	Frecuenta más	cual. nominal	directa
L ²	Característico	cual. nominal	directa
P ¹	Repr. pasado	cual. nominal	directa
F ¹	Repr. futuro	cual. nominal	directa

Li1	Límite c/Llull	cual. nominal	0 1 2
Li2	Límite c/Pere IV	cual. nominal	0 1 2
Li3	Límite c/Taulat	cual. nominal	0 1 2
Li4	Límite Gran Via	cual. nominal	0 1 2
Li5	Límite la playa/el mar	cual. nominal	0 1 2
Li6	Límite Rambla Poblenou	cual. nominal	0 1 2
Li7	Límite c/Bac de Roda	cual. nominal	0 1 2
Li8	Límite Cementerio PN	cual. nominal	0 1 2
Li9	Límite c/Josep Pla	cual. nominal	0 1 2
Li10	Límite Villa Olímpica	cual. nominal	0 1 2
Li11	Límite Rambla Prim	cual. nominal	0 1 2
Li12	Límite c/Carles I	cual. nominal	0 1 2
Li13	Límite c/Alfons Magnànim	cual. nominal	0 1 2
Li14	Límite Parc Ciutadella	cual. nominal	0 1 2
Li15	Límite Pza. Glòries	cual. nominal	0 1 2
AÑOS	Edad del sujeto	cuant.discreta	directa
RESID.	Años residencia barrio	cuant.discreta	directa
TRABAJO	Trab/Estud. en el barrio	cual. nominal	0 1 2
ESTUDIOS	Nivel estudios	cual. ordinal	de 0 a 6
PROFES.	Profesión actual	cual. nominal	de 0 a 8
ASOC.	Nivel asociativo	cual. nominal	0 1 2
CUAL	Qué asociación	respuesta abierta	directa
CALLE	Calle donde vive	respuesta abierta	directa
SEXO	Sexo sujeto	cual. nominal	1 2
HORARIO	Franja horaria llamada	cual. ordinal	1 2 3 4

TABLA 2. Relación de variables utilizadas en el cuestionario.

¹ Existen tres variables agrupadas bajo el mismo nombre ya que se permitían hasta tres respuestas diferentes para cada sujeto.

² En este caso se permitían hasta un máximo de cinco respuestas distintas para cada sujeto.

³ Las variables que toman valores directos son categorizadas posteriormente, tratándose así como variables cualitativas nominales a efectos de análisis.

En total, la duración de la pasación oscilaba entre 5 y 10 minutos por cada encuesta, dividiéndose el tiempo de pasación en cuatro franjas horarias: de 10 a 13h., de 13 a 16h., de 16 a 19h. y de 19 a 21h.,

repartiéndose la muestra equilibradamente para cada franja horaria con el objeto de cubrir al máximo el espectro social de la población a analizar.

Muestreo

Considerando como población universo el conjunto de personas que viven en el barrio del Poblenou, según la delimitación proporcionada por los planos de l'Ajuntament de Barcelona, se ha procedido a efectuar un muestreo aleatorio estratificado, tomando como variable estratificadora las zonas de estudio que se han formado al dividir el barrio. Esta división en zonas ha seguido los criterios de calificación del suelo y tipología de vivienda que consta en el Plano de Zonas del Término Municipal de Barcelona (1969) y en la sección correspondiente del Plano General Metropolitano (1976) así como la delimitación de áreas estadísticas utilizada por l'Ajuntament de Barcelona delimitándose cuatro zonas características (ver FIGURA 4). La ZONA 1, denominada «POBLENOU CENTRO» corresponde al “casco antiguo” y ocupa el área central del Poblenou teniendo como ejes la Rambla y la calle Marià Aguiló. La ZONA 2, denominada «POBLENOU ESTE» se encuentra a la derecha del casco antiguo teniendo como límites la calle Pere IV, la calle Josep Pla y el mar. La ZONA 3 o «POBLENOU NORTE» cruza longitudinalmente el barrio por su parte superior, entre las calles Pere IV y Gran Via. Por último, la ZONA 4, denominada «POBLENOU OESTE» se sitúa a la izquierda del casco antiguo hasta el límite territorial, el mar y la ZONA 3.

Debido a la gran cantidad de industrias, almacenes y talleres que existe en el barrio, se procedió a seleccionar un determinado número de calles donde se concentrase el máximo número de viviendas posible la selección de las cuales se encuentra también en la FIGURA 4.

La extracción final de los números de teléfono se realizó a través del listado de la Compañía Telefónica, buscando previamente las calles seleccionadas para cada zona. El método de extracción consistía en obtener previamente y a través de tablas de números aleatorios series de dos dígitos para cada zona y localizar los números de teléfono que acabasen en estas cifras, siguiendo el proceso hasta completar el total de la muestra prefijado para cada zona. En total la muestra final fue de N= 405 encuestas válidas, siendo el número de cuestionarios por zona los que se muestran a continuación:

ZONA 1 (POBLENOU CENTRO)	N= 100
ZONA 2 (POBLENOU ESTE)	N= 104
ZONA 3 (POBLENOU NORTE)	N= 100
ZONA 4 (POBLENOU OESTE)	N= 101
TOTAL	N= 405

FIGURA 4. Delimitación de las zonas de estudio utilizadas para el muestreo y de las calles seleccionadas en cada zona.

Análisis estadístico

El análisis de resultados se ha efectuado mediante el programa estadístico SPSS/PC+ (versión 4.0.). En general, el tratamiento estadístico se ha basado en el análisis de porcentajes de incidencia obtenidos para las diferentes categorías de respuesta de cada ítem, así como la aplicación de pruebas de chi-cuadrado, análisis de la variancia y pruebas no paramétricas. En cuanto al tratamiento estadístico gráfico, cabe añadir que se presentan los datos obtenidos de las categorizaciones efectuadas a posteriori a partir de las respuestas directas al cuestionario. Los criterios para efectuar tales categorizaciones se encuentran explicados en los apartados correspondientes a los análisis de cada ítem. En base a estas consideraciones, a continuación se muestran los valores técnicos de identificación muestral:

N= 405 (considerando tamaño total de las zonas 1,2,3,4):

NC. 95% $p=q= 0,5$ (máxima indeterminación)

$\pm e: \pm 0,0486932$

N= 305 (considerando el tamaño de las zonas 1,2,4):

NC. 95% $p=q= 0,5$ (máxima indeterminación)

$\pm e: \pm 0,056112$

N= 100 (considerando el tamaño estándar de una zona cualquiera):

NC. 95% $p=q= 0,5$ (máxima indeterminación)

$\pm e: \pm 0,098$

Aproximación cualitativa.

Desde nuestra perspectiva, el hecho de que un número estadísticamente considerable de sujetos considere significativo un determinado espacio es condición necesaria pero no suficiente para definirlo como espacio simbólico urbano con un significado socialmente elaborado y compartido ya que, precisamente, falta información sobre cuál es este significado y sobre qué contenidos socialmente compartidos se articula. Aunque la aproximación socio-histórica aporta elementos en este sentido, es necesario completar este punto esencial con información proporcionada por los propios habitantes del Poblenou, los cuales están imbuidos de los contenidos socialmente adquiridos a través de la tradición histórica del grupo social al que pertenecen pero también, y igualmente importante, a través de esta propia interacción simbólica, los individuos están constantemente re-construyendo la realidad social que los envuelve, y el espacio urbano como elemento simbólico no escapa de esta dinámica constructora.

Es necesario pues aproximarse desde esta perspectiva a la realidad simbólica y, ya que en este punto estamos poniendo especial énfasis en la interacción social como elemento fundamental en la construcción de significados simbólicos, parece consecuente que las técnicas a utilizar en este caso respondan a un enfoque cualitativo. Entre ellas, por su amplia utilización y posibilidades de análisis, por los grupos de discusión y el análisis de contenido.

Descripción de las técnicas empleadas: grupos de discusión y análisis de contenido.

Para determinar los grupos a los que se aplicaría la técnica de recogida de información, se establecieron contactos con asociaciones y entidades de la zona susceptibles de poder proporcionar un número suficiente de sujetos entre sus asociados. El número mínimo de sujetos para cada grupo se fijó en cinco, obteniéndose grupos cuyo número de participantes oscilaba entre 5 y 9 sujetos escogidos por la propia entidad. Finalmente se formaron 6 grupos de discusión implicando a 7 entidades del barrio:

- AAVV. del Taulat - Casino L'Aliança del Poblenou

- AAVV. Diagonal Mar
- Centre Moral i Cultural
- Club Esportiu Monopol
- AAVV. del Poblenou
- Ateneu Colon

Las discusiones se realizaron en las sedes de estas entidades. La duración de las sesiones tuvo una media de 60 minutos, grabándose cada una para proceder a los análisis pertinentes posteriormente. En las sesiones estaban presentes, además de los sujetos, este autor que tenía como misión formular las cuestiones a discutir y moderar las intervenciones a lo largo del desarrollo de las sesiones. También estaba presente un colaborador seleccionado previamente que tenía como funciones principales el hacer una primera recogida estructurada de la información mientras se desarrollaba la sesión así como ejercer un control paralelo sobre la sesión y sobre la actividad del moderador.

Las cuestiones sobre las que se centraron las discusiones tenían como punto de partida algunas de las preguntas más relevantes que se habían formulado en la encuesta telefónica. De esta manera, se presentaban cinco preguntas generales a los sujetos, en el mismo orden que mostramos a continuación:

- 1) ¿Cuál es el nombre de su barrio?
- 2) ¿Cuáles son los espacios más característicos, más definidores, que representan mejor a su barrio?
- 3) ¿Cuáles son los lugares más representativos del pasado del barrio?
- 4) ¿Cuáles son los lugares más representativos del futuro del barrio?
- 5) Según su opinión, qué es lo que hace diferente su barrio de los otros barrios de Barcelona?

Una vez recogida toda la información de los grupos de discusión, se aplicó un análisis de contenido de cada sesión. Este análisis era efectuado de forma independiente por tres jueces: el director de las sesiones, el colaborador que había estado presente en ellas y una tercera persona que no había participado en la discusión. Una vez efectuados estos análisis, se buscaron los acuerdos entre jueces llegando a un único análisis estructural de cada grupo de discusión. En base a este producto estructurado se abordó la interpretación conjunta de las 6 sesiones.

Posteriormente, y tras la oportuna transcripción, se completó el análisis de contenido con técnicas complementarias. El procedimiento de tratamiento estadístico de los datos se planeó en base al procedimiento de Análisi de Contenido Contextual propuesto por McTavish y Pirro (1990) y Hallebone (1992). Tal procedimiento se fundamenta en la conversión de cada una de las frecuencias observadas de

una escala nominal en una puntuación estandarizada a partir de su transformación mediante el modelo de la ley binomial. Concretamente, la estrategia de análisis mencionada se conecta con la posibilidad de efectuar un análisis del contenido de un texto a partir de la delimitación del elemento que se somete a recuento, ya sea una palabra concreta, un tipo de frase o cualquier estructura. La frecuencia de aparición de cada criterio se transforma mediante la siguiente expresión:

$$E_{ik} = (P_{ik} - P_i) / S_i$$

siendo E_{ik} el valor estandarizado resultante, denominado por los autores mencionados como E_{score} , siendo pues la puntuación de una determinada categoría (i) en un texto (k). P_{ik} es la proporción observada de la categoría (i) en el texto (k); P_i se define como la probabilidad esperada de la categoría (i) y S_i representa la desviación estándar esperada de la misma categoría. En este caso, las opciones esperadas para el valor de P y S se estimaron a partir de la aplicación del modelo de la distribución binomial, toda vez que se asumió la independencia de las respuestas (definiéndolas como dicotómicas) y determinando que $p = q = 0.5$; es decir, estableciendo como punto de partida la equiprobabilidad "a priori" de las categorías.

En cada uno de los cinco grupos de discusión se evaluó la presencia de tópicos en las respuestas abiertas de los sujetos que los integraron, de modo que se obtuvo una tabla de frecuencias para cada una de las preguntas planteadas, las cuales fueron transformadas a partir de la expresión anterior, utilizándose las puntuaciones estandarizadas como criterio de contrastación entre las respuestas de los cinco grupos de discusión. Ya que la escala de referencia, mediante este procedimiento, es única para los diferentes análisis, se facilita una presentación gráfica de los mencionados resultados. En cada una de las figuras que se desprenden de este análisis aparece la puntuación estandarizada de cada categoría que aparece en el texto según el grupo de evaluación tratado. Igualmente se ha incorporado en cada una de las representaciones gráficas el valor correspondiente a la media estandarizada de forma que, a simple vista, es fácil evaluar aquellas respuestas que superan un valor esperado de ocurrencia o aquellas que se sitúan por debajo de ese criterio.

CAPÍTULO 5. COMENTARIOS FINALES

Ya en la recta final del libro quisiera tan solo realizar algunos comentarios breves para el lector que haya tenido la paciencia de haber llegado hasta aquí -cosa que, dicho sea de paso, le agradezco muy sinceramente.

Si recordamos alguno de los rasgos que definen a la Psicología Ambiental, tal y como recogía el primer capítulo del libro, observaremos que ésta se caracteriza tanto por un enfoque multidisciplinar como por una pluralidad teórica y metodológica en el abordaje de los tópicos que le son propios. El estudio del significado simbólico del espacio urbano, como se ha tratado en estas páginas, responde claramente a estas características: pluralismo disciplinar, pluralismo teórico y pluralismo metodológico. Sin embargo, sería un error considerar estos pluralismos como un requisito sin más para cualquier investigación en el campo psicoambiental. Su auténtico valor toma cuerpo cuando la pluralidad conlleva, de manera concluyente, una complementariedad que proporcione una perspectiva lo más amplia posible del fenómeno a estudiar.

Así, en nuestro caso, la referencia a las teorías de la identidad social, las aportaciones del interaccionismo simbólico, del sociocognitivism europeo y del construccionismo social -con importantes puntos de anclaje comunes y de complementariedad como recientemente ha destacado Alvaro (1995)-, así como aquellas provenientes de ámbitos disciplinares como la sociología, la antropología, el urbanismo, la geografía y, especialmente, la psicología social y ambiental, han proporcionado las bases teóricas y conceptuales sobre las cuales analizar el simbolismo del espacio en el marco de los procesos de identidad social urbana de grupos o comunidades asociadas a un entorno urbano concreto.

Por otra parte, seguramente el lector habrá podido deducir que, tanto por el énfasis en la consideración del significado simbólico del espacio como un producto fruto de una construcción social como por el papel central otorgado a los aspectos temporales, nuestro análisis se enmarca primordialmente en una perspectiva transaccional. Siguiendo a Altman (1990), esta perspectiva asume que fenómenos como los aquí estudiados "se componen inseparablemente de entornos físicos y sociales, cualidades temporales y procesos psicológicos" (op.cit., p. 247). Por otro lado, el propio autor reconoce la imposibilidad de analizar un fenómeno de estas características a través de un único método de estudio con la pretensión de que aporte una omnicomprensividad de los efectos detectados. De acuerdo con estos argumentos, la investigación que se ha presentado intenta recoger esta pluralidad metodológica optando por tres aproximaciones que, aunque de naturaleza claramente distinta, han aportado datos extraordinariamente ricos y complementarios entre sí. Sin embargo, hay que reconocer que estas conclusiones en el orden

metodológico vienen avaladas por el hecho de haber escogido un ámbito de estudio, el barrio del Poblenou, cuyas características a priori permitían hipotetizar, con un margen de error relativamente reducido, que los fenómenos que se intentaban analizar se iban a presentar de manera clara ante nuestros ojos. Hay pues que considerar esta investigación en su carácter exploratorio y esperar que nuevas investigaciones muestren si esta propuesta metodológica basada en la triangulación de múltiples técnicas de recogida y análisis de información resulta también sensible al aplicarse a ámbitos social y/o urbanísticamente menos consolidados o en proceso de consolidación. Asimismo, dentro de este contexto resulta una cuestión ineludible el planteamiento de estudios de carácter longitudinal resultando sumamente atrayente el empleo de otras técnicas más novedosas como, por ejemplo, el Análisis de Eventos Históricos (Hannan, 1989; Blossfeld y Hamerle, 1992).

Comentario especial requiere, a mi entender, el tema de la identidad social en relación con el entorno ya que, si bien empezó con un papel secundario en los orígenes del trabajo que ha servido de base para este libro, pronto adquirió visos de centralidad incardinándose, de manera natural, en el marco para el estudio del significado simbólico del espacio.

Aunque los procesos de identificación social en relación con el entorno distan mucho de quedar totalmente comprendidos, la aportación de este trabajo pretende aproximarse al concepto de identidad social urbana como punto de conexión entre la psicología social y la psicología ambiental, nexo por otra parte necesario para una concepción global del entorno y para comprender los procesos sociales que tienen lugar en nuestras ciudades, fruto de los cuales es la creciente preocupación por el estudio del fenómeno urbano que se está produciendo actualmente. En este sentido, las teorías de la identidad social resultan un punto de partida fundamental a partir del cual interpretar y contextualizar las diversas aportaciones de antropólogos, sociólogos y psicólogos ambientales, así como para desarrollar conceptualizaciones teóricas orientadas hacia el estudio de fenómenos sociales concretos que se dan en nuestras ciudades. Así, parece interesante apuntar el potencial explicativo del concepto de identidad social espacial -aunque en el ámbito concreto de nuestro análisis nos hemos referido a identidad social urbana- para el estudio de temas como la incidencia de las "tribus urbanas", los procesos de movilidad social y gentrificación, el impacto social de las transformaciones urbanísticas o las repercusiones sociales de las grandes líneas del planeamiento urbano.

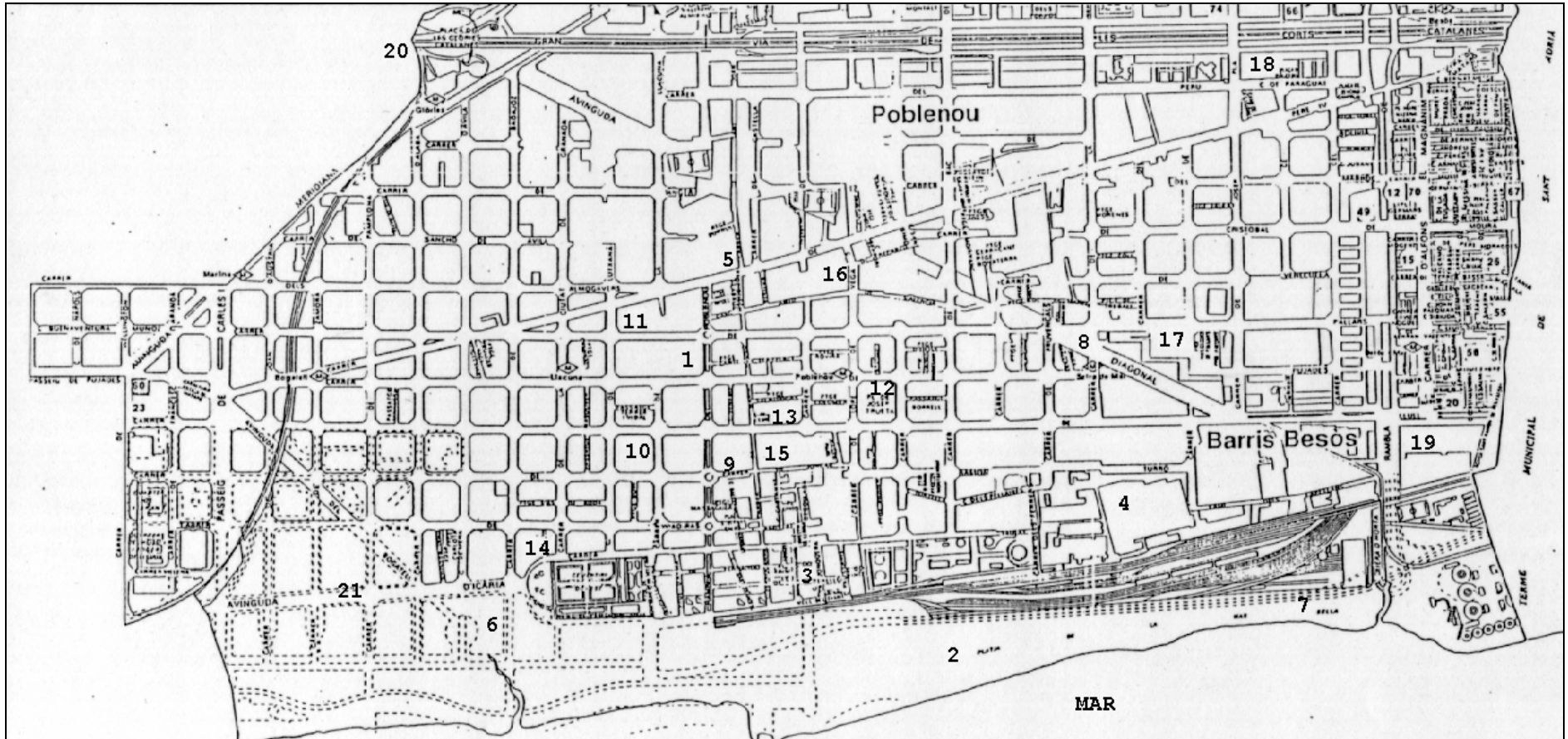
Hay, sin embargo, otro aspecto a comentar y que constituye la otra cara de la moneda a partir de lo que se desprende en este trabajo. La definición conceptual de la identidad social urbana permite también integrar nuevas perspectivas al desarrollo teórico del concepto de identidad social desde la propia Psicología Social. De esta manera, la incorporación de los aspectos ambientales como elementos

determinantes de la identidad social facilita la adopción de una óptica novedosa e interesante en los estudios sobre tal constructo, implicando a la vez a psicólogos ambientales y a psicólogos sociales en líneas de investigación conjuntas.

En el libro se ha enfatizado también el carácter dinámico de la identidad social urbana, sujeta a los avatares sociales y urbanísticos y situada en un eje temporal que hace que, aunque estemos estudiando un mismo fenómeno, en cada caso encontraremos resultados distintos. Efectivamente, aunque el sentido de identificación con el entorno y de pertenencia grupal en relación a éste puede considerarse un fenómeno psicosocial de carácter general, en cada grupo, en cada entorno y en cada momento tomará formas distintas, enfatizándose distintas dimensiones categoriales y plamándose de distinta forma en el espacio físico, semántico o simbólico. Es esta idea de proceso y no de producto la que debe regir el análisis de la identidad social así como del análisis del significado espacial y es por ello que anteriormente se resaltaba la necesidad de estudios longitudinales tan necesarios como escasos en nuestra disciplina.

En cualquier caso, estos planteamientos responden a la complejidad de los temas que aquí se han tratado, complejidad que, en ningún caso, queda totalmente abarcada a partir de las opciones escogidas. El significado simbólico del espacio urbano juega un importante papel en la configuración de la identidad, pero su influencia se plasma también en otros escenarios. Así, por ejemplo, en trabajos anteriores hemos podido intuir cómo la presencia de un elemento urbano que genera una fuerte identificación por su valor simbólico influye de manera importante en la percepción de la satisfacción residencial (Valera, Pol y Guárdia, 1991) mientras que otros autores han tenido la misma intuición al realizar estudios sobre preferencias de paisajes.

Por otro lado, el estudio del simbolismo espacial y de la identidad social asociada a un entorno tiene también importantes implicaciones en el ámbito aplicado. Compartiendo la idea de Amos Rapoport (1978) de que cada vez se da una mayor disonancia entre el significado del diseño urbano actual y el universo simbólico de significados compartidos por los usuarios de estos espacios o, en palabras de Enric Pol, una mayor implantación de espacios con un significado "a priori" por parte de las instancias de poder, creemos que una aportación como la que aquí se ha presentado puede abrir líneas de investigación que aporten interesantes elementos de reflexión para aquellos profesionales que, con sus acciones de diseño o planificación urbana, pretendan acercar sus objetivos a los de las personas hacia las que van orientadas tales acciones y así, como se comentaba en las páginas iniciales de este trabajo, convertir la ciudad en algo más asequible y humano.



ANEXO 2. MODELO DE ENCUESTA PARA LA FASE CUANTITATIVA

ZONA

FRANJA HORARIA

Buenos días/ buenas tardes.

Estamos realizando un estudio sobre su barrio y le pediríamos tan solo unos minutos de su tiempo para contestar a unas preguntas muy cortas.

Ha de tener en cuenta que su número de teléfono ha sido sacado al azar de la guía telefónica.

Estaría usted dispuesto a contestar estas breves preguntas?...

Muchas gracias.

a) ¿Tiene usted más de 16 años?

a') ¿Hay alguien en su casa que tenga más de 16 años? Podría ponerse al teléfono, por favor? Gracias.

b) ¿Es esta una casa particular?

*** ¿Cómo se llama su barrio?**

.....
.....

*** ¿Qué es lo que hace diferente a su barrio de los otros barrios de Barcelona?**

.....
.....

*** ¿Cuáles son, para usted, los lugares más característicos, más representativos, los que definen mejor su barrio?**

Por lugares entendemos todas aquellas **calles, plazas, monumentos, locales, mercados, iglesias o cualquier otro espacio o lugar** que usted considere representativo de su barrio.

[solo en caso de duda:

Cualquier sitio que usted pondría si tuviese que hacer un cartel o un poster para dar a conocer su barrio a la gente de fuera.]

.....
.....

*** ¿Cuáles son los lugares de su barrio que usted frecuenta más?**

.....
.....

* ¿Cuáles son los lugares que, para usted, representan mejor el pasado del barrio?

.....
.....

* ¿Cuáles son, para usted, los lugares que representan mejor el futuro del barrio?

.....
.....

* ¿Cuáles son, para usted, los límites de su barrio, es decir, hasta donde llega su barrio para usted?

.....
.....

* A continuación, yo le diré unos sitios y usted me dirá si son de su barrio o no son de su barrio:

C/ Llull; c/ Llacuna; c/ Pujades	SI	NO	N/S,N/C
Pere Quart	SI	NO	N/S,N/C
c/ Taulat	SI	NO	N/S,N/C
Gran Via	SI	NO	N/S,N/C
La platja, el mar	SI	NO	N/S,N/C
Rambla Poble Nou	SI	NO	N/S,N/C
c/ Bac de Roda	SI	NO	N/S,N/C
Cementiri Vell o del Poble Nou	SI	NO	N/S,N/C
c/ Josep Pla	SI	NO	N/S,N/C
Vila Olímpica	SI	NO	N/S,N/C
Rambla Prim	SI	NO	N/S,N/C
Carles Primer, c/Marina	SI	NO	N/S,N/C
c/ Alfons el Magnànim	SI	NO	N/S,N/C
La Ciutadella	SI	NO	N/S,N/C
Plaça de les Glories, Meridiana	SI	NO	N/S,N/C

Para acabar, unas últimas preguntas:

* ¿Cuántos años tiene usted?

* ¿Cuántos años hace que vive en el barrio?.....

* ¿Trabaja o estudia en el barrio? SI
..... NO

-2-

* ¿En qué calle vive?. No es necesario que me diga la dirección exacta, solo la calle y entre qué calles se encuentra su casa.

.....
.....

* ¿Qué estudios tiene usted?.....

- No estudios
- Estudios primarios
- Bachillerato
- Formación Profesional
- Estudios universitarios
- ¿Cuáles?
- Otros

* ¿Qué profesión tiene usted?

.....

* ¿Pertenece a alguna asociación del barrio? SI
..... NO

* ¿Cuál?

¿De qué tipo?

.....

Muchas gracias, ya hemos acabado.

Le agradecemos mucho su colaboración.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilar, M.A. (1990): 'La construcción de una psicología urbana', *Anuario de Sociología*, México.
- Aguirre, A. (Ed.)(1993): *Diccionario temático de antropología*. Barcelona: Boixareu.
- Alcock, J.E., Carment, D.W., y Sadava, S.W. (1991): *A Textbook of Social Psychology*. Scarborough, Canadá: Prentice-Hall.
- Altman, I. (1973): 'Some Perspectives on the Study of Man-Environment Phenomena'. En W. Preiser (Ed.), *Environment and Design Research Association Fourth International Conference*, vol. 1, *Selected Papers*. Stroudsburg, PA: Dowden, Hutchinson & Ross. pp. 99-113.
- Altman, I. (1975): *Environment and social behavior: Privacy, personal space, territory, and crowding*. Monterey (CA): Brooks/Cole.
- Altman, I. (1987): 'Centripetal and centrifugal trends in psychology', *American Psychologist*, 42, 1058-1069.
- Altman, I. (1990): 'Toward a Transactional Perspective: A Personal Journey'. En I. Altman, y K. Christensen (Eds.)(1990), *Environment and Behavior Studies. Emergence on Intellectual Traditions. Human Behavior and Environment*, vol.11. New York: Plenum Press. pp. 225-256.
- Altman, I., y Rogoff, B. (1987): 'World Views in Psychology: Trait, Interactional, Organismic and Transactional Perspectives'. En I. Altman y D. Stokols (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology*. New York: John Wiley and Sons. pp. 7-40.
- Altman, I., y Christensen, K. (Eds.)(1990): *Environment and Behavior Studies. Emergence on Intellectual Traditions. Human Behavior and Environment*, vol.11. New York: Plenum Press.
- Alvaro, J.L. (1995): *Psicología social: perspectivas teóricas y metodológicas*. Madrid: Siglo XXI.
- Amérigo, M. (1990): *Satisfacción residencial. Una aproximación psicosocial a los estudios de calidad de vida*. Madrid: Universidad Complutense. Tesis doctoral.
- Amérigo, M. (1995): *Satisfacción residencial. Un análisis psicológico de la vivienda y su entorno*. Madrid: Alianza Universidad.
- Appleyard, D.A., y Craik, K.H. (1978): 'The Berkeley Environmental Simulation Laboratory and its research program', *International Review of Applied Psychology*, 27, 53-55.
- Aragónés, J.I. (1991): 'Desastres naturales y tecnológicos'. En R. de Castro (Comp.), *Psicología Ambiental: Intervención y evaluación del entorno*. Sevilla: Arquetipo. pp. 13-26.
- Aragónés, J.I. (1994): 'Desarrollo y proyección de la Psicología Ambiental en España'. En M. Amérigo, J.I. Aragónés y J.A. Corraliza (Comp.). *El comportamiento en el medio natural y construido*. Badajoz: Agencia del Medio Ambiente. Junta de Extremadura.
- Aragónés J.I. y Arredondo, J.M. (1985): 'Structure of urban cognitive maps', *Journal of Environmental Psychology*, 5, 197-212.
- Aragónés, J.I., Corraliza, J.A., Cortés, y Amérigo, M. (1992): 'Perception of territory and social identity'. En *Socio-Environmental Metamorphoses: Builtscapes, Landscapes, Ethnoscape, Eoroscape*. Proceedings IAPS 12 International Conference, Vol. II, 252-259. Marmaras, Greece.
- Bachelard, G. (1965): *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. (Edición original en francés en París: PUF, 1957).
- Barbichon, G. (1982): *Espace et sociabilité. Comparaisons culturelles France-RFA-USA*. París: EHESS.
- Barker, R.G. (1968): *Ecological psychology: Concepts and methods for studying the environment of human behavior*. Stanford (CA): Stanford University Press.

- Beltran, M. (1992): 'Cinco vías de acceso a la realidad social'. En M. García Ferrando, J. Ibañez y F. Alvira (Comp.) *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza.
- Bettin, G. (1982): *Los sociólogos de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili. (Edición original en italiano en Bologna: Società Editrice Il Mulino, 1979).
- Berger, P.L. y Luckmann, T. (1988): *La construcción social de la realidad*. Barcelona: Herder (Edición original en inglés, 1966).
- Bertaux, D. (De.)(1981): *Biography and Society. The life History Approach in the Social Sciences*. Beverly Hills: Sage Publications.
- Blossfeld, H.P., y Hamerle, A. (1992): 'Unobserved heterogeneity in event history models', *Quality and Quantity*, 26, 157-168.
- Blumer, H. (1982): *El Interaccionismo Simbólico. Perspectiva y método*. Barcelona: Hora, 1982. (Edición original en inglés, 1969).
- Bohigas, O. (1985): *Reconstrucció de Barcelona*. Barcelona: Edicions 62.
- Bonnes, M., Secchiaroli, G. (1995). *Environmental Psychology. A Psycho-social Introduction*. London: Sage Publications.
- Boira Maiques, J.V. (1991): 'El centro urbano subjetivo de la ciudad de Valencia. Percepción, delimitación y caracterización de un espacio céntrico', *Ciudad y Territorio-90*, 4, 353-364.
- Bonnes, M., y Secchiaroli, G. (1995): *Environmental Psychology. A Psycho-social Introduction*. London: Sage Publications. (Edición original en italiano en Roma: La Nuova Italia Scientifica, 1992).
- Brislin, R.W. (Ed.)(1990): *Applied Cross-Cultural Psychology*. Newbury Park, California: Sage Publications.
- Bronfenbrenner, U. (1987): *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidós. (Edición original en inglés en Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1979).
- Bronfenbrenner, U., Moen, P., y Garbarino, J. (1984): Child, family, and community. En D. Parke (De.) *Review of Child Development Research*, vol.7 *The Family*. Chicago: Chicago University Press. Pp. 283-328.
- Brown, B. y Werner, C. (1985): 'Social cohesiveness, territoriality, and holiday decorations', *Environment and Behavior*, 17, 539-565.
- Brown, R.J. (1988): 'Social Identity and the Environment: a Commentary'. En D. Canter (Ed.). *Environmental Social Psychology, NATO ASI Series: Behavioural and Social Sciences*, Vol. 45. Dordrech, The Netherlands: Kluwer Academic Publishers. pp. 219-221.
- Brown, R. (1991): 'Relaciones intergrupales'. En M. Hewstone, W. Stroebe, J.P. Codol, y G.M. Stephenson (Dirs.) *Introducción a la psicología social. Una perspectiva europea*. Barcelona: Ariel. pp. 369-394.
- Bruner, J.S., Goodnow, J.S. y Austin, G.A. (1956): *A study of thinking*. New York: John Wiley and Sons.
- Bruner, J. (1991): *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza. (Edición original en inglés en Harvard: President and Fellows of Harvard College, 1990).
- Buttimer, A. (1976): 'Grasping the Dynamism of Lifeworld', *Annals of the Association of the American Geographers*, 66, 277-292.
- Buttimer, A. y Seamon, D. (Eds.)(1980): *The Human Experience of Space and Place*. London: Croom Helm.
- Canter, D. (Ed.)(1988): *Environmental Social Psychology, NATO ASI Series: Behavioural and Social Sciences*, Vol. 45. Dordrech, The Netherlands: Kluwer Academic Publishers.
- Canter, D., y Craik, K.H. (1981): 'Environmental Psychology', *Journal of Environmental Psychology*, 1, 1-11.
- Castells, M. (1979): 'La intervención administrativa en los centros urbanos de las grandes ciudades', *Papers, Revista de Sociologia*, 11, 227-250.

- Castells, M. (1988): *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI, 1988. (Edición original en francés en París: François Maspero, 1972).
- Codol, J.P. (1984): 'Différenciation et indifférenciation sociales', *Bulletin de Psychologie*, 37 (365), 515-529.
- Corraliza, J.A. (1987): *La experiencia del ambiente. Percepción y significado del medio construido*. Madrid: Tecnos.
- Corraliza, J.A. (1994): 'Procesos psicosociales y marcos físicos'. En J. F. Morales (Coord.) *Psicología Social*. Madrid: McGraw-Hill. pp. 43-92.
- Corraliza, J.A., y Gilmartín, M.A. (1991): 'Predictores del juicio de preferencia de paisajes naturales. Un análisis cognitivo'. En R. de Castro (Comp.), *Psicología Ambiental: Intervención y evaluación del entorno*. Sevilla: Arquetipo. pp. 489-504.
- Craik, K.H. (1976): 'The personality research paradigm in environmental psychology'. En S. Wapner, S. Cohen, y B. Kaplan (Eds.), *Experiencing the environment*. New York: Plenum Press. pp. 55-80.
- Craik, K.H. (1977): 'Multiple Scientific Paradigms in Environmental Psychology', *International Journal of Psychology*, 12, 147-157.
- Craik, K.H., y Zube, E.H. (Eds.)(1976): *Perceiving environmental quality: Research and applications*. New York: Plenum Press.
- Chueca Goitia, F. (1994): *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza.
- De Castro, R. (Comp.)(1995): *Problemas ambientales. Perspectivas desde la Psicología Ambiental*. Sevilla: Repiso.
- Demick, J., y Andreoletti, C. (1995): 'Some Relations Between Clinical and Environmental Psychology', *Environment and Behavior*, 27(1), 56-72.
- Downs R.M., y Stea, D. (1973): *Image and Environment*. London: Edward Arnold.
- Downs R.M., y Stea, D. (1977): *Maps in Mind. Reflections on Cognitive Mapping*. New York: Harper & Row Publishers.
- Eliade, M. (1981): *Tratado de historia de las religiones*. Madrid: Cristiandad. (Edición original en francés en París: Payot, 1979).
- Eliade, M. (1983): *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Labor. (Edición original en Hamburgo: Rowohlt's Deutsche Enzyklopädie, 1957).
- Evans, G.W. y Cohen, S. (1987): 'Environmental stress'. En D. Stokols y I. Altman (Eds.) *Handbook of Environmental Psychology*. New York: John Wiley and Sons. Pp. 571-610.
- Evans, G.W., Colume, S.D. y Shearer, D.F. (1988): 'Psychological reactions to air pollution', *Environ. Res.*, 45, 1-15.
- Ferrarotti, F. (1991): *La Historia y lo cotidiano*. Barcelona: Península (edición original, 1986).
- Firey, W. (1974): Sentimiento y simbolismo como variables ecológicas. En G.A. Theodorson, *Estudios de Ecología Humana*, vol. 1. Barcelona: Labor. pp. 419-432 (Traducción del original en inglés de 'Sentiment and Symbolism as Ecological Variables', *American Sociological Review*, 10, 140-148, 1947).
- Fischer, G.N. (1990): *Psicología social. Conceptos fundamentales*. Madrid: Narcea (Edición original en francés 1987).
- Fischer, G.N. (1992): *Campos de intervención en Psicología Social*. Madrid: Narcea (Edición original en francés 1990).
- Forsyth, D.R. (Ed.)(1987): *Social Psychology*. Monterey, California: Brooks/Cole Publishing.
- Francis, R. (1983): 'Symbols, images and social organization in urban sociology'. En V. Pons, y R. Francis (Eds.), *Urban Social Research: Problems and Prospects*. London: Routledge & Kegan Paul. pp. 115-145.
- Fried, M. (1986): 'The neighborhood in metropolitan life: its psychological significance'. En R.B. Taylor. *Urban neighborhoods. Research and Policy*. New York: Praeger. pp. 331-363.

- Galindo, M.P. (1994): *Evaluación de la preferencia ambiental de paisajes urbanos. Hacia un modelo psicosocial de carácter integrador*. Universidad de Sevilla, Departamento de Psicología Social. Tesis doctoral no publicada.
- Garling, T. y Golledge, R.G. (1989): 'Environmental Perception and Cognition'. En E.H. Zube y G.T. Moore (Eds.) *Advances in Environment Behavior and Design*, vol. 2. New York: Plenum Press.
- Gergen, K.J. (1985): 'The Social Constructionist Movement in Modern Psychology', *American Psychologist*, 40 (3), 266-275.
- Gibson, J. (1979): *An ecological approach to visual perception*. Boston: Houghton Mifflin.
- Gifford, R. (1987): *Environmental Psychology. Principles and Practice*. Massachusetts: Allyn and Bacon.
- Goofman, E. (1971): *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo (Edición original en inglés 1967).
- Haeckel, E. (1866): *Generelle Morphologie der Organismen*. Berlin: Reimer.
- Hagerstrand, T. (1983): 'In search for the sources of concepts'. En A. Buttner (Ed.) *The Practice of Geography*. London: Logman. Pp. 238-256.
- Hall, E.T. (1988): *La dimensión oculta*. México: Siglo XXI (Edición original en inglés 1966).
- Hallebone, E. (1992): 'Use of Typologies for measuring self-identity change: Methodological issues in longitudinal qualitative research', *Quality and Quantity*, 26, 1-17.
- Hannan, M.T. (1989): 'Macrosociological applications of event history analysis: State transitions and event recurrences', *Quality and Quantity*, 23, 351-383.
- Heidegger, M. (1975): 'Building, Dwelling, Thinking'. En *Poetry, Language and Thought*. New York: Harper & Row (edición original 1952).
- Heimstra, N.W., y Mc Farling, L.H. (1979): *Psicología Ambiental*. México: El Manual Moderno.
- Hellpach, W. (1911): *Die geopsychischen Erscheinungen: Wetter, Klima und Landschaft in ihren Einflub auf das Seelenleben*. Leipzig: Engleman.
- Hellpach, W. (1924): *Psychologie der Umwelt*. En E. Abderhalden (Ed.), *Handbuch der biologischen Arbeitsmethoden*. Berlin: Urban & Schwarzenberg.
- Hernandez, B. y Carreiras, M. (1986): 'Métodos de investigación en mapas cognitivos'. En F. Jimenez Burillo y J.I. Aragonés (Comp.) *Introducción a la Psicología Ambiental*. Madrid: Alianza.
- Hernandez, B., Martínez, J. y Suárez, E. (Comp.)(1994): *Psicología Ambiental y responsabilidad ecológica*. Santa Cruz de Tenerife: Universidad de las Palmas de Gran Canaria.
- Hogg, M.A. y Abrams, D. (1988): *Social Identifications. A social psychology of intergroup relations and group processes*. New York: Routledge.
- Holahan, Ch.J. (1982): *Environmental Psychology*. New York: Random House.
- Holahan, Ch.J. (1986): 'Environmental Psychology', *Annual Review of Psychology*, 37, 381-407.
- Huici, C. y Ros, M. (1993): 'Identidad Comparativa y diferenciación intergrupala', *Psicothema*, 5 (suplemento), 225-236.
- Hunter, A. (1987): 'The symbolic ecology of suburbia'. En I. Altman & Wandersman (Eds.). *Human Behavior and Environment: Vol. 9. Neighborhood and community environments*. New York: Plenum Press. pp. 191-219.
- Ibañez, T. (Coord.)(1988): *Ideologías de la vida cotidiana*. Barcelona: Sendai.
- Ibañez, T. (1990): *Aproximaciones a la psicología social*. Barcelona: Sendai.
- Íñiguez, L. (1994): 'Estrategias Psico-sociales para la gestión del agua: Del enfoque individualista al enfoque social'. En B. Hernandez, J. Martinez Torvisco y E. Suárez (Comp.), *Psicología Ambiental y responsabilidad ecológica*. Santa Cruz de Tenerife: Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. pp. 162-190.

- Íñiguez, L. y Pol, E. (1994): 'Estrategias para la transformación del medio ambiente urbano: análisis desde la psicología ambiental y social'. En E. Wiesenfeld (Comp.). *Contribuciones iberoamericanas a la Psicología Ambiental*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Ittelson, W.H. (1995): 'Interview with Bill Ittelson', *Environmental Theory Arena*, 3, 1-7.
- Ittelson, W.H., Proshansky, H.M., y Rivlin, L. G. (1976): 'The environmental psychology of the psychiatric ward'. En H.M. Proshansky, W.H. Ittelson y L.G. Rivlin (Eds.) *Environmental Psychology: People and their physical settings*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- Jacobs, J. (1961): *The death and life of great American cities*. New York: Random House.
- Javaloy, F. (1990): *De la desindividuación a la identidad social: un cambio necesario de orientación en el panorama teórico del comportamiento colectivo*. Universidad de Barcelona. Documento no publicado.
- Javaloy, F., Valera, S. y Rodríguez, A. (1995): *Las noticias sobre incendios forestales en los medios de comunicación. Un análisis psicosocial*. Informe de investigación no publicado.
- Kaplan, R. y Kaplan, S. (1989): *The Experience of Nature: A Psychological Perspective*. New York: Cambridge University Press.
- Korosec, P. (Ed.)(1976): *Appropriation of space. Proceedings of the Strasbourg Conference*. Louvain-la-Neuve: CIACO.
- Krupat, E. (1985): *People in cities. The urban environment and its effects*. New York: Cambridge University Press.
- Kruse y Grauman (1987): 'Environmental Psychology in Germany'. En I. Altman y D. Stokols (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology*. New York: John Wiley and Sons. pp. 1195-1225.
- Lalli, M. (1988): 'Urban Identity'. En D. Canter (Ed.). *Environmental Social Psychology, NATO ASI Series, Behavioural and Social Sciences*, Vol. 45. Dordrech, The Netherlands: Kluwer Academic Publishers. pp. 303-311.
- Lalli, M. (1992): 'Urban-related identity: Theory, measurement, and empirical findings', *Journal of Environmental Psychology*, 12(4), 285-303.
- Lee, T. (1970): 'Perceived distance as a function of direction in the city', *Environment and Behavior*, 2, 39-51.
- Lefebvre, H. (1971): *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península. (Edición original en francés en París: Anthropos, 1970).
- Lefebvre, H. (1978): *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península. (Edición original en francés en París: Anthropos, 1968).
- Levy-Leboyer, C. (1976): 'La Psychologie de l'Environnement. Recherches actuelles aux Etats-Unis', *Revue de Psychologie Appliquée*, 26 (4), 609-616.
- Lindzey, G. y Aronson, E. (Eds.)(1985): *The Handbook of Social Psychology*, vol. 2. New York: Random House.
- Lynch, K. (1984): 'Reconsidering "The Image of the City"'. En LI. Rodwin, y R.M. Hollister (Eds.). *Cities of the Mind*. New York: Plenum Press.
- Lynch, K. (1985): *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili. (Edición original en inglés en Cambridge: MIT Press, 1960).
- Lynch, K. (1990a): 'Notes on City Satisfactions'. En T. Banerjee, y M. Southworth (Eds.) *City sense and city design: writings and projects of Kevin Lynch*. Cambridge: MIT Press. (Artículo original 1953).
- Lynch, K. (1990b): 'Urban Design'. En T. Banerjee, y M. Southworth (Eds.) *City sense and city design: writings and projects of Kevin Lynch*. Cambridge: MIT Press. (Original: definición realizada para la *Enciclopedia Británica*, 1974).
- Marans, R.W. y Rodgers, W. (1975): 'Toward an understanding of community satisfaction'. En A. Hawley, y V. Rock (Eds.). *Metropolitan America in contemporary perspective*. New York: Halstead Press.

- Mayo, M., Pastor, J.C., y Wapner, S. (1995): 'Linking Organizational Behavior and Environmental Psychology', *Environment and Behavior*, 27(1), 73-89.
- Mazis, A., y Karaletsou, C. (Eds.)(1992): *Socio-Environmental Metamorphoses: Builtscapes, Landscapes, Ethnoscape, Euroscape. Proceedings IAPS 12 International Conference*. Tesalónica: Aristotle University of Thessaloniki.
- McKechnie, G.E. (1977): 'Simulation techniques in environmental psychology'. En D. Stokols (De.), *Perspectives on Environment and Behavior: Theory, research, and applications*. New York: Plenum Press. pp. 169-189.
- McTavish, D.G., y Pirro, E.B. (1990): 'Contextual Content Analysis', *Quality and Quantity*, 24, 245-265.
- Mead, G.H. (1990): *Espíritu, persona y sociedad*. México: Paidós, 1990 (Edición original en inglés 1934).
- Merleau-Ponty, M. (1945): *Phénoménologie de la perception*. París: Gallimard.
- Merleau-Ponty, M. (1951): *Les sciences de l'homme et la phénoménologie*. París: CDU.
- Michelson, W. (1985): *From Sun to Sun: Daily Obligations and Community Structure in the Lives of Employed Women and Their Families*. Totowa, NJ: Rowman & Allanheld.
- Milgram, S. (1984): 'Cities as Social Representations'. En S. Moscovici, y R. Farr (eds.). *Social Representations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Milgram, S. y Jodelet, D. (1976). Cities as Social Representations. En S. Moscovici y R. Farr (Eds.). *Social Representations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Minami, H., y Tanaka, K. (1995): 'Social and Environmental Psychology: Transaction Between Physical Space and Group-Dynamic Processes', *Environment and Behavior*, 27(1), 43-55.
- Moles, A. (1972): *Psicología del espacio*. Madrid: Aguilera.
- Moore, G. (1987): 'Environment and Behavior Research in North America: History, Developments, and Unresolved Issues'. En D. Stokols y I. Altman (Eds.) *Handbook of Environmental Psychology*, vol. 2. New York: Wiley & Sons. pp. 1371-1410.
- Moore, G.T., Tuttle, D.P., y Howell, S.C. (1985): *Environmental design research directions*. New York: Praeger.
- Moss, R.H. (1976): *The human context: Environmental determinants of behavior*. New York: Wiley & Sons.
- Muschow, M. y Muschow, H.H. (1980): *Der Lebensraum des Grobstatkinds*. Bershein, F.R.G. (Trabajo original, 1935)
- Newman, O. (1973): *Defensible space: Crime prevention through urban design*. New York: Macmillan.
- Norberg-Schulz, C. (1971): *Existence, Space and Architecture*. New York: Praeger.
- Norberg-Schulz, C. (1980): *Genius Loci: Toward a Phenomenology of Architecture*. London: Academy Editions.
- Osmond, H. (1957): 'Function as the basis of psychiatric ward design', *Mental Hospitals (Architectural Supplement)*, 8, 23-29.
- Pacheco, A.M., y Lucca-Irizarry, N. (1995): Relations Between Environmental Psychology and Allied Fields: Research Implications', *Environment and Behavior*, 27(1), 100-108.
- Penrod, S. (1983): *Social Psychology*. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall.
- Pitt, D.G. y Zube, E.H. (1987): 'Management of natural environments'. En D. Stokols y I. Altman (Eds.) *Handbook of Environmental Psychology*. New York: John Wiley and Sons. Vol. 2, pp. 1009-1042.
- Pred, A. (1981): 'Of paths and projects: individual behavior and its societal context'. En K. Cox y R. Golledge (Eds.) *Behavioral Problems in Geography Revisited*. New York: Methuen. Pp. 231-255.
- Pol, E. (1981): *Psicología del medio ambiente*. Vilassar: Oikos-tau.

- Pol, E. (1987): *Espais simbòlics a priori i a posteriori*. Manuscrito no publicado.
- Pol, E. (1988): *La Psicología Ambiental en Europa. Análisis sociohistórico*. Barcelona: Anthropos.
- Pol, E. (1993): *Environmental Psychology in Europe. From Architectural Psychology to Green Environmental Psychology*. London: Avebury.
- Pol, E. (1994a): 'La apropiación del espacio', *Familia y Sociedad*, 1, 233-249.
- Pol, E. (1994b): 'Environmental Psychology', *Applied Social Psychology: An International Review*, 43 (2), 291-301.
- Pol, E. (1995): *Symbolism "a priori" and "a posteriori"*. Ponencia presentada en el Seminar of Public Art, Facultad de Bellas Artes, Barcelona.
- Pol, E. (1996): 'El problema, l'objecte i l'objectiu: ciències socials, qüestió ambiental i canvi global'. En E. Pol y T. Vidal (Comp.). *Perfiles sociales en la intervención ambiental. Una perspectiva profesional*. Monografies Psico-Socio-Ambientals, vol. 1. Barcelona: PPU.
- Pol, E. y Guàrdia, J. (1990): *Qualitat de Vida a Ciutat Vella*. Informe de investigación no publicado.
- Pol, E. y Moreno, E. (1994): 'Evaluación del impacto social en los estudios de impacto ambiental: propuesta de una guía metodológica'. En B. Hernandez, J. Martínez E. Suárez (Comp.)(1994). *Psicología Ambiental y responsabilidad ecológica*. Santa Cruz de Tenerife: Universidad de las Palmas de Gran Canaria.
- Proshansky, H.M. (1976): 'The Appropriation and Misappropriation of Space'. En P. Korosec (Ed.). *Appropriation of Space. Proceedings of the Strasbourg Conference*. Louvain-la-Neuve: CIACO. pp. 31-45.
- Proshansky, H.M. (1976): 'Environmental Psychology and the Real World', *American Psychologist*, 31(4) , 303-310.
- Proshansky, H.M. (1978): 'The city and self-identity', *Environment and Behavior*, 10(2), 147-169.
- Proshansky, H.M. (1990): 'The Pursuit of Understanding: An Intellectual History'. En I. Altman y K. Christensen (Eds.), *Environment and Behavior Studies. Emergence on Intellectual Traditions. Human Behavior and Environment*, vol.11. New York: Plenum Press. pp. 9-30.
- Proshansky, H.M., Fabian, A.K, y Kaminoff, R. (1983): 'Place-identity: physical world socialization of the self', *Journal of Environmental Psychology*, 3, 57-83.
- Quirk, M., y Wapner, S. (1995): 'Environmental Psychology and Health', *Environment and Behavior*, 27(1), 90-99.
- Rapoport, A. (1974): 'Simbolismo y diseño del entorno'. En Rapoport, A. *Aspectos de la calidad del entorno*. Barcelona: La Gaya Ciencia.(Artículo original en inglés 1970).
- Rapoport, A. (1978): *Aspectos humanos de la forma urbana. Hacia una confrontación de las ciencias sociales con el diseño de la forma urbana*. Barcelona: Gustavo Gili.(Edición original en inglés 1977).
- Rapoport, A. (1982): *The Meaning of the Built Environment*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Reid, A. y Aguilar, M.A. (1991): 'Barrio y vida cotidiana: una experiencia de trabajo en la reconstrucción de la vivienda'. En A. Massolo et.al. *Procesos rurales y urbanos en el México actual*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Relph, E. (1970): 'An Inquiry of the Relationship between Phenomenology and Geography', *Canadian Geographer*, 14, 437-451.
- Relph, E. (1976): *Place and Placelessness*. London: Pion.
- Rivas, M. (1991): Reseña del libro: Soja, E.W. Postmodern Geographies: the reassertion of space in Critical Social Theory, *Estudios Territoriales*, 35, 242-246.
- Roncayolo, M.(1988): *La ciudad*. Barcelona: Paidós.
- Russell. J.A., y Ward, L.M. (1982): 'Environmental Psychology', *Annual Review of Psychology*, 33, 651-688.
- Saegert, S., y Winkel, G.H. (1990): 'Environmental Psychology', *Annual Review of Psychology*, 41, 441-477.

- Seamon, D. (1979): *A Geography of the Life World*. London: Croom Helm.
- Seamon, D. (1982): 'The Phenomenological Contribution to Environmental Psychology', *Journal of Environmental Psychology*, 2, 119-140.
- Shaver, K.G. (1987): *Principles of Social Psychology*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Simmel (1984): *The Metropolis and Metal Life*, Social Science III. Selections and Select Readings. Chicago: University of Chicago Press. (Edición original, 1903).
- Soja, E.W. (1989): *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London: Verso.
- Sommer, R. (1959): 'Studies in personal space', *Sociometry*, 22, 247-260.
- Sommer, R., y Ross, H. (1958): 'Social interaction on a geriatrics ward', *International Journal of Social Psychiatry*, 4, 128-133.
- Stoetzel, J. (1966): *Psicología Social*. Marfil: Alcoy.
- Stokols, D. (1978): 'Environmental Psychology', *Annual Review of Psychology*, 29, 253-295.
- Stokols, D. (1981): 'Group x Place Transactions: Some Neglected Issues in Psychological Research'. En D. Magnusson (ed.) *Toward a Psychology of Situations: An Interactional Perspective*, Hillsdale, New Jersey.: Lawrence Erlbaum.
- Stokols, D. (1987): 'Conceptual Strategies of Environmental Psychology'. En D. Stokols y I. Altman (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology*. New York: Wiley. pp. 41-70.
- Stokols, D. (1990): 'Instrumental and Spiritual Views of People-Environment Relations', *American Psychologist*, 45 (5), 641-646.
- Stokols, D. (1995): 'The Paradox of Environmental Psychology', *American Psychologist*, 50 (10), 821-837.
- Stokols, D y Altman, I. (Eds.)(1987): *Handbook of Environmental Psychology*. New York: John Wiley and Sons.
- Stokols, D. y Jacobi, M. (1984). 'Traditional, Present Oriented, and Futuristic Modes of Group-Environment Relations'. En K.J. Gergen & M.M. Gergen. *Historical Social Psychology*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Stokols, D. y Shumaker, S.A. (1981). 'People in Places: A Transactional View of Settings'. En J.H. Harvey (Ed.), *Cognition, Social Behavior, and the Environment*. Hillsdale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Stryker, S. (1983): 'Tendencias teóricas de la psicología social: hacia una psicología social interdisciplinar'. En J.R. Torregrosa y B. Sarabia (Dir.). *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea.
- Tajfel, H. (1983): 'Psicología social y proceso social'. En J.R. Torregrosa y B. Sarabia (Dir.). *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea.
- Tajfel, H. (1984): *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder. (Edición original en inglés 1981).
- Tajfel, H. y Turner, J.C. (1989): 'La teoría de la identidad social de la conducta intergrupala'. En J.F. Morales y C. Huici (Eds.). *Lecturas en Psicología Social*. Madrid: Uned. (Original en inglés 1986).
- Taylor, R. (1987): 'Toward an environmental psychology of disorder'. En D. Stokols y I. Altman (Eds.) *Handbook of Environmental Psychology*. New York: John Wiley and Sons. Vol. 1, pp. 951- 986.
- Tedeschi, T.T., Lindskold, S., y Rosenfeld, P. (1985): *Introduction to Social Psychology*. St. Paul, Minnesota: West Publishing.
- Triandis, H.C., Brislin, R.W., et.al. (Eds.)(1980): *Handbook of Cross-Cultural Psychology*. Boston: Allyn & Bacon.
- Tuan, Y.F. (1974): *Topophilia: a Study of Environmental Perception, Attitudes and Values*. Englewood Cliffs (NJ). Prentice Hall.
- Tuan, Y.F. (1979): *Landscapes of Fear*. New York: Pantheon.

- Tuan, Y.F. (1980): 'Rootedness versus Sense of Place', *Landscape*, 24, 3-8.
- Turner, J.C. (1990): *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata. (Edición original en inglés en Oxford: Basil Blackwell, 1987).
- Ulrich, R.S. (1984): 'Views through a window may influence recovery from surgery', *Science*, 224, 420-421.
- Valera, S. (1993): *El simbolismo en la ciutat. Funcions de l'espai simbòlic urbà*. Tesis doctoral no publicada.
- Valera, S. (1995): *Impacte ambiental del desviament del riu Llobregat en el municipi de El Prat. Aspectes socials*. Monografies Psico-Socio-Ambientals, 2. Barcelona: PPU.
- Valera, S., Pol, E., y Guàrdia, J. (1991): 'Análisis de la satisfacción residencial en el centro histórico de Barcelona'. En R. de Castro (Comp.), *Psicología Ambiental: Intervención y evaluación del entorno*. Sevilla: Arquetipo. pp. 117-126.
- Valera, S. y Pol, E. (1994): 'El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental', *Anuario de Psicología*, 62 (3), 5-24.
- Von Uexküll, J. (1909): *Streifzuge durch die Umwelten von Tieren und Menschen*. Hamburgo: Rowohlt.
- Von Uexküll, J. (1957): A stroll through the world of animals and men. En C.H. Schiller (Ed.), *Instintive Behavior*. New York: International Universities Press. pp. 5-80.
- Wapner, S. (1981): 'Transactions of Persons-In-Environments: Some Critical Transitions', *Journal of Environmental Psychology*, 1, 223-239.
- Wapner, S. (1990): 'One Person-in-His-Environments'. En I. Altman y K. Christensen (Eds.), *Environment and Behavior Studies. Emergence of Intellectual Traditions*. Human Behavior and Environment, vol. 11. New York: Plenum Press. pp. 257-290.
- Wapner, S. (1995): 'Toward Integration: Environmental Psychology in Relation to Other Subfields of Psychology', *Environment and Behavior*, 27(1), 9-32.
- Weber, A.L. (1992): *Social Psychology*. New York: Harper Collins Publishers.
- Wicker, A.W. (1987): 'Behavior Settings reconsidered'. En D. Stokols y I. Altman (Eds.) *Handbook of Environmental Psychology*. New York: John Wiley and Sons. Vol. 1, pp. 613-654.
- Wicker, A.W., McGrath, J.E., y Armstrong, G.E. (1972): 'Organization size and behavior setting capacity as determinants of member participation', *Behavioral Science*, 17, 499-513.
- Wirth, L. (1974): 'Ecología Humana'. En G.A. Theodorson. *Estudios de Ecología Humana*, Vol. 1. Barcelona: Labor (Trabajo original en inglés 1945). pp. 129-137.
- Wohlwill, J.F. (1970): 'The Emerging Discipline of Environmental Psychology', *American Psychologist*, 25, 303-312.
- Yamamoto, T., y Ishii, S. (1995): 'Developmental and Environmental Psychology: A Microgenetic Developmental Approach to Transition From a Small Elementary School to a Big Junior High School', *Environment and Behavior*, 27(1), 33-42.